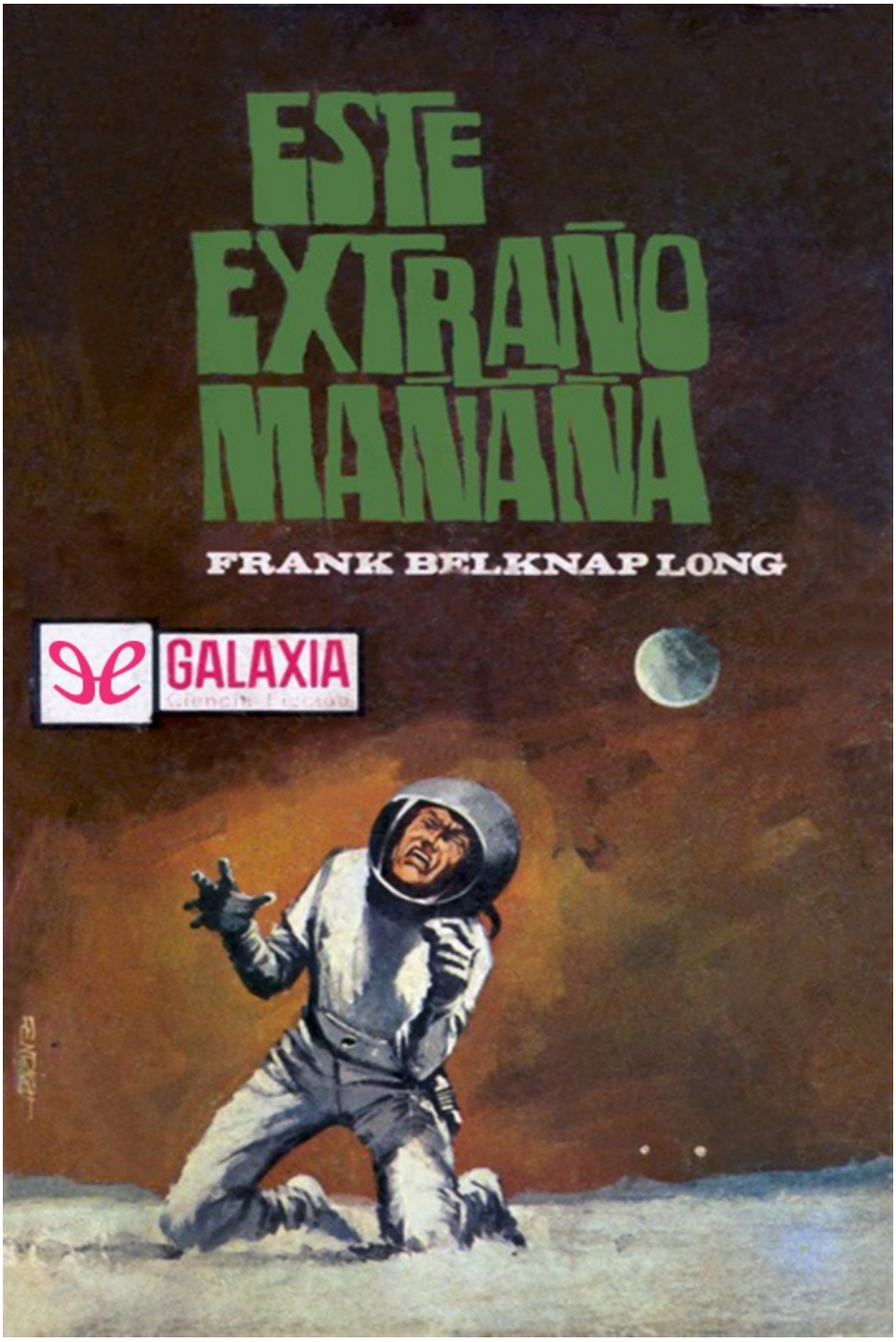
ESTE EXTRAÑO MAÑANA

FRANK BELKNAP LONG

GALAXIA



¡No es demasiado tarde para detener la cuenta atrás! ¡Todavía podemos salvarnos! Necesitan ahora ellos una absoluta sumisión y podemos obligarles a respetar nuestras demandas si les convencemos de que no la obtendrán. Enviar un cohete al espacio con pasajeros en abierta rebelión sería demasiado peligroso. Nadie corre esa clase de riesgos cuando se es responsable del éxito o del fracaso de un proyecto que cuesta cinco millones de dólares.

Frank Belknap Long

Este extraño mañana

Galaxia - 69

ePub r1.0
Titivillus 14.07.16

Frank Belknap Long, 1966
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Enrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

ESTE EXTRAÑO MAÑANA

Frank Belknap Long

PRIMERA PARTE

I

«Para hacer justicia al Consejo de Seguridad debe decirse que ni siquiera en los días del Gran Experimento se envió jamás a nadie al espacio para que muriese solo y olvidado».

De *Los primeros cien años de la Era Espacial*

Faltaban treinta minutos para la hora Cero. Alrededor de George Brandon sonaba el bajo zumbido de la conversación, pero la chica, con el peto de un dorado profundo, parecía estar tratando a la desesperada de detener el flujo del tiempo, simplemente no pensando en nada.

Brandon conocía por experiencia que los pensamientos que daban paso a las fuertes emociones podían permanecer encarcelados en lo más hondo de la mente. Si uno lo probaba con ahínco, resultaba que no era más difícil mantenerlos bajo llave que reprimir un sollozo o un grito de dolor.

Pero el esfuerzo raras veces se podía mantener mucho rato y la chica del pelo dorado estaba evidentemente en dificultades. Sus labios habían comenzado a contraerse y la helada quietud de sus ojos empezaba a cambiar dando paso al brillo del miedo.

Ella miraba con fijeza a Brandon y, durante una fracción de segundo, Brandon pensó que la joven iba a ponerse a gritar. Pero se estremeció con mucha violencia y dirigió a su amigo una mirada de tan desesperada súplica, que el joven quiso extender el brazo y tranquilizarla.

Estamos en esto juntos, ansió decir. *Eso ya sabes, debería consolarte… aunque sólo sea para recordar que no te encuentras sola. No importa lo joven que seas; una completa ruptura con el pasado puede*

hacerte sentir como si estuvieses dejando tras de ti toda tu juventud. No deseas renunciar a los brillantes momentos en que el pasado te parecía tan real como el presente. Pero el futuro puede ser incluso más brillante con sus promesas y tú harás nuevos amigos en la Estación. Eres tan hermosísima…

La chica del pelo dorado asintió. Aunque Brandon estaba seguro de que no era una joven telépata y que fue incapaz de sintonizar sus pensamientos, la respuesta que implicaba aquel gesto le asombró. En apariencia, la simple mirada de simpatía y de profunda comprensión de los ojos de él había transportado el mensaje.

Incluso se asombró más cuando ella gimió, tiró casi violentamente del cinturón que la ceñía y se desplomó hacia adelante, desmayada.

Un momento más tarde estaban desatándola y tomándole el pulso. Nadie habló mientras la levantaban y la sacaban de la cabina de pasajeros.

Todo un minuto pasó antes de que el zumbido de la conversación se reanudase.

—La volverán a traer y volverán a atarla si recobra el conocimiento —dijo alguien—. Me da lástima. Si tiene que hacer el viaje tumbada, sujeta por los atalajes a un camastro, será toda una prueba.

—No importará demasiado —intervino otro pasajero—. No es agradable verse atado a una silla de metal cuando comienza a aumentar la aceleración.

—Tampoco sirve de nada bueno pensar en ello —dijo un tercer pasajero—. Ya se nos ha prevenido. ¿Qué suponéis que le pasó? Parecía como si hubiera visto un fantasma.

—Quizás lo vio. Los fantasmas no es preciso que vengan del pasado. Hay fantasmas que salen del futuro, si admitís mi sincera opinión. Fantasmas crueles y maliciosos, sin una pizca de piedad en ellos. Creo firmemente que el espacio está hechizado; es un terreno fértil en fantasmas. ¿Cómo, si no, se podrían explicar los extraños sonidos que uno escucha en el espacio? Rugidos y gemidos, especialmente de noche. No pocos han muerto misteriosamente en el vacío, sin que padeciesen ninguna enfermedad física.

—Se oyen toda clase de sonidos en el espacio. La fatiga del metal explica la mayoría. Pero eso es lo que dicen y creen los

expertos, y yo confío en ellos. Con algo más de conocimiento de cibernética tus dudas quedarían aclaradas en esa materia.

La conversación no sorprendió a Brandon. Todos los pasajeros sufrían una gran tensión hablaban para impedirse a sí mismos sucumbir al pánico, diciendo cosas que en realidad no sentían.

Con un esfuerzo de voluntad se obligó a permanecer tranquilo. Habría sido peligroso dejar que el trágico desmayo de una chica asustada le cegase hasta el hecho de no comprender que el miedo es contagioso. Cuando setenta y dos pasajeros se atestaban en una cabina de paredes metálicas sin la menor seguridad de que podrían volver a ver la Tierra, alguien tenía que dar ejemplo de autodisciplina. De hecho había una necesidad de abundantes buenos ejemplos y Brandon hubiera sido el último en pretender que su conducta constituía uno de estos ejemplos dignos de imitar. El miedo latía en su cabeza golpeándose contra las capas más profundas de su mente, sin duda. Pero hay una racha de tozudez que en él era igualmente profunda y se mostraba decidido a mantener el dominio de sí mismo hasta que terminase la cuenta inversa.

Dentro de otros quince minutos, a partir de ahora, todas las puertas que habían estado abiertas se cerrarían estrepitosamente y habría una resonancia dentro de la gran nave de pasajeros, una resonancia que nadie podría confundir, aniquilando todas las ilusiones, haciendo que cada cual comprendiese que no podía volverse atrás.

En cierto modo, sería el momento de la verdad. En tal instante un hombre tendría que apretar los labios y permanecer en resuelto silencio. O quizás dijese algo inconsecuente al pasajero contiguo. Pero no dejarla que nadie sospechase que deseaba terriblemente poder echar un vistazo a las montañas y al mar una vez más, y al follaje otoñal convirtiéndose en quebradizo, adquiriendo la coloración del oro.

Podría sentirse desesperanzadoramente atrapado o más libre que lo hubiera sido jamás, con nuevas fronteras abriéndose ante él en las ensenadas interplanetarias. Pero las grandes verdades necesitan que se las mire a la cara y Brandon sabía que no podría haber verdadera libertad para los condenados.

La mayor parte de los viajeros guardaba silencio ahora y estaban

esperando con una mudez tensa a que se completase la cuenta inversa y el cohete se alzase de su rampa de lanzamiento montado en una incandescente columna de llamas.

Brandon se alegraba de tener todavía tiempo para mirar a su alrededor y observar de cerca a sus compañeros de viaje. Todos los hombres y mujeres se sentaban muy próximos a él y eran Coordinadores de Investigación Unida, acostumbrados a tomar decisiones que podrían influir en el pensamiento humano allá en su máximo nivel creador. Pero cada uno de ellos había desarrollado una característica psicológica que hacía sospechar de su manera de pensar.

Con toda seguridad el cerebro humano era el mayor de todos los misterios. Brandon miró a Ralph Sanford, sentado cerca suyo, y pensó: *¿Qué es lo que le funciona mal? ¿Qué diminuta partícula de sinrazón ha atascado el mecanismo, convirtiendo a un brillante físico investigador en un excéntrico de genio violento? Ahora está recluido en sí mismo, meditando en sus mezquinas frustraciones emocionales, en su amor propio lastimado, en las complejidades de la vida cuando se sobrepasan los cuarenta. Fue la ciega suerte la que le impidió matar a Templeton…*

Al cerrar los ojos, Brandon pudo ver mentalmente el laboratorio otra vez y la terrible pelea y los ojos de Sanford echando llamas de furia mientras avanzaba contra Templeton, con un instrumento de medida de acero en la mano, lo bastante pesado para quebrar el cráneo del joven.

No sólo la cara de Sanford, sino todo el laboratorio parecía deformado por la epilepsia. Pero eso no sorprendía demasiado a Brandon, porque sabía por experiencia que la violencia extrema tenía a veces un modo de comunicarse por sí misma a los objetos inanimados en presencia de un desconcertado testigo.

De no volcarse una de las retortas que estaban casi al rojo vivo sobre uno de los mecheros, y lanzar en mitad de la reyerta su líquido inflamado, provocando la estampida general, ambos hombres habrían muerto y la más trivial de las disputas perdurado lo bastante para proyectar una mancha sobre todo cuanto habían conseguido. Hubiera sido todavía más duro para Sanford, porque nada podía igualar al autotormento y el aislamiento espiritual de un hombre que aguardaba la muerte en la celda de una prisión.

Andrew Templeton sentado algo a la derecha de Sanford, había ganado dos premios Nobel por su trabajo en astrofísica; el segundo en el año 2033. Contemplando su rostro bronceado por el sol, perfectamente compuesto, los ojos ocultos por gafas oscuras, resultaba a Brandon difícil creer que hubiese llegado a una inestabilidad emocional lo suficiente como para convertirle en un ser peligroso.

Helen Arcularis se sentaba muy tiesa y precisamente detrás de Templeton, su rostro carente de todo color. ¡Qué hermosa era!, murmuró Brandon… Si uno tenía idea de un concepto en que la belleza fuese trágicamente menos que perfecta, advertiría reflejada en ella el tormento de una mente compleja y extraordinaria. Si hubiese sido la figura central de una tragedia griega, perseguida por las Furias, no hubiera podido aparecer más magnificente en su decisión de permanecer siendo una mártir solitaria, sin pedir ayuda a nadie.

Brandon prefería a las mujeres con gesto infantil retador y un don especial para mezclar la realidad con la ilusión de un modo que servía a la vez consolador, de reconfortante y capaz de mantener viva y presente la cordura. Hubiera sido difícil para él verse caminando cogido del brazo con Helen Arcularis por un sendero rural, sobresaltando a los pajarillos con su risa, o cruzándola en brazos un arroyo, procurando pisar apenas las piedras resbaladizas, mientras que por encima tenían un dosel de follaje. Pero, sin embargo…, le resultaba difícil apartar los ojos de una mujer tan notable.

Sanford se volvió y le habló entonces con palabras que nacían en las profundidades de una gran desesperación.

—El primer mes será infernal —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Brandon, apartando los ojos de Helen Arcularis y mirando fijamente al físico—. ¿Cómo puedes estar seguro? Únicamente el espacio, la vastedad y la inquietud y la grandiosidad barrida por las constelaciones pueden hacemos sentir como debiéramos si nos hallásemos en una casa nueva y más espaciosa y abriéramos todas las ventanas de par en par para dejar que entrase la luz del sol. La Tierra y todos sus tormentos quizás disminuyan hasta ser insignificantes cuando lo veamos todo desde tan lejos, contemplando su globo azul verdoso y girando sobre su

eje a cuarenta millones de kilómetros de la Estación.

Sanford extendió las manos, en un gesto que era sorprendentemente conciliador para un hombre de genio tan violento.

—Puede que tengas razón —dijo— pero no opino del mismo modo y menos cuando el Consejo Recomendador anunció con claridad que la lejanía de la Tierra y una lucha peligrosa por la supervivencia en un mundo nuevo podrían ayudarme, pero que haría mal en pensar que la cosa resultaría fácil. Es muy terrible cuando uno estudia por primera vez sus cintas psíquicas. No se quiere creer lo que ellas te dicen sobre ti mismo, pero al fin y al cabo no te queda más remedio. Templeton estaba en estado de conmoción y tenía que ser expulsado de la Cámara de Computadores Cibernéticos.

—Nos hablaron con la máxima franqueza de que el experimento podría fracasar —dijo Brandon—. Y se nos dio a elegir. Someternos a la terapia psicológica en el espacio o dimitir nuestros cargos en investigación Unida.

—Una elección así —repuso Sanford—, es igual que si a uno le pidieran que escogiera entre vivir o morir. ¿Te agradaría pasar el resto de tu vida despojado de toda autoridad, siendo un rostro anónimo en la multitud?

—No hay rostros anónimos ni siquiera en las multitudes —contestó Brandon—. Hay doscientos mil millones de hombres y mujeres en la Tierra que saben que existe poquísimo calor y simpatía humana en las alturas. Dudo que haya muchos que nos envidien.

—Pero tú querías permanecer en las alturas —continuó Sanford —, o de otro modo no estarías aquí. No puedes negarlo…

Antes de que pudiese responder, una voz áspera sonó desde los altavoces del extremo opuesto de la cabina de pasajeros.

—Dentro de diez minutos nos encontraremos en el espacio. Ya no habrá retraso en la cuenta inversa. Recordad… contaréis con la máxima protección durante cada etapa del viaje, incluyendo la atención médica posibles si caéis enfermos y requerís hospitalización temporal. Durante la primera media hora será prudente evitar todo esfuerzo innecesario. Esto es todo.

Brandon volvía a mirar a Helen Arcularis. Los labios de ella

estaban muy apretados y un ligero rubor reemplazó su palidez. Se echaba hacia adelante en su asiento, como si les molestase el cinturón que la circundaba el talle y considerase ultrajante aquella precaución particular.

Se oyó una tos nerviosa y, a pocos palmos de Templeton, una mujer mayor, con pelo blanco de nieve y ojos cansados, continuó mirando al altavoz con expresión de cansina resignación. Solo el tamborilear de sus dedos en el brazo del sillón traicionaba su ansiedad interna. La chica que se sentaba a su lado, quizás su hija, era guapa, con luminosos ojos oscuros y una esbelta figura casi milagrosamente perfecta.

Durante un momento Brandon apenas se dio cuenta de que Sanford volvía a hablarle.

—Sería irrealista negar que la Estación es un experimento de reorientación psicológica a una escala que habría parecido, hace treinta o cuarenta años, remotamente utópica. Hemos realizado tremendos progresos en el campo de la construcción durante los últimos quince años. Pero debes recordar que no utilizamos salvaguardias termonucleares a nivel clínico. Se puede aislar a una pila atómica contra la filtración de radiaciones peligrosas. Pero cuando uno se enfrenta con la mente humana, ningún aislamiento te puede proteger si el material llega al punto crítico antes de que puedas dar los pasos necesarios para impedir el estallido.

¿Cuánto, precisamente, se encontró preguntándose Brandon, importaban las tendencias alarmistas de un hombre, si este era inestable emocionalmente, en el desarrollo de una debilidad en sí mismo que se mostraba incapaz de controlar? Si la más ligera frustración emocional podía provocar en él un arranque de rabia, el peligro de estallido le parecería terriblemente real y con mucha probabilidad daría como resultado la destrucción de la Estación. El estallido que Sanford tenía en mente sólo podía ocurrir si la comezón de la personalidad que le afectaba resultaba multiplicada un centenar de veces. Pero, claro, aquel individuo era incapaz de comprenderlo.

Parecía como si Sanford estuviera diciendo: *No sabes lo que significa querer algo que debes tener y que se te diga que eres simplemente avaro o egoísta y que no tienes ni siquiera el derecho de pedir lo que deseas*.

Era, claro una regresión psicológica; el niño irritable, el niño salvaje, dando patadas al suelo con furia cuando se le negaba un nuevo juguete y escondiéndose en un armario oscuro para castigar a aquellos padres tan crueles que no querían comprenderle. Pero Brandon sabía que recordar a Sanford estos defectos infantiles de su carácter sería algo contraproducente. Sanford sabía exactamente por qué era uno de los condenados.

Resultaba igual con todos ellos, se dijo Brandon. Cuando se les contó la verdad sobre sí mismos fue como si hubiesen tomado el escalpelo de un cirujano y cortado las fibras más profundas de sus cerebros en un tajo sangrante y doloroso. Sabían dónde estaba la distorsión, pero les faltaba la habilidad y el conocimiento especializado para operarse a sí mismos con éxito.

¡Médico, cúrate a ti mismo! Antes de que esperes salvar a los demás, debes tener un cerebro sano o, al final, deberás estar seguro de que la enfermedad que tratas de curar no tiene paralelo dentro de ti mismo. Eso era el meollo de su dificultad, incluso aun cuando no eran médicos en el sentido estricto de la palabra.

Brandon cerró los ojos y los años parecieron retroceder y volvió a ser un niño, su cerebro atiborrado por los tumultuosos pensamientos de la juventud.

La vida siempre le pareció misteriosa más allá de toda creencia; el destino humano un enigma dentro de otro enigma. Siempre fue un inquisidor, y un preguntón, experimentando sorpresa y turbación en presencia de cosas que la mayor parte de la gente parecía dar por sentadas. Pero durante el pasado año, esto empeoró… Lo bastante para mostrarse en las cintas psíquicas como una distorsión emocional peligrosa.

Había hablado con otras personas que sentían igual que él, que parecían como arrojados en arenas movedizas en mitad de un desierto salvaje cuando contemplaban la inmensidad del universo y la pequeña del Hombre. Pero estos no eran coordinadores de Investigación Unida.

A pesar de lo que Sanford había dicho, Brandon agachó la cabeza accediendo a lo que el Consejo de Seguridad esperaba de él, un sólo motivo: Necesitaba con desesperación una comprensión más clara de sí mismo, una respuesta a la más asombrosa de todas las preguntas: Cuán importante era la individualidad humana y por qué

algunos hombres la valuaban a tan alto precio cuando el significado de la vida en sí se les escapaba. Quizás, en el espacio, encontraría la respuesta.

Hay preguntas tan trascendentes que la mente humana no puede digerirlas sin verse envuelta en una especie de cápsula protectora que mella los bordes cortantes de la realidad. Pero era curioso ver cuán a menudo, si esto ocurría, una parte pequeña del cerebro de Brandon permanecía tan anormalmente alerta que era capaz de oír caer un alfiler.

Percibió como Helen Arcularis expelía su aliento vivamente un instante antes de que gritase con súbita y airada protesta, haciéndole abrir los ojos desmesuradamente y mirarla alarmado. Se vio sobrecogido por el cambio en la mujer. Estaba tensa y temblorosa y parecía tan atormentada como lo estuviera la chica del pelo dorado un momento antes de desplomarse desmayada. Pero había una diferencia. En los ojos fijos de Helen Arcularis se veía el desafío y una falta absoluta de histeria. Habló con vehemencia tal, que su voz pareció amplificada, como si los altavoces hubiesen recobrado de nuevo la vida.

—¡No es demasiado tarde para detener la cuenta inversa! ¡Todavía podemos salvarnos! Necesitan ahora ellos una absoluta sumisión y podemos obligarles a respetar nuestras demandas si los convencemos de que no la obtendrán. Enviar un cohete al espacio con pasajeros en abierta rebelión sería demasiado peligroso. Nadie corre esa clase de riesgos cuando se es responsable del éxito o del fracaso de un proyecto que cuesta cinco millones de dólares.

II

De pronto, todos los ojos se fijaron en Helen Arcularis como si sus palabras hubieran puesto a todo el mundo consciente de lo enervante que podría ser un discurso cuando no había nada que hacer excepto sentarse y esperar. Horas de espera en ocho minutos de reloj. Toda una vida de espera.

Ahora la mujer temblaba, incluso más violentamente. Pero su voz permaneció serena.

—No se nos ha dado tiempo para pensar con claridad. Cuando llaman a la puerta en medio de la noche y uno se ve obligado a tomar una decisión drástica, inmediatamente los barrotes descienden deprisa y te encierran. Uno cree que la trampa está abierta al principio por ambos extremos, que todavía puede salir. Y cuando descubre que es imposible escapar, una especie de inercia se apodera de él. Estáis demasiado estupefactos para poder protestar. Ellos utilizaron el terror como un arma. Si son capaces de hacer esto…

—¡Hacedla callar! —gritó un joven de ojos extraviados en el extremo opuesto de la cabina de pasajeros—. ¡Debe de estar loca!

Helen Arcularis sacudió la cabeza.

—Eso es lo que desean que penséis. Pero no estoy loca y tú lo sabes. Debemos hacerles saber que no creemos las mentiras que nos han dicho acerca de la Estación. Cuando uno aparece interesado y simpático y actúa implacablemente, este engaño no se mantiene durante mucho tiempo. Pero en un encuentro con el mal hay algo desmoralizador en tal contradicción. Azora a la víctima, la hace incapaz de captar la magnitud de este mal.

Brandon se daba cuenta de que ya no podrían detener a la mujer, porque su fuerza subyacente era demasiado grande. Pero

experimentó la extraña sensación de que en lo más hondo de su mente la mujer esperaba que esta fuerza le abandonase, porque ella no quería morir en realidad.

Lo ha tenido encerrado dentro de sí demasiado tiempo, pensó. *Ahora lo echa fuera todo, como una inundación que avasalla las paredes del dique*.

Vio al alto individuo de barba oscura cruzar la puerta en el extremo opuesto de la cabina de pasajeros y plantarse a escuchar todo un minuto antes de que Helen se diese cuenta de que estaba bajo observación oficial. La muchacha tenía la vista fija ante sí y sin atraer su mirada no podía advertirla, por gesto o señal, de que se encontraba en peligro.

Ya se había traicionado a sí misma y el gritarla como había hecho el joven atormentado solo haría que el serio intruso estuviera más seguro de que tenía unos cuantos partidarios y que debía ser puesta bajo custodia inmediatamente.

¿Acaso se le podría hacer creer que tenía todos estos partidarios? Casi sin pensarlo, Brandon la defendió. Con tiempo para meditar, quizás hubiese dudado, pero algo muy profundo en su naturaleza se reveló contra una tiranía que consideraba a la inestabilidad emocional como un crimen. Seguro que ella tenía derecho a decir la verdad tal y como la veía, no importaba cuán enferma o trágicamente equivocada pudiera estar.

Brandon miraba al intruso, que gesticuló reclamando silencio y alzó la voz para hacerse oír por encima del intranquilo murmurar que había seguido a la expresión de súbito asombro de Helen Arcularis. Ella ahora también había visto al intruso y estaba medio vuelta en su silla, su gesto de desafío momentáneamente apaciguado.

—Quizás sea prudente retrasar la cuenta inversa —previno Brandon, con una nota de vibrante convicción en la voz que no se perdió para el hombre de la barba oscura—. Muchos de nosotros creemos que se nos debió dar más tiempo para tomar una decisión que puede considerarse desde diversos ángulos y con tranquilidad antes de que se acepte sin cólera o rencor. Incluso una prudente decisión sería repudiada si al hombre se le dice que debe tomarla instantáneamente y no se le permite luego cambiar de idea. No estoy de acuerdo con lo que acaba de decir la Coordinador 7Y9. La

ciencia moderna tiene muchas armas a su disposición que pueden utilizarse como instrumento de tiranía, pero que, con prudencia y madurez, también pueden utilizarse para curar.

El hombre de la barba habría apretado los labios y avanzaba hacia. Brandon, ahora con expresión de cólera en sus ojos. Pero Brandon se negó a guardar silencio.

—Una revuelta ahora sería un acto de locura criminal. Pero la Coordinador 7Y9 no se le podría censurar el hablarnos como lo hizo. Ella es simplemente humana y si no estuviese enferma no se encontraría aquí. Todos nos sentimos profundamente turbados, alarmados por el modo en que el Consejo Recomendatorio utilizó todo el peso de su autoridad para hacernos sentir que se había presentado una situación de emergencia, la que no nos dejaba verdadera libertad para elegir.

Brandon cerró sus dedos en torno al brazo de su sillón y cambió de postura ligeramente.

—Quizás tenía justificación. No lo sé. Tengo fe absoluta en la integridad del Consejo. Pero se puede poseer integridad y cometer un error en el juicio. Solo una cosa me importa ahora. Si se inicia una revuelta el resultado sería desastroso y sólo hay un modo de impedir que esto se produzca ¡Detened la cuenta inversa!

De pronto, el hombre de la barba estuvo al lado de Brandon, cogiéndole furioso por el hombro. No era más alto que Brandon, pero tenía una constitución más vigorosa. La mordedura de sus dedos fue el siniestro recordatorio de que un hombre sentado se encontraba en desventaja y que el cinturón de seguridad del talle de Brandon era también otra desventaja adicional.

—Si eres prudente… te estarás absolutamente quieto y callado —dijo el agente con ojos duros, la voz en un susurro—. Estás pensando por los demás. No habrá dificultades si tú no las provocas. Voy a anestesiarla. Tengo al cono aquí mismo y cuando lo ponga sobre su cara va no tendremos problemas. Sacarla fuera gritando sería una estupidez.

Brandon se puso rígido en una violenta protesta.

—Sería una estupidez utilizar anestesia. ¿Es qué has perdido el juicio? Sería la cosa más cruelmente maligna que podríamos hacer. Por lo menos así lo parecería, aun cuando ella no sufriese el menor daño. Deberían comprenderlo. A menos que quieras que se

revuelvan…

—¿Acaso preferirías que emplease la violencia física? Podría dejarla fuera de combate de un golpe, ¿pero eso no les enfurecería más? Cualquier cosa será mucho más seguro que sacarla gritando.

Una oleada de rabia incontrolable recorrió a Brandon cegándole contra toda precaución.

—¡Ojalá se rebelen! —dijo con ojos llameantes—. ¡Ojalá te cojan y te golpeen hasta dejarte sin sentido! Quizás yo sea uno de los que lo hagan. Si me esfuerzo, puedo romper el cinturón que me ata…

—No habrá ninguna rotura de cinturones —dijo el hombre de la barba oscura—. No me da miedo eso… solo lo que pueda ocurrir si ellos se ponen furiosos. Tendremos que interrumpir la cuenta inversa si la furia es excesiva. No se puede despegar con pasajeros en un estado de frenética agitación. Cuando eso ocurre, la aceleración se convierte en algo más que un peligro menor. Tendríamos muertes…

Se interrumpió con brusquedad, sus dedos clavándose casi salvajemente en la carne del hombro de Brandon.

—Recordaré lo que has dicho. Esperas que se rebelen. No empiezas demasiado bien. Pero tenemos medio de ocuparnos de eso cuando lleguemos a la Estación.

El enfermo aspiró una larga y temblorosa bocanada de aire. La concesión que había parecido realizar voluntariamente al principio a la capacidad de Brandon por contenerse, acababa de ser retirada con toda claridad, si es que no había sido más que una simple ilusión.

Giró bruscamente en redondo, sus manos manejando el cono. Lo había sacado de debajo de su uniforme espacial gris de enfermero. Pero tuvo la precaución de mantenerlo a nivel de su cintura hasta que se encontró al lado de Helen Arcularis.

El cono cayó sobre la cara de la muchacha con tanta rapidez que ninguno de los pasajeros sentados cerca de ella se dio cuenta de lo que pasaba hasta que la vieron forcejear. Aunque el hombre de la barba había dicho que era preciso correr alguna especie de riesgo, la expresión de consternación que apareció en sus ojos convenció a Brandon que su resistencia era más de lo que el enfermero había esperado.

Se había visto abocada sin previo aviso en una aniquiladora

negrura, pero siguió luchando con todas sus fuerzas tratando de no inhalar los vapores. Arqueó su cuerpo, echando las piernas hacía atrás y hacia adelante y escurriéndose frenéticamente y tirando de las muñecas del hombre de la barba. Este dobló los hombros y la mantuvo inmóvil, su gran mano izquierda moviendo un poco el cono y oprimiéndolo con mayor fuerza contra la cara.

Algo estalló en el cerebro de Brandon. Con una violencia que era autoaniquiladora se lanzó hacia adelante en su sillón, tirando del cinturón de su talle hasta que el duro cuero le mordió la carne y le obligó a apretar las mandíbulas.

De haberse roto el cinturón, su falta de armas no le habría preocupado. Sólo quería estar libre, porque le dominaba una rabia terrible, una rabia asesina y no habría necesitado armas para hacer que el enfermero desease haberle puesto el cono en su cara, antes que colocarlo en la de la mujer.

Entonces un cinturón se rompió de un chasquido a poca distancia de Brandon. Quizás fue la propia hebilla la que cedió ante la fuerza de Templeton, porque las venas en sus sienes se habían hinchado hasta casi estallar y estaba libre de su sillón antes de que el correaje dejase de oscilar.

Durante un instante Brandon pensó que el furioso físico iba a saltar contra el de la barba y luchar con él sin importarle mucho morir o no. Pero en vez de eso hizo algo increíble. Circundó el sillón de Sanford sin mirar siquiera al hombre que estuvo a punto de matar y rápidamente abrió la hebilla del cinturón que rodeaba a Brandon.

—Liberta a algunos más —susurró—. A tantos como puedas. Yo me encargaré del enfermero.

La rabia de Brandon era tan grande como la de Templeton, pero le quedaba suficiente serenidad para saber que recurrir a la violencia abierta costaría la vida de los pasajeros. La furia de Templeton estaba con seguridad fuera de todo control. Pero Brandon comprendió con rapidez que no le podría convencer con razonamientos a menos que tuviera que enfrentarse a una situación demasiado apremiante para despreciarla.

—No seas loco —dijo, extendiendo su brazo tan bruscamente que Templeton no pudo esquivarlo—. Una revuelta activa ahora constituiría motivo de automática pena de muerte. Si permanecen

atados a sus asientos y solo protestando no pondrán sus vidas en peligro. Helen tenía razón en esto. Lo único que puede salvarnos ahora es esa especie de rebelión. Si todos comienzan a gritar, tendrán que retrasar la cuenta inversa.

—Comprendo. No levantaremos la mano contra el enfermero…

Una luz áspera apareció en los ojos de Brandon.

—Pagará lo que acaba de hacer. Yo correré ese riesgo. Pero eso se termina con una paliza y no necesitaré ninguna ayuda.

Templeton sacudió la cabeza.

—De él me encargo yo. No te pongas por medio. Yo mismo libertaré a los pasajeros… si te da miedo a ti. ¡Necesitamos ayuda para detener la cuenta inversa y nos quedan solo cinco minutos!

Apartó a un lado el brazo de Brandon y alcanzó al enfermero en siete largas zancadas. Su asalto fue rápido y brutal. Lo envió tambaleándose hacia atrás, con un golpe en la barbilla y le cogió por la muñeca antes de que pudiera recuperar el equilibrio, retorciéndosela con salvajismo. Pasó el brazo en torno a la cintura de Helen Arcularis y la libertó, dejándola en el suelo con la mano libre, sin soltar su presa de la muñeca del de la barba.

De nuevo lanzó su puño contra la barbilla del enfermero, le cogió por los hombros con dedos acerados y lo arrojó al suelo. Al instante estuvo sobre él, descargando una lluvia de golpes sobre su cara y a ambos lados de la cabeza, hasta que la dejó como aplastada, percibiéndose una especie de sollozo y quedando inmóvil. El puño de Templeton brillaba rojo a la luz de las lámparas del techo y con la máxima rapidez se puso en pie. Jadeaba y los músculos del cuello parecían tensas cuerdas anudadas sobresaliendo duros como huesos a ambos lados de su garganta. Llevaba todavía en su sitio las gafas oscuras, como si las tuviera soldadas al puente de la nariz con tanta firmeza que ninguna violencia podría arrancarlas de su sitio.

Una oleada de respeto y admiración hacía aquel hombre recorrió durante un instante a Brandon, pero no permitió que esto le cegase hasta olvidar la locura criminal de lo que Templeton planeaba hacer. Haber puesto en peligro su propia vida no tenía importancia, si es que no deseaba continuar viviendo a causa de lo que revelaron sobre él las cintas psíquicas. Tenía derecho a elegir con su propia libre voluntad. Era un riesgo al que Brandon se había preparado,

aunque no habría pegado al enfermero con tanto salvajismo para después pretender continuar con vida.

Con toda posibilidad el enfermero no despertaría y Brandon no tenía el menor derecho de libertar a los pasajeros ahora y condenarles a una muerte segura.

Durante un instante Brandon se vio roto por la indecisión. Si trataba de impedir que Templeton llevase a cabo su amenaza, la cuenta inversa terminaría antes de que aquel loco frenético pudiera ser detenido. Se necesitarían para reducirlo a la impotencia tres o cuatro minutos como mínimo.

Su indecisión desapareció cuando comprendió que ya era demasiado tarde para detener la cuenta inversa, no importaba lo que hiciese. Era demasiado tarde para cualquier clase de rebelión que entrañara lo que había esperado Helen Arcularis que sucediera diez o doce minutos antes, Templeton estaba con toda evidencia fuera de sincronismo, cegado por su rabia insensata y por su tozudez en la esperanza de tratar de libertar a los pasajeros y llegar hasta la sala de los pilotos antes de la hora cero.

Tenía que ser detenido antes de que abriese una sola hebilla más.

Templeton se inclinaba para liberar a un hombre mayor de aspecto furioso, sentado cerca de la puerta, cuyo deseo de participar en una revuelta era indudable, cuando Brandon le atacó cogiéndolo por los hombros y haciéndole girar en redondo, con una violencia tan imprevista que le pilló absolutamente desprevenido.

Antes de que pudiera libertarse y dar un breve paso hacia atrás, el puño de Brandon se descargó en la boca del estómago, doblándole por la mitad.

Brandon no le dio tiempo para que se recuperase. Le golpeó tres veces, dos de refilón a la barbilla y otro que cayó con solidez y un impacto anonadador.

Templeton se tambaleó y estuvo a punto de desplomarse. Pero durante un instante logró retirarse a distancia prudencial, sacudiendo su cabeza para aclararla y alzando los brazos para protegerse el rostro.

Brandon estaba alerta cuando su oponente contraatacó. Recibió un golpe que le conmocionó haciendo que una puñalada de dolor le atravesase el pecho. Pero Brandon paró dos puñetazos más y por su

parte envió un derechazo que lanzó hacia atrás la cabeza de Templeton.

Los dos hombres casi eran iguales en altura y peso, pero Brandon tenía los brazos más largos. Eso dejó de ser una cualidad, sin embargo, cuando la turbación desapareció del rostro de Templeton y fue sustituida por una furia fría. Luchó con la máxima deliberación, no pareciendo importarle el castigo que recibía.

Fue un golpe de suerte lo que terminó con la lucha. Iba dirigido al pecho de Templeton pero le dio de lleno en la barbilla con un impacto tan aniquilador que le hizo caer de rodillas y desplomarse de bruces. Perdió el sentido casi al instante.

Pero Brandon no podía sentirse orgulloso por aquella victoria, aun cuando pensara que Templeton intentó hacer algo que hubiera puesto en peligro las vidas de las personas que él tenía obligación de defender. Templeton había exhibido un gran valor y no importaba lo equivocado que estuviera al poner en jaque las vidas de los pasajeros sin su consentimiento; Brandon sentía respeto hacia esa clase de coraje. Aceptar, sin embargo, el acto en sí habría significado compartir la equivocación y borrar de su mente el interés que sentía por la seguridad de los pasajeros. Ese interés era básico para su integridad y no tuvo otro remedio que obedecerlo.

Helen Arcularis no se había agitado. Yacía casi debajo del altavoz, los ojos cerrados y el rostro extrañamente compuesto, como si la anestesia la hubiese hecho dormir tan pacíficamente que todos sus tormentos internos se hubieran desvanecido. Pero el enfermero se sentaba, sosteniéndose tembloroso sobre un codo y mirando a Brandon con atónita incredulidad. Tenía el rostro magullado e hinchado y habló con dificultad.

—Iba a libertar a los pasajeros. Pero tú se lo impediste. ¿Por qué?

Brandon notó como le regresaba su cólera, pero con un esfuerzo habló tranquilo.

—Ya es demasiado tarde para detener la cuenta inversa. Si te hubiese matado, los pasajeros habrían sufrido condena a muerte. No es preciso que te lo diga. Tienes mucha suerte de seguir con vida. Yo casi deseé que te hubieran matado. Estuve a punto de hacerlo yo mismo, así que no sientas agradecimiento ni te hagas a la idea que me interesaba por salvar tu vida.

—No se me olvidará eso —dijo el enfermero—. Pero de buena gana olvidaré todo lo demás que pueda crearte dificultades… si tú no me las causas a mí… Yo no soy el estúpido corto de vista que me crees. Sigues siendo un Coordinador y le impediste libertar a los pasajeros. Eso tendría su peso ante el Consejo y podrías desfigurar las cosas para que las consecuencias fuesen malas para mí. También yo podría empeorártelas… pero es un riesgo que no me gusta correr. Ambos nos veríamos en apuros.

—Quieres concretar un trato conmigo, ¿verdad? —preguntó Brandon.

—De momento… sí. Un poco de olvido no nos costará nada. Probablemente soy un necio al confiar en ti, pero…

—Puedes fiarte de mí —dijo Brandon cortándole en seco—. Quizás sea yo quien comete un error, porque no te tengo confianza en absoluto. Pero el interés propio puede mantener a un hombre en silencio cuando sabe a dónde le puede conducir el hablar.

Brandon apretó los labios y miró con fijeza al enfermero durante un momento.

—Tres condiciones —dijo—. Yo no guardo silencio para salvarme y será mejor que te convenzas de eso. Que no se te olvide ni un instante. Lo único que me interesa ahora es la seguridad de los pasajeros y guardar silencio les evitará correr un riesgo peligroso. Si el Consejo les interrogara para sacarles la verdad quizás se volvieran retadores y dijeran algo erróneo.

El enfermero asintió.

—Lo tendré en cuenta. ¿Cuáles son las otras condiciones?

—Estarás de acuerdo con cuanto yo diga en el momento en que les hable. Me ayudarás a convencerles de que rebelarse ahora sería insensato, porque estaremos en el espacio y necesitaremos de todo el dominio propio que poseamos. Sólo el verte les encoleriza. Pero escucharán las razones si tú respaldas lo que yo diga.

—¿Qué otra cosa más?

—Lleva a la Coordinador 7Y9 a su asiento. Recobrará el conocimiento en cualquier momento. Sujétala a su sillón y ten el máximo cuidado de hacerlo con suavidad. Tiene que encontrarse protegida contra la aceleración cuando esta se produzca. No, espera… yo lo haré.

El enfermero había comenzado a ponerse en pie inseguro, pero

Brandon pasó junto a él, se inclinó y tomó en brazos a Helen Arcularis. No era una mujer pequeña, pero su cuerpo parecía sorprendentemente ligero, casi frágil. La proximidad de la hora cero le hizo moverse más rápidamente de lo que lo hubiera hecho si la necesidad de prisa hubiese sido menos apremiante.

Los pasajeros parecían también darse cuenta de aquella urgencia, porque habían dejado de agitarse furiosos y lo miraban en completo silencio, mientras se aseguraba que el cinturón de la mujer inconsciente quedase ajustado con la máxima seguridad.

No regresó de inmediato a su propio asiento. Caminó hacia donde yacía Templeton, le puso en pie con un esfuerzo considerable y marchó tambaleándose con él hasta el asiento que el hombre había ocupado previamente. Templeton arrastraba los pies. Pero ya no estaba inconsciente y gimió en azorada protesta cuando Brandon le colocó en su sillón y le ató con dedos temblorosos.

Brandon miró de reojo rápidamente al enfermero y decidió que si el hombre era lo bastante sensato y se agarraba y apoyaba contra el sillón del pasajero más próximo, la aceleración probablemente no le haría ningún daño.

Brandon acababa de terminar de abrocharse la hebilla del cinturón propio cuando la cabina de pasajeros vibró y el cohete abandonó su rampa de lanzamiento con un fuerte estrépito y un fulgor de luz cegadora.

III

La Estación viajaba por el espacio en una órbita elíptica de ochocientos mil kilómetros de anchura, casi a medio camino entre la Tierra y Marte. Tenía unos trescientos veinte kilómetros de circunferencia y estaba construida en forma de trompo, con la cumbre redondeada y una base puntiaguda. Era mayor en tamaño que cualquiera de los planetoides del cinturón entre Marte y Júpiter y casi igual en peso a Febo, la más pequeña de las dos lunas marcianas.

Era una ciudad-mundo moviéndose a través de las ensenadas entre los planetas… un satélite artificial con una población humana mayor que cualquier ciudad de tamaño medio en la Tierra.

A diferencia de otras plataformas espaciales mucho más pequeñas como las que se lanzaron medio siglo antes, no estaba tripulada por una docena de preocupados astronautas cuyo principal interés era permanecer en órbita lo más posible y retransmitir a la Tierra información valiosa por medio de un sistema complejo de aparatos de medición de la radiación y de equipo especializado en el terreno de las comunicaciones. Estaba tripulada por ciento cincuenta expertos en navegación con satélites artificiales y por una tripulación auxiliar de trescientos técnicos de gran pericia. Era también brillante y tremenda. Un milagro de construcción científica en su totalidad… el sueño de un visionario convertido en realidad.

Brandon se plantó contemplando como la Estación se acercaba cada vez más a la ventanilla central de observación del cohete en deceleración. El viaje había consumido cuatro semanas, pero le parecía increíble que tanto tiempo pudiera haber pasado sin llenar su mente con recuerdos de vibraciones y ruidos y mucha excitada

especulación. Los días y las noches adquirieron una cualidad casi de ensueño. El tiempo se había prolongado de un modo que no era extraño cuando nada de importancia se presentaba para romper con la monotonía del comer, dormir, del leer y dedicarse a especulaciones abstrusas y de naturaleza subjetiva. No había paralelos son los que anticipan el futuro y era difícil imaginarse este futuro sin pensar en términos de pasado cuando había tan poquísima base incluso en las más frenéticas de las alucinaciones y cábalas.

Si Brandon hubiese sido menos realista en su manera de pensar quizás no hubiera experimentado tal desventaja. Pero siempre sintióse poco propicio a dar excesiva libertad a su imaginación en asuntos de importancia vital. ¿Para qué servía visualizar un futuro que podía resultar no existente y verse obligado a soportar un desencanto que de otro modo podría haberse evitado? Era mejor dejar que los acontecimientos se desarrollaran por sí mismos y no tratar de adivinarlos… a menos que uno se hubiese enfrentado con un peligro inmediato que exigiese la previsión. El prever es sólo valioso cuando se basa en la observación cuidadosa y en la ley de las probabilidades, y un futuro sin puntos de referencia era mejor que quedase inexplorado si es que no había modo de que proporcionase un solo hito, una sola señal que sirviera de guía.

Le enojaba poco que Sanford pareciese siempre plantarse junto a él, voluntarioso e incluso ansioso de iniciar una larga disputa sobre puntos de vista puramente especulativos. Sólo el hecho de que llegarían a la estación en menos de cuatro horas hizo que el físico mayor se mostrara alarmantemente inquieto.

—¿Recuerdas lo que dije antes de la hora cero, George? —preguntó de pronto, sin volverse, como si no quisiera soportar su mirada ni por un momento, y sí continuar contemplando el gran trompo giratorio que ahora llenaba dos tercios de la ventanilla de observación.

—Sí… me parece que sí —contestó Brandon mirando a las luces de la Estación, que se hacían más brillantes, con una ligera aceleración de su pulso—. Era algo acerca de lo malo que sería al principio.

—Dije que resultaría infernal durante el primer mes. Incluso me negué a dejarme pensar en el segundo y en el tercero. Pero de

ordinario el primer mes es el peor. Si uno lo puede soportar, entonces posee alguna posibilidad de endurecerse lo bastante para construir a su alrededor una especie de cáscara protectora. Sólo soportar los motivos y movimientos de saberse vivo ayuda. Cualquier hombre que ha estado en prisión durante largo plazo de años te lo confirmará.

—No se nos envía a ninguna colonia penal —dijo Brandon—. Hablas como si así fuese. Ahora mismo nos vemos encerrados en una concha protectora. Nuestro problema es libertarnos. No necesitaremos esa clase de protección si podemos enfrentarnos a la verdad acerca de nosotros mismos con madurez y valor.

—Escúchame, George… escucha con cuidado —dijo Sanford—. El Consejo está convencido de que nuestras lecturas de las cintas psíquicas son anormales. Pero sabes muy bien que no somos psicóticos. Las tensiones y complejidades que cada cual ha de soportar en la actualidad hacen inevitable una neurosis universalmente compartida. Incluso si unos pocos de nosotros estamos en la frontera a ese respecto… está bien, somos psicóticos suaves… hay doscientos millones de hombres y mujeres en la Tierra que están emocionalmente enfermos. Tendrás que recordar que una neurosis profundamente arraigada puede ser tan difícil de curar como una psicosis leve y en algunos aspectos constituirá mayor problema.

—¿Dónde quieres ir a parar, Ralph?

—Simplemente a esto. El Consejo está convencido de que cualquier clase de defecto emocional o de tara en un Coordinador, sería una amenaza para toda la estructura de la sociedad. Eso les hace sentir conscientemente que tienen justificación al someternos a una terapia tan drástica. Cuando uno empieza a pensar en alguien de ese modo, incluso subconscientemente, se le cataloga ya como tipo raro y nada ordinario. Entonces se exagera la gravedad de sus síntomas. Otra cosa… Se convierte en su objeto ideal para la experimentación, porque es muy fácil pensar que se le puede curar… si es que se puede curar a alguien.

Sanford hizo una pausa momentánea; luego continuó muy serio:

—¿No lo comprendes, George? Una vez que están completamente convencidos de que nuestra enfermedad emocional queda fuera de lo corriente y es muy grave, podemos ser tratados

como animales experimentales de laboratorio. Oh, los terapistas del más alto nivel lo sabrán mejor. Sabrán que estamos completamente cuerdos. Pero ya sabes lo que le pasó a Helen, cuando un brutal enfermero decidió por su cuenta. Hay algunos que convertirían nuestra vida en la Estación en un infierno.

—Pero estarán bajo constante supervisión —repuso Brandon—. Eso lo podemos dar por sentado.

—Aguarda un momento, George —dijo Sanford frunciendo el ceño—. Déjame terminar. No podemos dar nada por sentado. Los enfermeros seguirán la sugerencia dada por el Consejo, no por los terapistas de alto nivel. Yo no objeto la prudencia de esa conducta, sólo al modo que resulta en la práctica. Los hombres de más arriba son sólo humanos, George. Están sobrecargados de trabajo, abrumados. No se puede esperar, quizá, que cuarenta terapistas de alto nivel repasen constantemente todo lo que llega a la Estación.

Brandon no estaba de completo acuerdo con eso. Pero antes de que pudiese destacar a Sanford aquello de que sería una ventaja para los terapistas de alto nivel efectuar una revisión cada veinticuatro horas, incluso si se veían obligados a no dormir, la puerta, a pocos palmos tras ellos, se abrió y dos enfermeros con uniforme gris avanzaron hacia la ventanilla de observación y ordenaron a los pasajeros que regresasen a su asiento.

Brandon se quedó mirando con fijeza durante largo rato a la Estación antes de dar media vuelta, comprendiendo que quizá no tuviese otra vez el privilegio de verla desde el espacio.

¿Una prisión? En la perfección tecnológica de la Estación a solas residía una cualidad de dedicación y de belleza imperecedera que hacía difícil para él considerarla como cárcel. Seguro que la fealdad no podía emerger de tal belleza y destrozarla completamente y para siempre.

IV

Hay veces que el espacio en sí parece conspirar con lo extraño y lo asombroso para ampliar los límites de la consciencia humana. Aspectos jamás aparecidos antes de la realidad se precipitan sobre el individuo con fuerza huracanada, agitándole con tal e increíble torbellino de luz, sonido y color, que la continuidad de la experiencia que enlaza el pasado con el presente y el presente con el futuro deja de tener ningún significado.

Hombres y mujeres miran con fijeza hacia adelante como si estuviesen hipnotizados, demasiado impresionados o atemorizados para entablar conversación o clavan sus ojos en algún simple objeto inmóvil, una viga de acero gris, quizás, en medio de aquel cambiante caleidoscopio de colores… y esperan a que pase la experiencia, como uno podría aguardar un lento despertar de un sueño que se ha convertido en algo casi insoportablemente arrollador.

El cohete de pasajeros había entrado en órbita en torno a la Estación cinco veces, disminuyendo constantemente su velocidad y ahora pendía colgado del espacio, tan inmóvil como el mundo-ciudad encerrado en acero que se cernía sobre él. Mientras las luces destellaban, encendiéndose y apagándose, las cápsulas de carga, impulsadas por energía química, transportaban a los pasajeros a través de diez y pico de kilómetros de espacio vacío hasta el tercio inferior de la Estación. En cada una de las cápsulas doce de los condenados se sentaban o permanecían en pie, envueltos en un chisporroteo azul pálido.

Viajar a solas a través del espacio exterior, fuera de las firmes paredes metálicas de la gran espacionave, era algo más que una experiencia simplemente enervante. Puede llenar la mente con una

sensación de pánico absoluto. Por todos lados el universo se extiende alejándose durante millones de años luz y en ese vasto océano luminoso no hay playas rebordeadas por verdes palmeras en donde, más allá del oleaje, un proscrito puede verse arrojado y esperar la venida de otro amanecer, confiando con toda esperanza que el rescate no tarde en llegar. No hay navíos lejanos cruzando el horizonte, ni tampoco columnitas de humo alzándose perezosas hacia la playa y viéndose desviadas por el viento… ni siquiera el zumbido de un lejano avión invisible.

La experiencia es sólo ligeramente menos enervante cuando se comparte con unos pocos más y hay seguridad y serenidad precisamente por delante y es muy improbable que uno se convierta en un náufrago entre las ensenadas de los planetas. Basta saber que *puede* ocurrir, e incluso que un crucero de diez y pico de kilómetros desde el cohete de pasajeros a un mundo-ciudad puede ser, en ocasiones, una empresa en extremo peligrosa. Ninguna fuente convencional de energía opera siempre con un cien por cien de eficiencia y en un espacio muy pequeño los vehículos tienen problemas de conversión de calor y en transformación de este calor, que sólo se pueden resolver conservando un equilibrio precario entre la entrada de energía y a la salida a través del mantenimiento de una vigilancia constante.

Por fortuna, cuando está en juego la vida humana, la vigilancia del factor hombre no es probable que falle. Pero se ha sabido que han ocurrido casos parecidos y que los cohetes gigantes pesando centenares de toneladas han estallado en el espacio simplemente porque algún técnico de menor categoría se ha permitido un parpadeo durante la fracción de segundo necesaria para trasponer un instante crítico.

Brandon había salido del cohete en la sexta cápsula. Se sentaba enfrente mismo de Ralph Sanford, que no habló hasta que la cápsula se encontró a unos seis kilómetros de la Estación. Brandon estaba demasiado impresionado para hablar y se limitó a asentir cuando el físico ya mayor dijo:

—La imagen que tiene un hombre de sí mismo es absolutamente importante. Resulta la única cosa que puede salvarle en una crisis desesperada, cuando el suelo se abre bajo sus pies y necesita poseer un firme soporte en el que apoyarse.

Sanford hizo una pausa durante un instante, luego continuó muy serio.

—Nunca debemos cometer el error de pensar que las circunstancias más allá de nuestro control nos han colocado en tan gran desventaja que debemos utilizar una coloración protectora. Si un león pudiera convertirse en un leopardo, hay posibilidad de que le salieran manchas en la piel aun cuando sólo existieran en su pensamiento y luego hasta podría estar seguro de terminar como un camaleón. Pero aceptando esto aceptamos la altura de la locura para un hombre que pretenda ser lo que no es. Es mucho más prudente destacar de una manera recia como un león, que verse pisoteado por accidente siendo un pequeño y aterrorizado lagarto, por muy ingeniosa que sea su coloración; ya que el lagarto es particularmente vulnerable a ese respecto. No debemos olvidarnos jamás que seguimos siendo Coordinadores.

Había sólo una mujer en la cápsula de carga. Era extremadamente vulgar de aspecto y Brandon se encontró comparándola desfavorablemente con Helen Arcularis y la chica de pelo dorado que sucumbió de terror y se desmayó.

No era sin embargo, el hecho de que la mujer a quien ahora miraba resultase físicamente nada atractiva lo que originó tal comparación. Principalmente era la dureza, el modo casi colérico en que ella le devolvía la mirada, como si estuviese todavía recordando el papel que representó al intervenir en el desastre y violentamente lo desaprobara. Había en torno a ella también una frialdad inconfundible bajo el aspecto del completo desinterés de sus ojos cuando recorrieron la cápsula y se posaron durante un instante en cada uno de los doce pasajeros. Era como si estuviese diciéndose para sí misma:

Sus problemas no me importan. Son locos completos o de lo contrario no estarían aquí. Yo soy precisamente lo opuesto a un loco y he cometido sólo un pequeño error que podría fácilmente haber evitado si hubiera conservado la serenidad. Cuando una es lo suficientemente lista puede engañar a los examinadores y sus grabaciones de cinta psíquica no podrán revelar lo que no deseas que ellos sepan acerca de ti. Una máquina no es infalible. Si se tiene suficiente control sobre las propias emociones, una máquina puede ser engañada tan fácilmente como un ser humano… y no hay límite a la credulidad del hombre.

Eso no era estrictamente cierto, claro… Como máximo resultaba la cuarta parte de la verdad y Brandon sabía que si había imaginado correctamente el flujo de los pensamientos de ella —no estaba menos seguro de que sí lo había hecho— la mujer se exponía precisamente a la clase de rudo despertar que un niño fanfarrón experimenta cuando todas sus ilusiones se desmoronan ante los aspectos más duros de la realidad.

Una máquina no es infalible, cierto. Pero no se puede confiar en la siempre remota posibilidad de que fallará al efectuar el análisis correcto de los datos que se le suministran. No importa lo listo que uno se crea. Precisamente por su frialdad, la mujer de aspecto vulgar estaba cometiendo una mayor torpeza. Porque una falta de simpatía humana a cualquier nivel era, a la larga, autodestructora.

Brandon miró de reojo su reloj de pulsera y comenzó a endurecerse para la prueba que estaba seguro le aguardaría nada más llegase a la Estación. No hay nada más difícil de soportar sin rencor que la clase de investigación oficial que da por sentado que un hombre con la sangre hirviente en sus venas no es distinto de una máquina complicadamente construida que ha dejado de funcionar a plena eficiencia y que debe ser puesta en movimiento de modo experimental, examinándola desde todos los ángulos y, si es necesario, desmontarla y reajustarla.

No le cabía la menor duda de que se vería sujeto a un vigoroso examen. Ellos no tendrán que responder ante una mayor autoridad si le mantenían hablando durante una hora y le hacían docenas de preguntas impertinentes. Estarían convencidos, al hacerlo así, de que sería un gran placer ver a un Coordinador mostrarse algo inquieto. Tendrían la sartén por el mango y se aprovecharían plenamente del poder que había caído como una ciruela madura en su regazo.

El genio de Brandon se despertó al pensar en aquello. Y sus oficiales y subalternos eran todos por el estilo y esa clase de cosas tenían lugar incluso en las salas de admisión del hospital de la Tierra. Un hombre podría estar gravemente herido y en peligro de morir, pero tenía que llenar un impreso de información antes de que se le permitiese relajarse en la mesa de operaciones con un cono de éter sobre el rostro.

Brandon miró con fijeza durante un instante la vasta extensión

de las Constelaciones, brumosamente visibles a través de la pared translúcida del vehículo de carga y se preguntó por qué se permitía conturbarse por tal ofensa comparativamente menor a su amor propio. Los demás pasajeros tendrían que sufrir la misma prueba y sobrevivirían con dignidad y solamente su amor propio resultaría algo lastimado. ¿Por qué alzarse contra la rutina que es un aspecto de la tiranía humana cuando toda la raza del hombre está expuesta a esa tiranía mucho más destructiva psicológicamente del tiempo y del espacio, en un universo tan vasto que parece burlarse de todo forcejeo humano?

La cápsula de carga estaba a unos dos kilómetros ahora de la Estación. Y todos los condenados se encontraban en pie, mirando a la pared vertical de metal que parecía lanzarse derecha sobre ellos con una velocidad progresivamente creciente. Brandon, sin embargo, lo creyó improbable, especialmente que la cápsula hubiese aumentado la velocidad a la que viajaban. Con la Estación tan cerca la distancia intermedia ya no quedaba ampliada por la distorsión óptica y la ilusión del movimiento lento que acompaña a un viaje peligroso soportado con impaciencia, siendo todo sustituido por la ilusión igualmente engañosa de que la cápsula se acercaba a la Estación a dos o tres veces su verdadera velocidad.

El terrible pensamiento de que una colisión podría ser inminente destelló en los cerebros de más de la mitad de los pasajeros, porque estaban en pie y rígidos, mirando las luces centelleantes de la Estación con expresión de alarma en sus rostros. Otros parecían mirar la rápida aproximación de la sombría expansión de metal que se cernía detrás de las luces casi con alivio, como si tuvieran un deseo arrollador de terminar su aislamiento espacial que no colocaba barreras entre ellos mismos y la estrella más lejana del universo.

Y en los rostros de unos cuantos Brandon creyó detectar una expresión que era espejo de cómo un hombre como él debería sentirse si estuviese nadando contra la corriente, luchando contra las aguas traicioneras de un río sin retorno. No era una expresión totalmente desesperada.

Hubo una súbita agitación de movimiento en la sección de proa de la cápsula y un enfermero con cabello rubio muy corto, ojos atentos y rasgos angulares, se plantó bruscamente e hizo bocina con

sus manos.

—¡Saltaréis de la cápsula uno a uno! —dijo con voz tan incisiva que materialmente no necesitaba ampliación—. Debéis evitar la impaciencia; soy responsable personalmente de vuestra seguridad hasta que abandonéis la cápsula. Espero que no se os olvide todo esto. Esto es todo, nada más.

No era todo, se dijo Brandon a sí mismo. Sólo al hablar con tono de autoridad aquel joven serio, y posiblemente bien intencionado, había creado la animosidad.

Cinco pasajeros se volvieron para fulminarle con la mirada y la chica de aspecto vulgar ya no parecía tan interesada como lo estuviera antes. Apretó los labios y la cólera asomó a sus ojos. Sin duda, se dijo Brandon, era difícil para ella aceptar el hecho de que habían reglamentos que incluso un superior, autodesignado, no podía ignorar con impunidad. La estaba observando con atención un poco divertido por la idea y agradecido por tan breve respiro de la tensión cuando un hombre delgado, de expresión triste dijo con voz que fue claramente audible de extremo a extremo de la cápsula:

—Esto es muy extraño, pero la muerte ya no me causa terror. Os lo evitaría si pudiese, pero no hay modo posible… de que lo haga. Voy a hacer un agujerito pequeño en la cápsula y entonces el frío entrará y nos matará sin dolor… y muy rápidamente.

Durante un instante reinó un silencio estupefacto, mientras todos se volvían para mirar al hombre de la cara triste. Nadie habló ni se movió. Luego hubo una rápida aspiración de aire, como un suspiro, por alguien que estaba de pie cerca de Brandon y una voz lanzó un grito de aviso:

—¡Piensa hacerlo! ¡Oh, Dios, detenedle antes de que…!

La chica de aspecto vulgar gritó entonces, pero eso no impidió al hombre triste levantarse de su asiento y sacar un pequeño objeto reluciente que apuntó directamente a la plancha de popa de la cápsula.

Brandon no vio el movimiento casi simultáneo de la mano del enfermero mientras salía de debajo de su bata con un arma igualmente brillante.

Tan rápida había sido la oleada de sangre a sus sienes, que sus ojos se desenfocaron, volviéndose a mirar al hombre de cara triste y al enfermero que fueron como dos agitados turbiones durante un

instante. Hubo un estrépito en sus oídos también, que le impidió escuchar la viva detonación del arma que empuñaba el enfermero.

Fue en aquel momento súbito e increíble cuando todos en la cápsula parecieron quedarse insólitamente inmóviles, congelados, en actitud de horror, que les hacía parecer figuras de cera diseñadas por un maestro para crear una ilusión fantasmal en beneficio del público que buscaba emociones. Pero no era la clase de emoción que podía prolongarse sin un latigazo de terror que convertiría a un hombre en un ser que se tapaba los ojos y que gritaba interiormente.

Un lunar rojo y pequeño apareció en mitad de la frente del hombre de expresión triste y se ensanchó hasta un carmesí brillante en forma de manchón que le cubrió toda la cara. Ni siquiera retrocedió, giró. Simplemente se hundió sobre sus rodillas con el arma brillante todavía en su diestra, para colapsarse de bruces, con pesadez. Su cuerpo se sacudió convulsivo durante una fracción de segundo, como si los reflejos motores de su cerebro moribundo hicieran que sus miembros se resistiesen a la terrible finalidad de la muerte, hasta que el último chispazo de consciencia moribunda lo borró todo, integrándose en la nada.

Ni un sólo músculo del rostro del enfermero se ha descompuesto mientras guardaba la pequeña y compacta arma energética, devolviéndola a su funda bajo los pliegues sueltos de su bata y se inclinaba para examinar el cadáver. Cuando se levantó, sus ojos recorrieron la cápsula con tanta tranquilidad y apreciación que Brandon sintió repugnancia. ¿Acaso el hombre carecía de emociones? ¿Cómo podía permanecer impasible cuando había tenido lugar una tragedia tan horrenda, incluso a pesar de que había hecho lo que era su obligación?

Pero Brandon se sorprendió todavía más por lo que dijo, porque no había nada en la afirmación que indicase que estaba más impresionado por lo que acababa de ocurrir de lo que lo hubiera estado si hubiese matado de un manotazo a un mosca posada en su cara cuyo zumbido le enojase y cuya vida terminara con el violento palmoteo.

—Hice solamente lo que era necesario —dijo—. La conducta de un paranoico es siempre impredecible, pero una violencia autodestructora tal ocurre raras veces, como estoy seguro de que

todos vosotros sabéis. Con vigilancia absoluta el peligro puede evitarse hasta un grado que quizás os sorprenda. Su expresión le traicionó antes de hablar… durante todo un minuto sacó el arma y apuntó a la plancha de popa. Estoy adiestrado para detectar tales manifestaciones preliminares del ansia de matar y no es probable que me pillen desprevenido. Os digo eso para tranquilizaros. En ningún momento corrimos peligro.

Brandon de pronto se dio cuenta de que el joven enfermero le miraba con fijeza, sus ojos a la vez arrogantes y acusadores. Antes de que pudiese ajustarse a la sorpresa de aquello, Sanford le cogió firmemente por el brazo y le susurró un aviso:

—Cuidado, George. Vigila lo que haces y dices. Ese joven es peligroso. Vería con agrado la posibilidad de colocarte la etiqueta de paranoico.

Brandon devolvió la mirada del viejo físico con una expresión de azoramiento en sus ojos.

—¿Pero por qué? No he hecho nada para despertar su antipatía.

—Me temo que sí —explicó Sanford, aumentando su presión en el brazo de Brandon—. Podría usar lo que ha pasado en la cabina de pasajeros antes de la hora cero como excusa para matarle. Pretendería que fuiste tú quien disparó toda esta ola de violencia.

—Pero no estaba presente…

—Debes tener la seguridad de que conoce lo que pasó y lo fácil que le sería presentar un informe oficial que deformara lo que en realidad ocurrió. Debes enfrentarte al hecho. Cuando saltaste en ayuda de Helen, te granjeaste más de un enemigo peligroso. El trato que obligaste a aceptar a ese sádico de la barba debe haberle puesto furioso. Quizás aceptó guardar silencio para salvar su pellejo, pero eso no significa que no haya hablado nada. Es improbable que mantenga su rabia y frustración ocultas cuando le sería tan fácil hablar tranquilamente con otro enfermero, pedirle su secreto y sugerir un modo posible de ajustarte las cuentas. Por eso te aviso para que tengas cuidado. Una repetición de lo que acaba de ocurrir podría hacer que todo pareciese como obra de otro paranoico asesino. Todo cuanto necesitaría sería el más mínimo movimiento descuidado por tu parte… la más ligera pregunta objetando su autoridad… y así tendría una excusa para volarte la cabeza.

—Pero él no tiene motivo para odiarme —protestó Brandon—.

No hasta ese punto, de todas maneras.

—Ahí es donde te equivocas —dijo Sanford—. Tiene todos los motivos. Cuando un hombre ansía poder y hay restricciones en lo que se le permite hacer le es fácil odiar a cualquiera que le desafíe y consiga la mejor parte gozando de una posición que él ansía para sí.

Brandon permaneció muy quieto, preguntándose cuan cerca había llegado Sanford de la verdad. En apariencia se había aproximado muchísimo porque el joven enfermero le estaba mirando ahora como si le hubiera gustado hablar a los pasajeros con la misma calma a cerca de otro cadáver cuya vida había tenido que ser segada a causa de su manía destructiva.

Brandon se forzó a permanecer calmado. Dentro de tres minutos, como máximo, la cápsula establecería contacto con la impresionante pared de metal que aún parecía marchar hacia ellos con velocidad constantemente creciente y el enfermero estaría seguramente bajo una tensión demasiado fuerte para arriesgarse a la clase de juego que le podría acarrear malas consecuencias. El matar a dos hombres antes que el primero se hubiese enfriado sería difícil de justificar a pesar de lo que Sanford le había dicho y Brandon no creyó que el joven enfermero fuera tan estúpido.

De hecho, ya había apartado su mirada de Brandon y estaba hablando con tonos apremiantes a los pasajeros que estaban plantados cerca suyo, tres de los cuales mostraban demasiada ansiedad en ser los primeros en desembarcar.

Brandon había visto planos y fotografías del mecanismo transportador y conocía exactamente cómo funcionaba. Estaba localizado en el centro de una zona pequeña de aparatos manipuladores que controlaban y regulaban la carga en la base de la Estación. Consistía en un tubo de unos veinticuatro metros de longitud que a ambos extremos estaba herméticamente cerrado contra todo vacío. Cuando las cápsulas de carga llegaban a la Estación un panel se descorría para permitir la inserción de un pequeño mecanismo de escotillas sobresalientes que penetraba en la zona de vacío. Los pasajeros pasaban directamente al tubo mayor y ascendían por una ligera pendiente hasta que estaban plantados bajo una amplia expansión de metal que reflejaba todas las estrellas del espacio. Luego ascendían seis breves escalones y el terminal hermético al vacío del tubo se convertía en otra escotilla de aire por

la rápida abertura y ensanchamiento de un mecanismo parecido al diafragma de los objetivos fotográficos, o el iris del ojo humano, que funcionaba con la máxima precisión. Precisamente más allá de esa escotilla interna había una pesada puerta de cristal traslúcido. Y cuando los pasajeros donde la admisión de los procedimientos de ingreso reclamaban toda su atención. Era difícil para ellos evitar la sensación, por lo menos de momento, de que habían dejado de existir como individuos.

Brandon notó como la mano de Sanford le apretaba todavía más en el brazo.

—No creo que el interrogatorio dure mucho —dijo—. Lo soportaremos… si conservamos la serenidad. No nos han traído aquí para acumularse complicaciones desde el principio.

—Lo veremos —contestó Brandon. Mientras hablaba, la cápsula se detuvo brusca y sobresaltadamente y un sonido que parecía un gran suspiro escapó de los pasajeros.

Brandon alzó la vista y vio que como una nave, la Estación llevaba el nombre escrito en su casco con letras luminosas: *The Molidor*.

V

El apartamento era increíblemente espacioso y Brandon estaba a la vez sorprendido y azorado por el esplendor de sus muebles y por el modo milagroso que estaba iluminado, con lámparas incrustadas en paredes y techo, que proporcionaban la clase *justa* de iluminación, ni excesiva ni escasa.

Jamás se esperó nada tan lujoso y se vio dominado por la súbita sensación de agradecimiento y de alivio. No sólo la prueba del interrogatorio fue breve y conducida con una cortesía que bordeaba la deferencia… Aparentemente no habían olvidado que seguía siendo un Coordinador acostumbrado a vivir con comodidades y atenciones.

No se había reparado en gastos para hacerle sentir que su viaje no le había desposeído de los privilegios básicos que disfrutó en la Tierra mientras ejercía sus deberes en su alto empleo y una especie de alegría le dominó, impidiéndole comparar todo esto con la dureza y la incertidumbre de los largos días y noches en el espacio, y porque temía que de hacerlo así las balanzas se desnivelarían fuertemente limitándole su derecho a disfrutar.

Estaba rodeado por lo mejor que la tecnología del siglo XXI podía proporcionar… lo mejor de lo mejor, si a un hombre le gustaban los muebles tan hermosos como funcionales, estos parecían diseñados para hacerle sentir que no había salido de su propio hogar… y suficiente por el momento era el esplendor de todo aquello.

Descansa y disfruta parecía susurrarle una voz en lo más hondo de su mente. Todo es tuyo. Pueden quitártelo y encerrarte en una celda estrecha y obligarte desear haber permanecido en la Tierra convertido en un hombre anónimo dentro de la multitud. Mañana te lo arrebatarán todo y te informarán que han cometido un serio

error y que este compartimento te fue asignado por equivocación. Pero por esta noche puedes poner en marcha todos estos hermosos dispositivos y descansar de la tensión con Mozart y Chopin y mirar por un travelescopio e imaginarte que has vuelto a la Tierra, que asciendes por una brillante colina pisoteando las crujientes y doradas hojas del otoño…

El llamar a la puerta fue débil pero insistente. Giró en redondo. Advirtió cómo el pomo se movía y no pudo creer lo que vieron sus ojos durante un momento. La barra de metal pulido de veinte centímetros de longitud se movía hacia atrás y hacia adelante, indicando que se la podía manipular desde el exterior, en apariencia, aunque el surco en que iba fija había sido diseñado para mantenerla con firmeza en su lugar.

Avanzó deprisa hacia la puerta, soltó el pestillo y abrió lo bastante para ver el óvalo blanco de la cara de una mujer, enmarcado en la abertura y mirándole con fijeza. Sus ojos eran oscuros y brillantes, tenía los labios entreabiertos.

Entonces abrió del todo y ella penetró en la sala y cuando el joven cerró la puerta tras su visitante advirtió que los rasgos de la mujer estaban desencajados por el miedo. Pero no era eso solo lo que le hizo permanecer inmóvil durante un instante, mirándola, demasiado asombrado para decir palabra.

Llevaba el pelo desarreglado y usaba como ropa un vestido azul pálido, arrugado y suelto, aunque ceñido en la cintura. Le miraba con fijeza casi como lo hiciese en la cabina de pasajeros poco antes de los hora cero, o cuando trató de tranquilizarla y ella aguantó su mirada con expresión que le hizo sentir que había captado sus pensamientos.

La joven ahora también parecía consciente de lo que él pensaba porque habló como si hubiera estado conversando durante varios minutos y no hubo necesidad de que explicase por qué había tratado de abrir el cerrojo de la puerta.

—Nunca dejarás de hacerte preguntas acerca de mí, ¿verdad? —dijo ella.

El joven asintió sin saber que decir y prefiriendo esperar a que ella prosiguiese.

—Hay algo que ignoras acerca de mí —continuó ella—. Lo han mantenido en el secreto más absoluto… incluso ocultándolo a la

mayor parte de los Coordinadores. Has debido asombrarte al ver a una mujer de mi edad sentada ante ti en la cabina de pasajeros.

—Sí… un poco —asintió Brandon—. Pero pensé que podrías ser *posiblemente* una Coordinadora. No pareces tener más de veintidós años, pero he conocido mujeres de treinta y cinco que podían pasar por diez y ocho.

—Eso me ocurre a mí —dijo ella—. Pero tengo veintiséis y estaba sentada a solas allí. ¿Te gustaría saber por qué?

—Naturalmente —contestó Brandon. Una ligera sonrisa asomó durante un instante a sus labios, pero se desvaneció cuando vio la expresión de tormento en los ojos de ella.

—Me llamo Anne Rayle —dijo la joven—. John Rayle era mi marido.

Brandon no dijo nada de momento. Y cuando por fin habló, su voz, por segunda vez en tan breve espacio de tiempo, le pareció extraña.

—El hombre… que podía ver dentro de futuro —se oyó decir.

—Así le llamaban —afirmó ella—. Como si mirar en el futuro fuese solo una hazaña de mago de ferias que pudiese atraer al público en general… como si eso pudiese propagarse de una manera bastante sensacional. El hombre que puede ver en el futuro. Ha habido muchos otros. Yo misma soy clarividente y eso ocurre en toda mi familia. Pero no hasta la extensión de lo que era John. Nadie ha sido tan clarividente como John. No solo podía predecir el curso de los acontecimientos futuros con absoluta certeza, casi podía forjarlo a voluntad.

—El Consejo de Seguridad no hizo el menor intento de divulgarlo —dijo Brandon—. Hicieron cuanto pudieron por impedirle que pusiese en peligro millones de vidas.

—Sí, lo sé —contesto ella—. Pero John no podía guardar silencio. Si tú tuvieses el don de la clarividencia y pudieras predecir cuándo se producirá un desastre con absoluta certidumbre, ¿no intentarías utilizar esa cualidad para salvar millones de vidas?

—No lo sé —dijo Brandon—. Con toda seguridad consideraría el riesgo terrible de crear el pánico a escala mundial. Si uno predice un terremoto, una inundación o una época de hambre, hay que estar muy seguro de que no conducirá a una clase peligrosa de desmoralización mucho antes de que tenga lugar la catástrofe en sí.

Es muy fácil hacerlo, dadas las facultades de desánimo de la naturaleza humana cuando el desastre se cierne con una certeza absoluta.

—Pero una predicción exacta *puede* salvar millones de vidas —protestó Anne Rayle—. La zona de una inundación puede ser evacuada de la noche a la mañana si alguien está convencido de que habrá tal inundación. Poblaciones enteras pueden trasladarse de una región de la Tierra amenazada por el desastre si un timbre de alarma suena a tiempo. Incluso la amenaza de la destrucción termonuclear puede ser…

—¿Advertida? Me parece difícil de creer —dijo Brandon—. Ninguna catástrofe tan final como esa puede ser menos destructiva conociendo precisamente cuándo va a tener lugar. Si se puede predecir el futuro con certeza absoluta, —lo que dudo muy en serio —, queda en pie la razón de que nada de lo que los seres humanos podamos hacer impedirá que esa catástrofe tenga lugar. Si el curso futuro de los acontecimientos se puede prever, hay una predicción que ninguno de los dones de clarividencia puede permitirse efectuar. No debe pronunciar una sentencia de muerte sobre toda la humanidad. Debe impedírsele que cometa un acto criminal tan terrible, aun cuando esto signifique…

Le tocó el turno a Anne Rayle de terminar lo que Brandon había empezado a decir:

—¿Incluso si significa silenciarle, arrebatándole la vida?

Brandon apretó los labios y la miró durante un instante antes de replicar.

—El Consejo no fue responsable de su muerte —dijo—. Fue asesinado por un fanático mentalmente desequilibrado. El Consejo hubiera tomado serias pero humanas medidas para impedirle efectuar tal predicción. Recuerda… predijo con absoluta seguridad el sistema exacto de más de diecisiete acontecimientos futuros importantes. Eso solo le dio tan gran número de partidarios que si hubiese proclamado que el mundo quedaría destruido un día determinado, a una hora marcada, cien mil millones de hombres y mujeres se habrían entregado a la desesperación y habría ocurrido el desorden más salvaje que conociese jamás la Tierra. Vivimos en una época en que solo la tecnología científica puede permitir que un tercio desmoralizado de la humanidad se extienda de manera tan

perfecta que el holocausto final destructivo solo descendería sobre un mundo en ruinas. En caso de desorden habría saqueos, asesinatos y el abandono de todas las fuerzas restrictivas de la civilización.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? —preguntó ella—. En un momento de prueba suprema la humanidad podría alcanzar su hora más magnífica de todas, pero aun cuando lo que tú digas fuese verdad… es un verdadero crimen hacer callar a un hombre porque dice cosas ciertas.

—Si hubiera habido modo de determinar con absoluta certeza que el don de John Rayle de la clarividencia era tan exacto como pretendía —dijo Brandon—, quizás muchos de los idealistas más liberales estarían de acuerdo contigo. Puede que sólo la verdad nos haga libres sinceramente… aunque debamos pagar por esa clase de libertad con nuestras vidas. Pero me temo que siga teniendo escasas o nulas ganas de poner todo esto a prueba. Apenas creo posible que la humanidad experimente en un momento fatal su mejor hora. Con certeza siempre fue un crimen reprimir la verdad… por la fuerza o de otro modo. Pero hay veces en que no nos queda más remedio.

De pronto los ojos de Anne Rayle adquirieron una expresión distante. Ya no parecía darse cuenta de lo que él decía. Semejaba buscar la verdad más allá de él, como si algo lejano y terrible estuviese haciéndola olvidar dónde se encontraba. Su voz también sonó distante. Parecía hablar más para sí que para Brandon, como si las palabras viniesen de una parte atormentada de sí misma que había retrocedido en el tiempo y ya no se encontraba presente en la carne.

—Si hubiese sabido él que toda vida humana en la Tierra estaba a punto de terminar —dijo—, estoy convencida de que habría guardado silencio. Se habría reservado para sí el conocimiento, aun cuando la carga de no ser capaz de compartir con nadie esa pena habría hecho de ese silencio un peso semejante al que sufriría quien tuviera sobre sus hombros la carga del mundo.

La voz de ella temblaba y Brandon tuvo la sensación de que forcejeaba desesperadamente por escapar de una telaraña torturante de recuerdos que le hacían volver implacablemente su mente hacia el pasado hasta colocaría muy próxima al punto de ruptura.

A veces se necesita una eternidad para olvidar, pensó, y esperó a

que ella continuase para saber cómo se podría prever un instante inmediato de tiempo y ver cómo funciona este don en la profundidad de un cerebro atormentado sin dejar de ser una eternidad siniestra.

Al cabo de un momento la expresión lejana desapareció de sus ojos y se enfrentó a la mirada de Brandon otra vez con serenidad.

—Mi hija cumplirá ocho en su próximo cumpleaños —dijo ella —. Me la quitaron hace tres meses. Dijeron que mis registros de cinta psíquica les habían convencido que sería peligroso para una criatura tan pequeña visitar, aun cuando fuese por un breve período, a cualquiera tan emocionalmente enferma como yo lo estoy, que era inútil hacer nada a menos que fuese a la Estación y me sometiese a la terapia del espacio, para que después de curada me permitiesen volver a ver a mi hija. Pero no fue esa la razón por lo que me la quitaron. Tienen miedo de que herede el don de la clarividencia propio de su padre.

—¿También te dijeron eso? —preguntó Brandon.

La joven sacudió la cabeza.

—Fueron demasiado perspicaces para dejarme sospechar que el Consejo se ve roto por la disensión. Una revuelta puede estallar en cualquier instante. El Consejo está tan dividido que mi hija tiene que parecer ser una chica vulgar y corriente que ha sido separada simplemente de su madre por razones que tienen justificación exterior, aun cuando no haya ni un rastro de verdad en la acusación que han dejado caer sobre mí. Me temen… y tienen más miedo todavía de Betty Anne. Por eso utilizan un arma tan terrible para impedirme que la vea.

—Pero saben que ella es hija de John Rayle —dijo Brandon—. ¿Cómo pueden mantener la pretensión de que se trata de una chica corriente?

—Todo el mundo lo sabe —contestó Anne Rayle—. Por eso el Consejo debe continuar pretendiendo… erigiendo una gran barrera de pretensiones que los partidarios de John derribarán no dejando la menor duda en la mente de nadie de que Betty Anne no es una niña corriente. Como Coordinador debes haber tenido que enfrentarte con algunos de los programas creados por los millones de hombres y mujeres que han resistido todos los intentos del Consejo por reprimir el culto que ha crecido desde que la última

profecía de John se confirmó. Ese culto se ha hecho tan poderoso que comienza a minar la estabilidad del propio Consejo. Pero silenciada la voz de John, una nueva voz de profecía se necesita para mantener viva la memoria de lo que significó antaño su visión, para un mundo que ha perdido la fe en el pasado y que mira al futuro como jamás lo hizo anteriormente. John así lo marcó, hizo que la gente de todas partes comprendiese que el futuro no era un libro cerrado, sino que podía proporcionar una guía brillante en la conformación de un mañana nuevo y más creador que la muerte puede destruir las grandes esperanzas cortándolas de raíz. ¿Y quién es más probable que herede los dones de John que su propia hija, una criatura con una doble herencia de talentos clarividentes?

La mirada lejana volvía otra vez a los ojos de Anne Rayle, pero en esta ocasión su voz no cambió.

—Ahora no es clarividente, pero John tampoco lo era cuando tenía su edad. Solo a los doce años tuvo su primera visión clarividente. Oh, pero era un chico extraordinario…, sensible e imaginativo, con dones nada corrientes de percepción. Asombró a sus padres comportándose con la madurez de un adulto prudente y meditativo. No siempre, pero había momentos en que parecía prudente más allá de sus años. Mi hija también es así y mañana será clarividente… o antes de que cumpla los diez o los doce años.

»¿No lo comprendes? Por eso me la arrebató el Consejo. Nos tienen miedo a ambas, pero saben que hay millones de clarividentes que son tan grandes como era John y que yo constituyo para ellos menos peligro. Saben que mientras no tenga a Betty haré exactamente lo que ellos me digan. Yo moriría interiormente si pensase que no podré volver a verla jamás.

Brandon asintió. Estaba estudiándola con atención mientras hablaba. Una cosa le conturbaba. ¿Cómo podía esperar el Consejo aislar por completo a una criatura por la que los partidarios de John Rayle sentían tanto interés? ¿Cómo podían hacerla desaparecer y esconderla sin que alguien conociese dónde se encontraba y lo divulgase? Los partidarios de Rayle sumaban millones… la desaparición de su hija provocaría una tempestad de protestas que podrían muy bien derrocar al Consejo.

Anne Rayle parecía darse cuenta de lo que pasaba por el cerebro de él, porque le miró durante un momento sin hablar, la situación

de tormento profundizándose en su interior.

—En la cabina de pasajeros, poco antes de la hora cero, me puse totalmente frenética —dijo ella—. De pronto comprendí que había cometido un terrible error y que no podía fiarme de sus promesas. Estaba segura de que si les dejaba mandarme a la Estación perdería a Betty Anne para siempre. Eso es lo que ellos querían… lo que habían planeado desde el principio. Solo la idea de que me veía desesperanzadoramente atrapada, que dentro de pocos minutos el cohete se encontraría en el espacio, segando de mi alma toda esperanza, me hizo volverme hacia ti en la desesperación más amarga. Poco antes de que gritase y me desvaneciera noté que, en cierto modo, tú podías ayudarme. Fue una locura. Ahora me doy cuenta. Nada había que tú pudieras haber hecho.

—Noté que me suplicabas que hiciese algo… cualquier cosa… para retrasar la cuenta inversa —admitió Brandon—. Si no te hubieses desmayado, lo habría intentado.

—No habría resultado bien —comentó Anne Rayle—. No había manera de poderme ayudar entonces, pero…

Dudó, como si se encontrase a punto de decir algo que tenía que ser dicho con rapidez, o la decisión que había convocado en su ayuda oscilaría y desaparecería.

—Ahora puedes ayudarme —dijo ella—. No es probable que me vuelva a desmayar, ni me siento en estos momentos atrapada desesperanzadamente Ahora existe esperanza, verdaderamente esperanza. Betty Anne se encuentra en algún lugar de la Estación. Sé dónde buscar y con tu ayuda…

La mirada de asombro que había aparecido en la cara de Brandon la hizo interrumpirse bruscamente y aguardar a que el joven hablase. La expresión de la mujer decía con tanta claridad como las palabras que temía que no pudiese creerla.

Brandon se apresuró a tranquilizarla.

—Debí habérmelo figurado —dijo—. Si la niña permanecía en la Tierra su posición sería mucho más difícil de ocultar. Pueden mantenerla aquí mientras deseen y asegurarse doblemente de ti. Y tú crees que podemos…

—Sé que podemos —corrigió ella, sin esperar a que el joven continuara—. Vine derecha a este compartimento tan pronto como estuve segura de que, ocurra lo que ocurra en los próximos días, no

nos separaremos durante bastante tiempo. No tuve dificultad alguna en localizarte, porque sabía exactamente dónde buscar entre la zona habitable que te asignarían.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Brandon sintiendo como si el universo hubiese vacilado un poco.

—Porque sentí que *tenía* que saber —contestó ella—. Porque traté con ahínco de no dejar que nada se interpusiera. Para un telépata es fácil anticiparse a lo que va a ocurrir. Mucho más fácil mirar a través y más allá de las paredes de una habitación. Yo hurgué en una docena de mentes hasta que encontré la adecuada. En una de esas mentes la zona en que te habían alojado aparecía tan clara para mí como si tuviese el camino señalado por flechas. Fue así de sencillo… excepto que para un telépata los poderes misteriosos del cerebro son todo lo contrario de sencillos cuando te señalan hacia delante y te ordenan que te detengas de pronto. Hay de ordinario un ligero impedimento, una dificultad que vencer. Pero en esta ocasión la visión fue rápida y segura.

Hubo un silencio durante el cual los ojos de Brandon recorrieron la habitación como si no pudiese creer del todo que las paredes no se hubiesen vuelto de cristal y hecho visible a su antagonista, como una guía absoluta y segura que la condujo por los corredores de la Estación, en su búsqueda.

Pero no era realmente eso lo que ocupaba sus pensamientos. Una súbita duda acababa de recorrer su mente y no le resultaba fácil apartarla a un lado.

—Aun cuando te ayude a encontrarla y lo logremos —dijo—. Seguirá siendo prisionera. No estaréis juntas mucho rato. ¿Cuánto tiempo te crees que necesitarán para registrar toda la Estación si asignan a esa tarea un centenar de hombres? ¿Dónde podríais esconderos?

—Te olvidas de tres cosas —dijo ella—. Dos en realidad, porque una de ellas la ignoras por completo. La Estación es tan grande que podríamos permanecer ocultas durante días antes de que nos encontrasen, no importa cuántos hombres pusiesen en la tarea de localizarnos. ¿Cuánto tiempo necesitarían mil agentes del Consejo de Seguridad para encontrar a un fugitivo pleno de recursos en una ciudad de mediano tamaño de la Tierra? Quizás un mes. Y los cohetes de pasajeros están llegando y partiendo constantemente.

Siempre hay la posibilidad de que encontremos el modo de regresar a la Tierra.

—Una posibilidad —admitió Brandon—. Pero sería un error contar con ella. Tú dijiste que había otra cosa.

—Aquí tengo amigos —dijo ella—. Uno especialmente…

—¿Entonces, para qué necesitas mi ayuda? —preguntó Brandon.

Dudó un momento antes de responder, luego dijo con rapidez:

—John creía que se podía cambiar el futuro, pero sólo en parte. Creía que la parte que debemos cambiar influye en el presente y nos da una especie de lección. Como te he dicho no soy tan clarividente como lo era John, pero sé que en los próximos días cambiarás el futuro para mí y Betty Anne, si quieres ayudarme a buscarla. Juntos podemos encontrarla. Sin ti yo no tendría la menor posibilidad de triunfar.

Casi durante un minuto Brandon guardó silencio, mirando con serenidad a los ojos de ella, preguntándose por qué podía experimentar él tanta confianza de que la mujer no le engañaba y sin embargo presentir también un peligro que no podía definir con claridad.

—De acuerdo —dijo—. Dame un minuto para asegurarme de que no hay nada que quiera llevar conmigo. Quizás no regrese jamás.

VI

La gran enormidad de la habitación daba miedo. Como una especie de atalaya del espacio, parecía en cierto modo entrelazada con lo infinito de las ensenadas entre las estrellas, una antecámara en la que uno entraba como preparativo para un viaje que jamás terminaría. Unas ochenta personas ocupaban la sala, sus cabezas ligeramente inclinadas como en contemplación silenciosa de las lejanas constelaciones que pendían del espacio. Nadie se movió ni habló. Permanecieron sentados y en silencio en sus estrechas sillas metálicas, en filas de a diez, tan inmóviles que tenían un asombroso parecido con las figuras fundidas en bronce.

La luz estelar parecía abrillantarse y disminuir a intervalos; esto turbó al principio a Brandon, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la luz insegura pudo advertir que el brillo arrojado por las constelaciones en la enorme sala de observación, iluminando sus paredes, estaba influido por el cambio constante de posición de la Estación en el espacio. Las constelaciones del centro de la pared se movían de izquierda a derecha y mientras se aproximaban al borde, se desvanecían bruscamente y aparecían segundos más tarde marchando de izquierda a derecha. El brillo estelar nunca era constante, porque en ningún momento había el mismo número de estrellas visibles al ojo descubierto a través de la pared completamente transparente del ventanal.

Anne Rayle estaba cogida firmemente a la mano de Brandon ahora y le apremió para que se diese prisa, para que cruzase la sala enorme lo más rápidamente posible.

—Todas estas personas se han retirado tan profundamente en sí mismas que no se darán cuenta de lo que ocurra a su alrededor —susurró ella—. La terapia espacial no les ha ayudado. Ha ahondado

su apatía, su rechazar de la vida. Pero hay muchos a los que los ataques de locura maniática les ocurren de vez en cuando. En cualquier momento uno de ellos saldrá de su letargia y se convertirá en algo peligrosamente violento. Debemos tener cuidado para no alarmarles de ninguna manera.

Sí, pensó Brandon, con algo de frenesí. *Siempre es peligroso alarmar a los muertos vivos. No creen ni piensan como nosotros y sus emociones son totalmente impredecibles. En cualquier instante pueden salir de su exilio autoimpuesto y recordar los ritos funerarios que precedieron a su descenso en la oscuridad, las grabaciones de cinta psíquica, las preguntas atormentadoras que se vieron obligados a responder antes de que el negativismo tomase posesión completa de sus mentes*.

No hay retraimiento tan completo ni retirada en la oscuridad tan drástica que no se pueda revertir. Pero la reversión no es siempre un signo de salud. Puede venir acompañada por una furia ciega, un ansia maniática de buscar otra clase de escape.

La enorme habitación y sus ocupantes confirmaban directamente lo que Anne Rayle había querido que viese Brandon con sus propios ojos. La terapia espacial no era siempre un éxito. La lejanía de la Tierra y la vasta extensión de constelaciones semejaban un arma de dos filos. Podía segar las telas de araña que atenazaban a algunos, pero también podía aumentar la clase de tormento interior que Brandon había experimentado desde la infancia. Ampliad los límites de una prisión y los reclusos podrán creer al principio que se les ha puesto en libertad. Pero permanecen todavía las paredes que les confinan y de donde nadie ha logrado jamás escapar es de la gran prisión del universo.

Los ochenta ocupantes de la enorme habitación ciertamente no sufrieron en la Tierra de catatonía. La terapia espacial no sólo falló al curarles, sino que les había hecho volver sus rostros a la pared-ventanal y recurrir a veces a los discursos repetitivos y a las acciones, a momentos convulsivos y a intentos de suicidio o de asesinato.

Brandon tuvo de pronto una visión interna, asombrosamente clara de otras enormes habitaciones a las que no había entrado… salas ocupadas por hombres y mujeres que eran del todo diferentes a las figuras letárgicas de los muertos vivos aparecían encerrados en

una especie de suspensión entre el dormir y el estado de vigilia.

El desequilibrio mental podía tomar muchas formas y ahora, a los ojos de su mente, vio a los otros. Pálidos, agitados, con gotas de sudor en la frente, estaban sentados mirando hacia el espacio sin otra cosa en sus ojos que no fuese cólera. Entre las largas filas de sillas, enfermeros de labios apretados estaban apostados a intervalos, conos anestésicos listos, preparados para atajar las irrupciones de violencia que podían ocurrir como riesgo si la terapia espacial no se convertía en una burla carente de contenido.

Brandon parpadeó y la conturbadora imagen mental se esfumó. Pero el interés torturante y la intranquilidad que le habían dominado no se desvanecieron, porque los casos de retraimiento catatónico eran los más lastimeros de todos y había una áspera ironía en su enfermedad. Se esperaba que la lejanía de la Tierra y un drástico cambio de medio ambiente disminuyesen su ansiedad y su incapacidad para afrontar los aspectos más difíciles de la realidad. Pero la quietud del espacio y el brillo de un centenar de millones de estrellas habían ejercido una especie de hechizo hipnótico que profundizaba su inercia extasiada y les hacía retirarse todavía más dentro de sí mismos. Pero necesitaban que se les sacudiese de su letargo por un enorme desafío que era enteramente nuevo y que no les sumiría en las profundidades de un ataque de rabia maniática. ¿Pero en dónde se podía encontrar, dentro de la Estación, tal desafío?

—Los enfermeros pueden regresar en cualquier momento —dijo Anne Rayle, tirando apremiante del brazo de Brandon—. Tendremos que darnos prisa.

—Lo sé —contestó Brandon—. Hasta ahora hemos tenido suerte. Creí que estos casos estarían bajo constante supervisión clínica.

—Cuando nadie les vigila es que es menos probable que se conviertan en seres peligrosamente agitados —la voz de Anne Rayle sonaba tensa—. Los enfermeros tratan de hacerles sentir como si estuviesen en libertad de actuar como les plazca. Parecen saber cuándo se les vigila.

Se detuvo durante un instante; luego susurró con agudo interés en la voz:

—No es probable que nos pillen completamente desprevenidos. Sabía que no hallaríamos ningún enfermero aquí. Mi mente no me

dio el menor aviso. Hay veces en que puedo estar segura de que sabré al instante si hay algo o…

—De acuerdo —le atajó Brandon—. Me temo no tener tanta confianza como tú. Aun cuando se nos previniese, no sabríamos jamás lo que puede ocurrir. ¿Qué hay en la habitación siguiente?

—La vi entre brumas durante un momento —dijo Anne—. Trato con fuerza de conservar mi mente en plan receptivo. Las visiones clarividentes van y vienen a intervalos. Como si algo en la mente destellase, una señal secreta o accionase una llave o tecla misteriosa. La habitación contigua parece estar sin vigilancia e incluso desierta. Pero no puedo estar segura de eso. Hay una ligera agitación de movimiento allí, como si alguien avanzase, entre las sombras.

—¿Y más allá de la habitación contigua?

—Encontraremos un amplio corredor semicircular —dijo Anne Rayle—, antes de que lleguemos a…

Una expresión angustiosa apareció en sus ojos.

—Mi hija no está sola. Hay un hombre y una mujer con ella. No puedo verles la cara, pero la mujer va vestida de blanco; creo que es una enfermera. El cuarto es muy pequeño.

—De acuerdo —contestó Brandon—. Será mejor que crucemos esta habitación por entre la segunda y tercera fila de sillas. El espacio parece ser allí algo mayor. Yo iré primero.

Ella asintió y le soltó el brazo dejándole que la precediese.

Les costó menos de un minuto cruzar la enorme habitación, moviéndose con tanto sigilo que ninguno de los hombres y de las mujeres sentados pareció darse cuenta de que dos intrusos que no eran enfermeros pasaban en silencio por su lado con un propósito en mente que ellos no podían adivinar.

El panel de salida activado por una fotocélula se abrió al acercarse y se cerró en silencio tras ellos, y se encontraron en otra habitación todavía mayor que la que acaban de abandonar. Estaba llena de sombras agitadas y por el brillo de las estrellas en la pared-ventanal; al principio no se dieron cuenta de que estaba completamente vacía, excepto un hombrecillo con una sonrisa inocente, casi infantil, que se plantó frente a ellos precisamente a la otra parte del panel de entrada.

Cuando les vio sus ojos se iluminaron y dio varios pasos rápidos

hacia adelante y tiró de la manga de Brandon.

—Dime algo —comenzó—. ¿Por qué me encuentro tan absolutamente solo aquí?

—Me imagino que tú puedes responder mejor que yo —contestó Brandon, obligándose a devolver la sonrisa del hombrecillo.

—Oh, bueno… sí, creo que sí. Mira, a unos cuantos de nosotros nos gusta quedarnos, cuando los demás se han marchado, para mirar las estrellas con mayor libertad. Son hermosas, ¿verdad? Y cuando se está solo, uno comienza realmente a comprender lo que las estrellas tratan de decirte.

—¿Y qué tratan de decirte? —preguntó Brandon.

—Que están tan solitarias como nosotros. ¿No sabes por cuántos millones de años luz están separadas las estrellas? ¿Ignoras cuánto tiempo se necesita para viajar de una estrella a otra y abrazarla de un modo cálidamente amistoso? Un abrazo cálido y amistoso en la noche fría del espacio.

—¿Todas las personas que estaban aquí hace un momento opinaban lo mismo que tú de las estrellas? —preguntó Brandon esperando encontrar una pista en la respuesta del hombrecillo que le indicase cuánto tiempo hacía que habían salido los ocupantes y regresó a la habitación.

—Pues claro que sí —respondió el hombrecillo—. No hay nada peor que la soledad. Todo el mundo lo sabe.

—¿Y creen que las estrellas están vivas? —preguntó Brandon—. ¿Qué están vivas y son tan humanas como nosotros?

—Pues claro —contestó el hombrecillo, su sonrisa desapareciendo—. No estarás de *su parte*, ¿verdad?

—¿Te refieres… a los enfermeros?

El hombrecillo asintió, una expresión colérica apareciendo en su mirada.

—Dile algo que le convenza que eres amigo suyo —susurré Anne —. Cualquier cosa… unas pocas palabras… él no nos impedirá que salgamos… si lo hacemos en silencio.

—Ahora tenemos que irnos —dijo Brandon, dando una palmadita amistosa al hombrecillo en el brazo—. Volveremos pronto y miraremos las estrellas contigo, quizás mañana.

—Sí, sí… mañana —contestó el hombrecillo—. Odio estar absolutamente solo. No hay nada peor que la soledad.

La gran habitación se abrió a un corredor semicircular iluminado por una sola lámpara del techo que emitía una uniforme radiación sobre tres puertas metálicas muy grandes con un espacio de pared de metro y medio entre ellas.

Anne señaló con un gesto la puerta más próxima y avanzó hasta ella sin detenerse a susurrar ningún aviso, confiando claramente que Brandon adoptase la precaución máxima en su marcha.

Se detuvieron durante un instante ante la puerta, mirando el panel de entrada, dándose cuenta cada uno de la respiración del otro. Luego Brandon abrió la puerta y la cruzó, con Anne pisándole los talones.

La habitación estaba bien iluminada y su tamaño era la décima parte de la estancia que acababan de cruzar. Brandon cerró con firmeza la puerta tras él y se puso rígido, en una alerta instantánea, su mirada pasando desde la alta forma de un enfermero de pelo rubio y corto y un rostro brutal, de mandíbula cuadrada, a una criatura de siete años, de cutis aceitunado y ojos grandes y oscuros que estaba sentada en el suelo jugando con una muñeca de pelo liso, casi tan grande como ella. Detrás del asombrado enfermero, el rostro hostil y los hombros desarrollados de una recia mujer, cabello color ratón, que estaba de espaldas a la luz. Llevaba el uniforme blanco de las enfermeras.

El hecho de que las circunstancias hicieran imposible para Brandon entrar en la habitación armado no proporcionaba libertad de elección a lo que tenía que hacerse cuando la mano del enfermero voló hacia su cadera. Brandon saltó hacia él cruzando la sala y utilizó el canto de la mano como arma agresiva, descargándolo, en un golpe potente, en la garganta de su enemigo. Luego Brandon le volvió a golpear, con tanta fuerza como antes, en la nuca y se apartó rápidamente a un lado. El enfermero giró en redondo y se desplomó en el suelo como un saco muy pesado. Por el rabillo del ojo Brandon vio que la mujer del blanco uniforme se había vuelto y estaba casi en el panel de la puerta. La alcanzó de cuatro zancadas, la cogió por la muñeca y la hizo regresar firmemente al centro de la habitación.

—Te quedarás aquí hasta que decidamos si ganaremos algo atándote —dijo en plan preventorio—. Te aconsejo que no forcejees. Solo conseguirás empeorar más las cosas para ti.

—Si tienes algún sentido, te entregarás —contestó ella, los ojos llameantes—. ¿Cómo puedes esperar escapar? La Estación es grande, pero no como una ciudad en la Tierra. Os encontráis atrapados en el espacio. Ellos os hallarán… aun cuando esa estúpida mujer tenga amigos aquí, lo bastante despreocupados como para protegeros mientras puedan soportarlo, sin saber a lo que se exponen ya que en cuanto termine todo esto serán condenados a muerte. No importa donde vayáis, os encontrarán al final. Dudo que les cueste más de un día.

—Eso es mejor que nada en absoluto —dijo Brandon manteniendo la presión en la muñeca de la mujer—. Puedes pensar lo que se te antoje mientras guardes silencio.

—Me estaré quieta. No me queda más remedio. Pero cuando me interroguen, hablaré hasta quedarme sin aliento. No le gustará lo que voy a decirles.

—No me gusta lo que acaba de decirme Betty —intervino Anne Rayle, con voz furiosa y acusadora—. La han tratado con dureza y le han pegado dos veces. Será mejor que atemos a esa maldita mujer, aunque solo sea por precaución. Arrancaré una tira de mi vestido…

La niña había corrido hasta su madre sin decir palabra, pero ahora de pronto se convirtió en la imagen opuesta al silencio.

—Decían que jamás te volvería a ver —sollozó—. Decían que si no dejaba de hablar de ti todo el tiempo me castigarían muy fuerte. Decían que tendría… que olvidarte, mamá. Y decían que estabas muy lejos y que no nos volveríamos a ver nunca.

—Lo sé, cariño —dijo Anne acariciando el pelo de su hija—. Pero no era verdad… fue una simple y cruel historia que ellos inventaron. Ahora te darás cuenta de que no era verdad, ¿no es cierto?

Brandon dijo:

—Me temo que necesitaremos esa tira de vestido. No podemos arriesgarnos a dejarla sin atar. Tendremos que ligar a estos dos.

—De acuerdo —dijo Anne.

—El amigo del que me hablaste —dijo Brandon—. ¿Estás completamente segura de que nos podrá ayudar?

Encontrará un medio —dijo Anne Rayle—. Sé que podemos fiarnos de él.

VII

El gran salón de recreos estaba atestado hasta su máxima capacidad. Había un murmullo, un vibrar de voces cuando Brandon y Anne Rayle salieron en el escenario giratorio.

—El espectáculo continuará durante cinco días —susurró Ann—. Y cada noche tendremos que representar el mismo papel… tú, un payaso pintado, yo una bailarina con pies alados. ¿Crees que podremos mantener el fingimiento? Estarán al acecho en busca de cualquier actuación que muestre poca pericia. De eso puedes estar seguro. Por fortuna, antaño recibí lecciones de *ballet*. Puedo saltar mucho por el aire, danzar casi sin peso por entre rayos de luces de colores, dejar el escenario y parecer ascender a un mundo que nunca estuvo ni en el mar ni en la tierra. Pero tú no tienes experiencia en comportarte como un payaso. Tendrás que sonreír y mantener la sonrisa, lo que te resultará muy difícil.

—Una sonrisa pintada apenas es problema —susurró Brandon—. No es fácil que desaparezca. Y puedo dar saltos, según creo. Un payaso saltimbanqui, bien calculado para delicia de los niños.

—Si al menos *hubiesen* unos pocos niños aquí —murmuró Anne —. Precisamente tenemos a la única criatura… la mía. Una niña que debe permanecer escondida, vigilada, negándosele la alegría de contemplar a un centenar de payasos saltimbanquis.

—Actuaré como si ella estuviera presente, mirándonos —dijo Brandon, sonriendo por debajo de la pintada sonrisa—. Fingiré para mí que ella está entre el público, aplaudiendo. Así me resultará menos difícil realizar una actuación convincente.

—A los adultos les gusta ver también como actúan los payasos —le previno Anne Rayle—. Las gentes sencillas se verán completamente decepcionadas, porque su único deseo es divertirse.

No están bajo ninguna convulsión para mostrarse críticas y no aceptar cualquier cosa. Dejando aparte las chicas bien formadas como valkirias. Para ellos el mundo de la infancia es hermosísimo… y muy real. Pero habrá otros mirándonos. Un hombre maduro y pensativo o una mujer pueden entrar en el mundo de la infancia también y aceptar sin la menor crítica el imaginario sueño y la comedia mágica de luz, sonido y color. Pero los enfermeros estarán buscando algo completamente distinto: el resbalar descuidado de una máscara, o una falta de precisión en la pirueta de una bailarina de pies alados.

Habló como si pensase en voz alta y Brandon tuvo la sensación de que, por lo menos durante un instante, casi se había olvidado que estaba de pie a su lado. La joven había dejado de mirarle, como si temiese ver en sus ojos una reflexión de sus propios temores.

—Nos buscarán por todas partes —prosiguió ella, después de hacer una pausa durante un momento para mirar hacia el público —. Ninguno aquí puede confiar en escapar de su escrutinio. Es terrible saber que te están vigilando constantemente, que cada momento de los tuyos está siendo estudiado. Una bailarina puede hablar con un payaso, quizás reír y asentir, pero sería peligroso para ti extender el brazo y cogerme la mano o dar algún otro motivo para sospechar que somos distintos de los demás. No nos deben ver juntos en escena demasiado a menudo.

—¡Si no hay más que dos o tres enfermeros aquí! —dijo Brandon en un esfuerzo para tranquilizarla—. Y están muy atareados. Seguro que entre cinco mil personas hay muchos amantes secretos. Dudo si una exhibición de calor y afecto les pondría en sospechas.

Una mirada de asombro apareció en los ojos de ella y los clavó fijamente en el joven durante un instante.

—¿Enamorados? ¿Por qué te has metido esa idea en la cabeza?

En sus mejillas acababa de aparecer un súbito rubor pero Brandon insistió en mirarla.

—He dicho amantes *secretos*. Quizás lo hemos mantenido en secreto demasiado tiempo… Incluso de nosotros mismos. ¿Por qué vamos a seguir engañándonos acerca de dónde nos proviene esta fuerza?

Brandon vio en los ojos de ella lo que habla ansiado ver y, para ahorrarle más embarazo, guardó silencio. Pero ella se negó a

admitirlo tan pronto, se negó a aceptar la maravilla brillante de tan increíble revelación. Empezó a temblar y luego, con un gesto brusco y desafiante de la cabeza, se puso de puntillas e hizo una pirueta rápida, alejándose a través del escenario. Pero mientras se retiraba su sonrisa decía con tanta claridad como las palabras: «Sí… Sí, cariño mío. Te ofrecería mis labios si me atreviese, a la vista de todos…».

Entonces hubo música y un murmullo creciente del público. Las luces juguetearon por el escenario giratorio, azul, rojo, azafrán. Los bailarines aparecieron vestidos milagrosamente con túnicas brillantes a la altura de la rodilla que captaban y mantenían la luz como si los puntos luminosos fueran moscas atrapadas en una tela de araña mágica.

Los payasos se habían trasladado a la izquierda del escenario y se vieron rápidamente trasportados a una zona de sombras de la que no saldrían a la luz hasta dentro de cinco minutos.

Jamás en la Tierra se había realizado tal representación. Estaba diseñada para trascender más allá de los límites de todo arte convencional, para presentar un espectáculo completamente nuevo y diferente que sería tan terapéutico como el cambio drástico de medio ambiente que la lejanía de la Estación con respecto a la Tierra había comportado. No se permitió la intrusión de nada mecánico o monótono. Todo estaba sincronizado y fluía, con los actores tan entonados al constante cambio de colores y formas que podían improvisar de un modo original y creador sin ignorar una serie de rastros o pistas inspiradas por el genio. Toda la representación había sido efectuada con una única idea… conseguir la flexibilidad sin sacrificar la forma.

Uno de los compañeros payasos de Brandon le tiró de la manga.

—Deberías estar entre el público para apreciar realmente lo extraño y hermoso que es todo esto —dijo—. Es como mirar a un espejo mágico. Te saca de ti por completo.

Brandon se volvió despacio y se encontró mirando unos ojos febriles y brillantes y una nariz roja de arlequín dos veces tan enorme como la suya propia. La sonrisa del payaso era grotesca y ladeada y parecía un poco avergonzado de eso, porque la cubrió con la mano antes de que Brandon pudiera mirarla a satisfacción.

—Supongo… que sí —contestó Brandon, sintiéndose de pronto

inquieto—. Pero me he preguntado a menudo si hay verdadera necesidad para tantos arlequines. Ciento diez. Claro que son tradicionales en el *ballet*, pero aquí se intenta crear una forma de arte enteramente nueva…

—Sí… ¿pero no lo comprendes? Si tal intento tiene que tener éxito, lo tradicional no se debe descartar por entero. Se necesita una especie de trampolín del que partir… un trampolín firmemente clavado en el pasado. No se puede crear nada cierto y nuevo comenzando desde la nada. Aquí, en cuanto respecta a los arlequines, la tensión se encuentra en lo casi inimaginablemente grotesco. No somos en absoluto verdaderos arlequines. Un arlequín, en el sentido estricto, es un actuante de la pantomima. Una máscara y viste ropas llamativas, normalmente azules y rojas, llevando su varita mágica. Nosotros nos parecemos más a los payasos de circo de hace un siglo. Lo que se conoce por arlequinada es una mezcla de payasos y arlequines, de bufones vestidos como nosotros, representando partes contrastantes. Pero aquí estamos sólo verdaderos payasos lastimosamente maquillados y eso, como ves, es el principio. Históricamente somos un anacronismo ultrajante, grotesco, de ensueño y completamente irreal.

—Pero el público no lo sabe…

—El público lo sabe. Por lo menos, la mayoría lo sabe. ¿Quién no ha curioseado las páginas de un antiguo periódico o libro y ha visto reproducciones a todo color de verdaderos payasos? Algunos fueron mundialmente famosos, hace… bueno, sesenta años. Había circos ambulantes cuando mi padre era niño y yo no soy mayor que tú. Pero en una forma de arte nuevo, quizás en el inicio de un nuevo *ballet*, parece como algo forzado. Es una nota discordante. Es una farsa absurda.

—¿De veras?

Brandon tenía la sensación de que el otro sonreía tolerantemente detrás de su sonrisa pintada. Había bajado la mano como si hubiera superado su vergüenza de aquella falsa sonrisa y comenzase a enorgullecerse de ella.

—Déjame que te diga algo —afirmó—. No hay nada tan trágico en la vida y en el arte, como un bufón… particularmente un bufón que es bueno y sensible por debajo de la pintura. Y muchos bufones lo son. No te equivoques en eso.

»¿Has tomado nota alguna vez de cuántos payasos hay en las pinturas de Picasso? ¿Sabes que en cuatro o cinco de sus autorretratos se pintó como payaso, con un bigote pintado y una nariz gorda y artificial? Repasa un manojo de sus dibujos al azar y fácilmente tendrás la impresión de que dibujó y pintó casi siempre payasos. Se daba cuenta de la tragedia que hay detrás de la máscara. Ríe, payaso, ríe. Hay algo descorazonadoramente trágico en la risa de un payaso.

—Pero dijiste que todo esto era extraño y hermoso —protestó Brandon—. Como mirar a un espejo mágico. ¿Acaso nosotros, como payasos, formamos parte de esa belleza?

—Claro que sí —dijo el payaso de al lado de Brandon—. El mundo de la infancia es así y siempre lo será; nuevo, extraño y muy hermoso Y este *ballet* está diseñado para conjurar… el mundo de la infancia. Cuando nos plantamos ante una montaña alta, rodeados por picachos desgarrados, a veces es bueno mirar al valle dorado, lejano y sereno. Pero cada niño está acosado por temores nocturnos y sería un error eliminar del valle todos los fieros dragones, o los payasos trágicos de ojos tristes. El mundo de un niño debe contener ambas cosas. De otro modo dejaría de ser mágico.

La mitad ocupada por los payasos del escenario circular estaba enfrentándose a la parte opuesta del público ahora completo y en la sala almacén, profundamente en sombras, a unos catorce metros por debajo de la escena, Brandon podía distinguir enormes animales de cristal, muñecos fantásticos el doble de altos que un hombre, trajes de brillante colorido colgando de perchas, un número increíble de máscaras, algunas adornadas con plumas o con coronas doradas, soldados de juguete de tamaño natural con antenas de animación electrónica saliendo desde sus hombros, unos cuantos con uniformes resplandecientes de hace dos siglos y otros con el blusón
gris-duna,
con escudos contra la radiación cubriéndoles de cabeza a pies.

—El mundo de la infancia es paradójico, un país de maravilla, de lo antiguo, lo nuevo y lo que no es del todo real —dijo el payaso al lado de Brandon, como si se diera cuenta de lo que éste pensaba —. Si no fuese tan abigarrado no parecería tan asombroso y nuevo. La imaginación de un niño puede expandirse por todas direcciones,

porque las impresiones nuevas se precipitan sobre él por todos los lados en el momento que es lo bastante mayor como para hacer pinitos. Un niño es como un pequeño adulto en muchos aspectos. Hasta que tienen seis o siete años su mente puede absorber impresiones nuevas de un modo tan vívido que la realidad adquiere una nueva dimensión. El pasado y el presente se funden y un mundo nuevo de encantamiento adquiere existencia. ¿Y quién puede decir que el mundo de la infancia es menos real, en un sentido último, que aquel que hemos debido aceptar como válido porque los años han entorpecido nuestra percepción y ya no podemos captar el temblor del velo?

—¿El temblor… del velo?

El payaso de junto a Brandon asintió y continuó con creciente animación.

—Sí… ¿No lo comprendes? El más fino de los velos separa la realidad, tal como la conocemos, y el mundo de los muy jóvenes, milagrosamente hermoso… Hay veces, incluso para los adultos, que el velo comienza no solo a temblar sino que se rompe. Cuando esto sucede es un error retraerse y tener miedo. Puede haber maravillas no soñadas en el otro lado del velo. Capturar el mundo de la infancia como adulto es igual que… cruzar una nueva frontera de lo desconocido. Este es el propósito del *ballet* que ves… y el de las formas atrevidamente nuevas de arte. Todos los lazos con el pasado no quedan rotos, porque, como te he dicho debe haber una especie de trampolín.

La mitad de la escena ocupada por los payasos había dejado de moverse y parecía pender como suspendida en el espacio por encima de la habitación propulsora y comenzaba a cobrar vida para Brandon de un modo totalmente único, como si él mismo hubiese creado un mundo de fantásticos gnomos, de maniquíes que valseaban, de soldados de juguete y de dragones de cristal, poniéndolo todo en movimiento por el simple deseo de que se moviesen expresado por una parte oculta de su mente. Claro que era una ilusión y la apartó de sí mientras el payaso a su lado se le acercaba más y alzaba la voz un poco para hacerse oír por encima del murmullo de las conversaciones más próximas.

Los cien otros payasos se habían reunido en diversos grupos y estaban conversando en susurros, pero la suma de sus voces

formaba un sonido continuo y bastante alto que apenas podía oírse y que no se captaría en la mitad iluminada del escenario y menos por el público presente. Se veía, sin embargo interrumpido por la música y el picotear continuo de pies con zapatillas doradas mientras los danzantes efectuaban piruetas y se alaban hasta alturas milagrosas y parecían fundirse con la melodía del *ballet* en un *fortisimo* que quedaba lejos de ser desagradable. ¿Era el murmurar de los payasos, se preguntó Brandon, tan indispensable para lo que los productores del *ballet* intentaban conseguir mientras aquella masa esplendorosa de formas esbeltas, de bailarinas haciendo piruetas, de colores fantásticos, de plumas que se agitaban y de impresionantes acróbatas con mallas iridiscentes, estaban logrando?

—Payasos y el mundo de la infancia —continuó el hombre de junto a Brandon, como si aún se diera cuenta de sus pensamientos —. ¿No ves lo indisolublemente unidos que están? Lo único, lo trágico, lo incongruente mezclados. No hay consistencia, tal como entendemos ese vocablo, los adultos, quiero decir, en el mundo de los jovencísimos. El pasado y el presente, lo hermoso impresionantemente y lo grotesco se mezclan y se funden. Todo se convierte en algo puesto del revés y luego torna a enderezarse. En una y otra ocasión. Pero cada vez aparecen en una nueva magia, en una especie nueva de maravilla que trasforma cada aspecto del mundo torpe y prosaico que nosotros quizás cometimos el error de considerar mundo real.

Brandon formuló entonces la pregunta que había estado turbándole de una manera desconcertantemente insistente minutos antes de que el hombre a su lado comenzase a hablar.

—¿Cómo un *ballet* como éste podría beneficiar a los hombres y mujeres que ya están en plena huida de la realidad? Cuando la mente humana regresa a un nivel más primitivo de consciencia no hay consistencia en las visiones que conjura. La vida del sueño o fantasía de los conturbados mentalmente comporta, según me parece, un asombroso parecido con este *ballet*.

—Superficialmente, sí —admitió el payaso—. Pero el mundo de la fantasía de la mentalidad conturbada es en realidad del todo distinto al mundo mágico de la infancia. El mundo de la infancia no es patológico. Es el mundo real visto de refilón por primera vez por una mente que no ha perdido su capacidad para experimentar

maravillas. El velo tiembla y se parte y el niño es introducido en una dimensión de la realidad. El mundo de más allá del espejo de Lewis Carroll, por ejemplo, era en todos los aspectos el mundo opuesto de fantasía que carece de estructura creativa consistente. O de sistema, si prefieres utilizar tal palabra. Mira, hay diferentes clases de consistencia y ningún hombre o mujer en plena huida de la realidad podría posiblemente haber imaginado al Mad Hatter o al Walrus, o a la Reina de Corazones. El mundo de Lewis Carroll era paradójico y vuelto del revés. Pero, como las pinturas de Picasso, tenía por encima una superior clase de lógica. Era, en otras palabras, una obra de arte deliberadamente concebida y ejecutada. Ninguna pintura abstracta podría ser sustituida por un cuadro formado por el simple lanzamiento de colores contra un lienzo y esperar al mismo tiempo conseguir algo que no fuesen manchones de color sin significado alguno.

»Pero tanto Lewis Carroll como Picasso eran maestros supremos… uno en la pintura, el otro en el arte más difícil de todos, el de la palabra escrita. Con maestría supertécnica de llevar el mundo de la infancia a un nivel de la conciencia completamente sano y de adulto. Picasso una vez dijo que sólo los niños podrían sinceramente comprender sus pinturas. Significaba que uno debe llevar hasta ellas la visión sin estropear de los niños, que son sabios más allá de sus años. Creó algo maravillosamente nuevo y este *ballet* está diseñado para hacer que el velo tiemble y se rompa de un modo igual de brillante y luminoso.

»Regresar al nivel de adulto de la consciencia hasta el mundo de la infancia no es retroceder en absoluto, porque, en la regla de cálculo de la experiencia humana, la infancia y el *infantilismo* son polos opuestos. Lo que los creadores de este *ballet* intentan hacer es sustituir la huida infantil salvaje e irracional de la realidad que la terapia del espacio a menudo ha logrado curar, por una visión ampliada que recapture el sentido del hombre de extrañarse, de maravillarse en presencia de lo desconocido. Esa visión es infantil en el sentido de que el mundo de los muy jóvenes, el mundo del niño sensible e imaginativo, es nuevo y extraño y muy hermoso, y una fuente incesante de delicia, penetra hasta el mismo núcleo de la realidad y, en cierto modo, la transforma… le arranca de su superficie aspectos de dureza, monotonía y de tensión

insoportables. ¿Comprendes adónde quiero llegar, verdad? El mundo de la infancia es tan gloriosamente cuerdo que tiene un valor terapéutico para los adultos emocionalmente conturbados… un valor tan grande quizás como la lejanía de la Tierra y la curativa serenidad de las estrellas. Para ser triunfadora del todo, la terapia espacial debe adoptar muchas formas.

El hombre al lado de Brandon asintió; su grotesca sonrisa de payaso era congruentemente despareja con la expresión de serenidad de sus ojos.

—Estoy seguro de que ves adonde quiero ir a parar, porque un Coordinador no puede dejar de estar familiarizado con los esfuerzos heroicos que hacen las personas para conseguir una clase de estrella que adora ante las singularidades casi irremontables. Hay una voz interior que parece susurrar: *Sólo existe un camino completamente cuerdo para la verdadera sabiduría. Es preciso tener el valor para creer que la realidad en ocasiones nunca cede ante la dureza de la experiencia cotidiana. Hay brillantes cumbres montañosas más allá de los picachos nevados que tú escalaste muchas veces cuando niño. Se pueden escalar otra vez, porque siguen aquí.*

—Sí —dijo Brandon—. Creo… comprender. Hay momentos de suprema felicidad, de súbita alegría, que parecemos experimentar sólo cuando nos vemos aplastados por cargas que ya no somos capaces de soportar. En tales momentos los picachos se destacan agudos y claros…

El payaso volvió a asentir.

—Puedes estar seguro de que el hombre que escribió *Alicia en el País de las Maravillas* vio también esos picachos, o de otro modo no habría encantado a generaciones de lectores, jóvenes o viejos por igual, con una visión que penetraba en el núcleo mágico de la realidad como pocas obras de acción imaginativa han conseguido. Las criaturas a quienes encontraba Alicia en el otro lado del espejo eran fantasmalmente maravillosas. Cada cual daba cuerpo a un aspecto de suprema cordura en un mundo vuelto del revés. Parecían decir cosas ridículas. Pero para un niño conocedor e imaginativo, o un adulto que hubiese logrado recapturar el mundo perdido de la infancia, no hay nada irracional en ese singular País de las Maravillas. Es completamente improbable que las fantasías fragmentadas y sombreadas por el terror de una mente en huida de

la realidad, no capten esto. Todos los niños, como te he dicho, experimentan a veces temores nocturnos. Pero los temores nocturnos y el *pathos* trágicos de los payasos son preservadores de la cordura en la clase de *ballet* en que participamos aquí. Esto es tan nuevo y brillante y extraño, tan resplandeciente y maravilloso, como el mundo que encontró Alicia en el otro lado del espejo. Es un mundo que parecería maravilloso a cualquier crío… a una Alicia, una Susana o una *Betty Anne*.

A Brandon le dio un vuelco el corazón y permaneció muy quieto, diciéndose a sí mismo que no había duda en la forma en que aquel individuo de su lado había pronunciado el nombre. ¿Acaso sabía?

Brandon, de pronto, se dio cuenta de que no era necesario que se formulase tal pregunta. El payaso a su lado, *sabía* y había penetrado a través de su disfraz. ¿De qué otro modo podía haber descubierto que Brandon era Coordinador? No… *descubierto* no era precisamente el término adecuado. Brandon ya no podía dudar de que aquel individuo lo sabía todo.

Eso únicamente significaba que era el misterioso amigo de Anne Rayle, el hombre cuya identidad ella no quiso divulgar a Brandon, a pesar de las presiones de éste, presintiendo que el hombre a quien debía tanto tenía derecho a que fuese respetado su anónimo.

En apariencia, sin embargo, ella se había mostrado más que precavida; guardó el secreto de un modo más estrechamente celoso de lo que se lo exigió el propio interesado. Porque él parecía interesado en que Brandon conociese que su papel de payaso no era más que un disfraz dictado por las circunstancias. Incluso ahora, Brandon no tenía modo de saber qué aspecto tenía su interlocutor en realidad por debajo del maquillaje. Pero también había cesado de ser otro payaso que se enzarzó con Brandon en una conversación amistosa… por pura curiosidad o simplemente para pasar el tiempo hasta que la mitad del escenario ocupado por los payasos volviese otra vez a la plena vista del público.

—Sabes quién soy, ¿verdad? —dijo Brandon, que estaba un poco asombrado por la brusquedad de la pregunta, incluso de haber pronunciado él mismo las palabras. No tuvo intención de confrontar al otro con un desafío tan directo antes de meditar y mirarle a los ojos, para disipar cualquier vestigio de duda acerca de la verdad

que supusiera. La pregunta había estado acuciándole tan apremiantemente para que la formulara, que la dijo en voz alta casi sin pensar.

Sin embargo, se alegró de haberlo hecho cuando el hombre a su lado replicó al instante y sin el menor propósito de eludir el tema.

—De no haber sabido, puedes estar seguro de que no habría estado estudiando tu disfraz con tanto cuidado durante los últimos diez minutos. Yo te lo seleccioné, mira… y no estaba del todo convencido de que pudieses llevarlo sin torpeza y que ninguno de los rizos postizos quedaría desplazado.

La mitad del escenario ocupado por los payasos volvía otra vez a la escena iluminada donde se encontraba el público y el hombre de al lado de Brandon decía algo en voz tan baja que sólo pudo captar las palabras finales…

—… ten cuidado. Todos te estarán mirando.

De pronto la luz aumentó y pareció rutilar a su alrededor y se encontró mirando a un mar de rostros otra vez. Durante un instante permaneció muy quieto, asombrado por el brusco cambio, sintiéndose solo en el centro del escenario.

No estaba en el centro, sin embargo, porque el escenario aún giraba despacio y cuando miró hacia la otra parte pudo ver que Anne continuaba haciendo piruetas, como si no quisiese verse transportada a la oscuridad en medio de un baile ejecutado con tanto calor y arte.

Fue entonces cuando se produjo la explosión, acompañada por un resplandor cegador de luz. Una expresión de horror apareció en los ojos del hombre de al lado de Brandon. Giró en redondo y empezó a correr cruzando el escenario, abriéndose paso a codazos entre los payasos que estaban frenéticamente asombrados.

La segunda explosión fue igual de alta, pero Brandon apenas la oyó porque fue entonces cuando el golpe cayó sobre él. Toda la parte posterior de su cabeza pareció estallar. Pero dio tres pasos vacilantes hacia el frente antes de que sus rodillas cedieran y cayese pesadamente sobre el escenario, hundiéndose en la inconsciencia sin dolor.

VIII

Antes de abrir los ojos percibió un tirar insistente en su brazo. Se dio cuenta1 también, de que era este tirón lo que le había despertado. Permaneció inmóvil durante un instante, prefiriendo mantener los ojos cerrados hasta que recuperara más de su memoria, notando con torpeza el insistente dolor en sus sienes y no queriendo que éstas estallasen en un sufrimiento insoportable.

Estaba convencido de que podría moverse, o intentar sentarse.

Oyó entonces una voz que reconoció, susurrándole al oído palabras tranquilizadoras.

—Te pondrás… bien. Te golpearon cuando empezó todo. Hubo una frenética confusión en escena y nadie sabía exactamente al principio lo que pasó. Y eso podía ser una incitación a una fea clase de violencia sin significado para cualquiera que mentalmente sufra desviación.

Brandon abrió los ojos. Helen Arcularis se inclinaba sobre él, mirándole con fijeza, como si temiese que en cualquier momento gritara de dolor.

La solicitud de ella le pareció completamente innecesaria, porque, para su sorpresa, descubrió que podía mover los brazos y levantar la cabeza un poco sin experimentar el menor dolor. Yacía tendido en una litera de metal, dentro de una habitación pequeña de paredes lisas. No se olía a antisépticos y a nada que sugiriera que había sufrido un tratamiento de emergencia por causa de un golpe muy fuerte en la cabeza.

La expresión de Helen Arcularis no sugería tampoco eso, aunque en sus ojos aparecía una inconfundible solicitud.

—Te pondrás bien —repitió como si comprendiese sus pensamientos—. Te dieron un golpe fuerte en la nuca y has estado

inconsciente casi tres horas. Pero el médico que te examinó no está alarmado. Se muestra convencido de que has sufrido sólo una conmoción leve.

—Pero no absolutamente seguro —dijo Brandon.

—Pueden pasar varios días antes de que cualquiera esté seguro que un golpe fuerte en la cabeza ha de ser considerado como leve —dijo ella—. Pero se me ocurre, al ver que has salido relativamente pronto de tu desvanecimiento y que puedes moverte y sentarte sin dolor, que la cosa no debe preocuparte demasiado.

Poco a poco se levantó Brandon apoyándose en sus codos.

—De acuerdo —dijo—. Me imagino que será mejor que me digas lo que pasó.

Helen Arcularis apretó los labios y le miró durante un momento sin responder. Cuando Brandon vio lo sería que estaba; un escalofrío le recorrió de pies a cabeza, un escalofrío producto de un presentimiento.

—Una revuelta y ha tenido éxito —dijo ella—. Uno de los condenados… un Coordinador cuyos logros hablan sido sensacionalmente brillantes…, manda en la Estación. Pero Anne Rayle ha muerto.

—¿Una revuelta? —preguntó Brandon—. Y Anne…

Helen Arcularis asintió. Sosteniendo sin vacilar su mirada.

Brandon permaneció muy quieto, sintiéndose durante un momento como un hombre suspendido en un abismo vacío, desprovisto de toda emoción. Luego una angustia casi insoportable le dominó y se cubrió la cara con las manos.

Helen Arcularis se le acercó más. Sus dedos le cogieron del brazo.

—Tiene gracia —dijo—. Uno piensa en evasiones, en toda clase de modos estúpidos de escapar gentilmente cuando sabe que nada de lo que pueda hacer es menor que una sencilla sorpresa. Y el hecho de que yo sea casi una desconocida para ti de nada sirve.

Brandon sacudió la cabeza.

—No… no una desconocida. No digas eso…

—Jamás olvidaré lo que pasó poco antes de la hora cero —dijo ella—. Pero desde entonces no he hablado contigo…

Los ojos de Brandon la miraron con fijeza, sus labios apenas se movieron.

—Eso no importa… yo…

—Te interesaba ella, ¿verdad? Ahora necesitarás de todas tus fuerzas.

—Fuerza… debilidad. ¿Acaso importa cuán débil y fuerte puede sentirse uno mismo cuando ha perdido…?

Su voz le sofocó y durante un momento hubo un silencio entre ellos. Luego los dedos de la mujer aumentaron la presión en su brazo.

—Lo sé —dijo ella—. El tiempo todo lo cambia y lo que antes importó ya no parece interesarnos más o, por lo menos, no de la misma manera. Es inútil exigir demasiado de cualquier ser humano o esperar que un hombre sienta emociones que no es capaz ya de experimentar. Pero lo que yo te he dicho sería peligroso para una criatura cuya abducción fuese disparada en una revuelta de tal violencia, constituyendo un peligro para su salud regresar ahora a la Tierra, ¿verdad? No me refiero a cualquier criatura… sino a su hija.

Brandon comenzó a hablar, pero ella le hizo guardar silencio apretándole con más fuerza el brazo.

—No tenemos mucho tiempo para conversar. Pero he de intentar hacerte comprender por qué esa criatura está en peligro ya que se ha convertido en víctima de una distorsión del pensamiento humano de manera tan misteriosa que dudo que haya ahora alguien vivo capaz de comprender *completamente* este aspecto de la Eternidad.

Los ojos de ella escrutaron su cara durante un momento, como si tuviera miedo de que aún estuviese demasiado apenado para captar el significado de una afirmación tan asombrosa. Durante el más mínimo instante hubo expresión de duda en los ojos de la muchacha. Pero el modo tranquilo en que soportó el escrutinio pareció tranquilizarla porque quitó la mano de su brazo y continuó en un tono más uniforme:

—Sería quizás menos misterioso si supiésemos precisamente por qué una profecía oculta puede inspirar miedo a escala mundial, un miedo terrible y destructor. La humanidad, claro, siempre ha tenido miedo a lo desconocido. Sería la cima de la locura tratar de iluminar ese miedo o de decirnos que es simplemente un legado atávico de los antepasados de la propia alba del hombre, para quien

las fuerzas de la naturaleza debían inspirar terror a cada instante.

»¿Por qué un niño que se sienta al pie de un tramo oscuro de escaleras y mira a esta negrura experimenta a veces una clase de terror mortal como si una gran mano estuviese a punto de prenderle y apoderarse de él, apretándole hasta exprimir la vida de su pequeño cuerpo? ¿Por qué un hombre maduro, bien educado, sin rastros de ciega superstición en su naturaleza, mira tras de sí cuando viaja a lo largo de un camino solitario a media noche, o tantea su camino a través de una zona oscura de bosque en noche de luna llena? ¿Por qué algunos hombres y mujeres experimentan la clase más vívida de terror en alrededores familiares cuando no hay nada absolutamente en estos alrededores que de ordinario inspire terror, excepto, quizás, si uno se encuentra en el campo, alguna piedra de forma rara o el modo en que la luz parece quedar reflejada desde una luna distante? ¿Por qué experimentamos nosotros la misma clase de terror en la ciudad, en medio de la gente? Podría ser que nos hemos fijado, al volvernos ligeramente, que un transeúnte se ha vuelto para *mirarnos*, un transeúnte que no tenía derecho a estar allí en aquel momento particular. Un niño de seis años con la expresión de sabiduría de un adulto en sus ojos, quizás, o un hombre cuya barba brilla nevada en pleno verano. Sería solo nuestra imaginación, claro, haciéndonos objeto de sus jugarretas. Pero el miedo constituiría algo real.

»¿Has conocido jamás a alguien que pueda consultar a un adivinador o pitoniso y mirar con fijeza a la bola de cristal sin al menos experimentar un ligero estremecimiento de temor? Ese presentimiento puede convertirse en algo muy grande en ocasiones; particularmente si el adivinador tiene ojos penetrantes y parece estar mirando, a través y más allá de ti, a una zona fuera del tiempo.

Helen Arcularis hizo una pausa durante un momento antes de proseguir, sus labios algo apretados.

—Todo esto puede parecer un poco lejano con respecto a lo que ha ocurrido en la Estación durante las pasadas cuatro semanas y la propia revuelta. Pero comprender por qué una criatura solitaria y asustada se ha convertido en la niña del misterio, temida por millones en la Tierra, poseedora de una herencia de oculta profecía única a su edad, debemos preguntarnos nosotros por qué su padre

era capaz de inspirar tanto miedo. Debemos preguntarnos por qué cada palabra hablada suya ha continuado despertando un eco en las mentes de los hombres a pesar del paso del tiempo. Por qué singularidad era reconocida tan instantáneamente y por qué una docena de cultos contrapuestos insistieron, a pesar de sus diferencias, en afirmar que su voz no había sido silenciada por la muerte y que volvería a hablar y que, cuando lo hiciese, el destino futuro del hombre, su supervivencia o destrucción, quedaría escrito en letras grandes por una mano firme y osada para que todos lo leyesen, ¿no? El oráculo habla y sus palabras quedan registradas por sus partidarios y fieles y nace una nueva y misteriosa religión. En el mundo antiguo, el culto de Apolo tenía tal ascendencia sobre las mentes de los hombres que nadie objetaba la sabiduría del oráculo de Delfos y podía ser condenado a muerte por negar que existiese algún problema humano que Apolo no pudiera resolver.

»Hay seiscientos mil millones de hombres y mujeres en el mundo moderno, ¿pero cuántos aceptan la realidad de un Universo continuamente cambiado y en llamas por el nacimiento de las galaxias procedentes de las grandes masas giratorias de gas hidrógeno? ¿Cuántos comprenden que desde un punto de vista científico, una profecía oculta, hecha en la Tierra, es tan inconsecuente en el plan cósmico como lo sería un solo grano de arena si fuese colocado al azar y puesto en una vitrina y reverenciado como único… completamente distinto a cualquier otro grano de arena de todas las playas del mundo?

»Hoy hemos sido testigos del establecimiento de un gran y nuevo culto del misterio basado en las profecías de un hombre. Es un culto peligroso y destructor, tan primitivo como la jungla de noche. Pero casi la mitad del mundo ha llegado a creer que ha hablado el oráculo y que puede volver a hablar pronunciando palabras de esperanza o prediciendo el fin de la humanidad.

»Un oráculo ha hablado y puede volver a hablar. ¿Pero qué si las palabras nos llegan en la forma más extraña de todas… no escritas por la mano firme y atrevida del Jefe del culto, pero sí con la mano torpe, redonda y desmañada de una criatura?

Brandon, de pronto, se dio cuenta de que Helen Arcularis le volvía a coger con fuerza del brazo.

—El médico volverá dentro de un momento —dijo ella—. Si cree

que es prudente que te levantes… hay alguien que puede decirte mejor que yo cómo osadamente una visión o una firme determinación se pueden ocultar detrás del maquillaje de un payaso.

IX

Permaneció sentado muy tranquilo detrás de un escritorio lleno de botones de intercomunicadores, llevando todavía el maquillaje de payaso, mirando a Brandon con ojos que tenían una expresión tensa e interiormente atormentada.

Le parecía increíble a Brandon que no hubiese tenido tiempo de quitarse el maquillaje. Si era cierto, como acababa de informarle Helen Arcularis que ahora estaba al mando completo y sin disputas de la Estación, aquello carecía de sentido en absoluto… era monstruoso e insólito.

—Ten paciencia —dijo Helen Arcularis, cuando se detuvieron en el centro de la habitación—. Él te dirá por qué sigue llevando el disfraz. Se lo quitó y se lo volvió a poner. Tenía un motivo.

El hombre que se sentaba frente a Brandon se levantó y extendió la mano.

—Bueno… —dijo.

Brandon dio un paso hacia adelante, aceptó la mano extendida y la estrechó. Ningún apretón pudo haber sido más firme o más cálido, o haber conjuntado con mayor sinceridad y profundidad de sentimientos al que se produjo en aquel momento y que trascendió en los ojos del otro.

—En cuanto a Anne… —dijo—. ¿Qué puedo decirte? La revuelta casi falló por una falta de cálculo que hizo que se diese demasiado pronto la señal. Pese a haberlo planeado con cuidado, unos cuantos de nosotros fueron pillados desprevenidos. No habría sido de gran importancia, puesto que de todas maneras ganamos, si Anne no hubiese perdido la vida por eso. Así todo se ha convertido en una grandísima tragedia para todos y en especial para ti. Es la victoria pagando un precio amargo… un precio tan terrible que me hace

odiar, más de lo que jamás pensé que fuera capaz de odiar un ser humano, el modo cruel en que la vida inflige dolor y exige sacrificios que implantan una espina sin propósito en sí alguno y que se burla de la mismísima victoria que, de otro modo, habría resultado sin mancilla. Pero si la revuelta hubiera fallado toda la humanidad quizás habría perdido sus más brillantes esperanzas y no creo que Anne deseara que esto sucediese jamás… aunque supiera de antemano que…

Se interrumpió bruscamente y guardó silencio, como si lo que veía en los ojos de Brandon le hiciera darse cuenta que nada de lo que dijese serviría de consuelo a un hombre tan agobiado por el pesar.

Permaneció en silencio todo un minuto, mirando a los instrumentos del intercomunicador de su escritorio. Por último dijo:

—He tenido que ponerme este maquillaje y quitármelo centenares de veces en las últimas semanas. Se necesita solo un momento… y decidí que era igual colocármelo una vez más por muy extraño que pueda parecer. Mira, no hay nada llamativo en las dudas que Helen me dice que sigues teniendo concernientes a todo lo que ha pasado. Yo la pedí que no te retuviese nada, pero tú sigues preguntándote si el hombre que estuvo junto a ti en el escenario giratorio no habrá muerto en la revuelta. Yo podría ser un impostor, no aquel individuo en absoluto. Todo lo que te ha dicho ella podría ser falso… parte de un plan para llevar un poco más adelante la mascarada.

—Ella no me dijo quién eras tú —afirmó Brandon—. Pero si querías convencerme de que eres el que habló conmigo en escena… lo has logrado. No podría jamás confundir tu voz y dudo que alguien fuese capaz de imitar el modo en que el maquillaje se funde tan perfectamente con tu expresión.

—Esperaba que dijeses eso —asintió el hombre de detrás del escritorio—. Así quedarán disipadas parte de tus dudas. *Ambos*, mi maquillaje y mi voz, eran disfraces, sin embargo. Yo tuve el máximo cuidado en disfrazar mi voz natural y sigo haciéndolo. Tú dices que te he convencido, más allá de toda posible duda, de que soy el hombre que te habló en el escenario. Esto es lo más importante y yo deseaba que estuvieses seguro. Somos uno y el mismo. Ahora puedo hablar con mi voz natural y luego, si lo deseas, me quitaré la

pintura y los accesorios de plástico que te han impedido reconocerme. Pero cuando oigas mi voz natural quizás eso no sea necesario.

Sus ojos oscuros se posaron durante un momento en Helen Arcularis; luego regresaron al rostro de Brandon.

—George —dijo—. Era natural que dudases. ¿Cómo podrías estar tan absolutamente seguro cuando hay tanto en juego… un nuevo principio en un mundo nuevo? Un brillante mañana nuevo para todos nosotros, quizás… o alguna oscura traición podría hacértelo sospechar. No hay demasiados hombres y mujeres en los que se pueda confiar de lleno… cuando hay tanto que perder… o ganar.

—¡Sanford! —Brandon suspiró y continuó mirando la engañosa y llamativa cara del payaso mientras los accesorios de plástico se fundían ante sus ojos en relucientes círculos de llama… disolviéndose y marchando en todas direcciones y dejando los flacos rasgos del hombre mayor completamente descubiertos.

—Sí, George —dijo Sanford asintiendo—. Temo haber llevado el disfraz desde el principio, incluso antes de que me pusiese este atuendo de payaso. Mis amigos en el Consejo de Seguridad se aseguraron que sería un disfraz bueno. Una cinta psíquica hábilmente alterada, que expresaba un solo incidente lamentable en la vida de un científico abrumado por el trabajo y que estalló en una expresión paranoica de la clase más peligrosa. La pelea en el laboratorio tuvo lugar, pero yo no traté de matar a mi amigo ni él a mí. El fuego que bañó el laboratorio fue un accidente. La disputa en sí no trascendió más allá de unas cuantas palabras acaloradas.

»Vine a la Estación para descubrir exactamente por qué había fallado la Terapia Espacial. Y ha fallado. El gran experimento de la curación mental ha demostrado ser autodestructor. Demasiados hombres y mujeres han regresado a la Tierra sin curar después de pasarse seis meses o un año en la Estación, bajo observación y restricción constantes y atormentados por sus propias dudas internas, cuando la posibilidad de invertir lo que habían revelado de sí mismos las cintas psíquicas se hacía cada vez más pequeña. Hay aparentemente algún misterio aquí que no podemos descifrar. La Terapia Espacial *debería* curar; en algunos casos se han producido casi curas milagrosas. Pero han sido muy pocos y muy

distanciados.

Helen Arcularis habló entonces por primera vez.

—Todo eso puede esperar. Me has llamado mujer impaciente. ¿Pero es eso una mala cualidad para un hombre o una mujer? La impaciencia puede ser una virtud si uno tiene el valor de expresarla atrevidamente. Dile lo que has decidido. Díselo ahora.

—Muy bien —contestó Sanford—. George, vamos a llevar la Estación a Marte.

Brandon le miró, incrédulo. Antes de que pudiese replicar, Sanford continuó rápidamente, sus ojos amables mientras hablaba:

—Es mucho lo que está en juego. Una nueva vida para todos nosotros. Libertad de la tiranía del Consejo… o muerte para cada hombre o mujer que tomaron parte en la revuelta si regresamos a la Tierra. La revuelta no se podía detener una vez que se inició. Al principio me oponía a ella, pero cuando un hombre tiene una sola vida que vivir comete un gran error si la somete, porque una hora más que tenga de existencia la ofrenda sumisamente a la injusticia y al ultraje. Lo comprendí todo ya que lo veía a mi alrededor, diariamente, a cada hora…

—El Comandante de la Estación ha muerto —dijo Helen Arcularis—. Le mataron.

Sanford le hizo un gesto para que guardase silencio.

—El Comandante de la Estación está bien vivo y no piensa morir sin pelear. George, dime algo. Antes de que te hicieras Coordinador podrías haberme dicho exactamente cuál es la situación cuando se te convoca para reparar un sistema de pilotaje averiado a tantos millones de kilómetros de la Tierra y cuando la gravedad es el equilibrio en el movimiento del navío y se tiene que alterar la trayectoria al mismo tiempo, sacando la nave de la órbita y enderezándola hacia un lugar de aterrizaje de menos de trescientos kilómetros de anchura. ¿Podrías decírmelo ahora?

—Creo que sí —contestó Brandon.

—Quieres decir que lo sabes. Hay muy poco en ciencia astronáutica que le haría perder a uno diez minutos de sueño si tuviese una misión como esa a la que enfrentarse cada mañana de su vida. He leído todos los artículos que escribiste cuando tenías veinticinco años y no habría manera de saber que serías un Coordinador basándome tan solo en tu brillantez tecnológica.

—¿También están muertos los pilotos? —preguntó Brandon.

—Dos de ellos sí. El tercero está moribundo.

—¿Y cómo quieres que os ayude a pilotar la Estación hasta Marte? Has llegado a creer que podría negarme, ¿verdad?

—Si quieres que te lo diga en forma técnica, sí.

—Ahora mismo —dilo Brandon—, no me importa mucho si vivo o muero. La impaciencia puede ser un reajuste, pero no estoy muy seguro de lo que me interesa. Así que tendrás que correr el riesgo.

—Es un riesgo que aceptaré satisfecho —afirmó Sanford—. Ocurre que eres solo tú quien piensa de esa manera y que sólo existe una realidad cuando podemos estar seguros de la vida. Un hombre que evalúa su propia existencia muy alto es veinte veces un riesgo mayor que el hombre que habla como tú… si es la clase de individuo que tú eres.

X

Helen Arcularis permanecía muy quieta, sus ojos como atornillados en el cristal visor.

—No lo entiendo —dijo—. Hace un momento el gran macizo estelar se destacaba con claridad. Ahora aparece de trecho en trecho una extraña bruma que lo enturbia todo.

—Podrían causarla una docena de cosas —contestó Brandon, colocándose rápidamente a su lado—. Será mejor que te sientes y descanses. Has sufrido una gran tensión.

La joven asintió y, sin esperarle, dejándole mirando por el cristal visor, cruzó la sala de los pilotos y se sentó en un estrecho sillón de metal a la izquierda del panel de la puerta. Hizo un esfuerzo por descansar, pero no pudo. Su hombro derecho le vibraba un poco y mantuvo los ojos fijos en Brandon mientras éste hacía algunos ajustes en el cristal.

—Es extraño —admitió él al cabo de un instante—. Me parece que no puedo enfocar ni por lo menos un tercio de los macizos estelares. Semejan crecer más brumosos al azar… un macizo aquí, otro allá, como tú dijiste.

—¿No podríamos estar pasando por entre una densa nube de partículas meteóricas? —preguntó Helen Arcularis.

Brandon sacudió la cabeza, en sus ojos una expresión turbada.

—El polvo de meteoritos no oscurece las lejanas estrellas bajo ningún concepto, a menos que esté acompañado por una lluvia de meteoros que sean visibles a simple vista. Aun cuando los meteoros fueran pequeños, se estrellarían como piedras contra las pantallas detectoras. No… esa no puede ser la explicación. Ojalá supiera…

—Pero acabas de decir que había una docena de maneras de explicarlo —protestó Helen Arcularis—. ¿Por qué has cambiado de

idea?

—He eliminado dos terceras partes de ellas y el resto no queda muy convincente —dijo Brandon.

—¿En menos de tres minutos? ¿Cómo has podido?

—No es problema cuando uno puede captar seis u ocho preguntas y comprobaciones en cibernética incluyéndolas dentro de una unidad giratoria en un panel de control que, prácticamente, cobra vida cuando respiras cerca suyo. Este es el Modelo 899D57… El más nuevo y mejor. Los circuitos cibernéticos pueden analizar, coordinar, rechazar o confirmar una secuencia de posibilidades estrechamente entrelazadas en medio minuto, con un error de unos pocos segundos. Uno tiene que pensar deprisa y con exactitud, formular sus preguntas y las respuestas vendrán de una manera neta, en un aseado paquete con la etiqueta de *Datos Comprobados*, aunque bajo la forma de puntitos en clave. Hay luces destellantes, también por todo el salpicadero. Verdes, amarillos y azules, en caso de que te interese.

—Solo me interesa una cosa ahora —dijo Helen Arcularis—. ¿Por qué un tercio de las estrellas se desvanece?

Brandon había hablado oscuramente solo para ocultar su creciente interés y su expresión se hizo tensa nada más comprender que Helen Arcularis sentía más alarma que él.

La joven se había levantado y tornaba a cruzar la sala de pilotos para ponerse a su lado, cuando decidió efectuar un intento más para disminuir la gravedad de lo que había visto antes de volver a mirar por el cristal. Las estrellas ahora no simplemente se desvanecían y se desparramaban a intervalos por todo el firmamento. Constelaciones enteras se hacían oscuras y había nuevas formaciones de astros en la parte inferior derecha del cristal a los que él no podía en absoluto identificar, a menos que se obligase a creer que las estrellas podrían echar a correr como escarabajos fugitivos en una hondonada, dentro de un universo que era tan inestable como un castillo de naipes.

—Una especie monstruosa de distorsión óptica podría ser la solución —dijo Brandon—. Si un defecto diminuto, casi invisible, se ha producido en la superficie externa del cristal sería muy difícil de detectar y podría causar una distorsión considerable. De hecho…

El profundo suspiro de Helen Arcularis le hizo detenerse

bruscamente y mirarle con interés.

—¡No hasta ese punto de distorsión, George! —protestó ella—. ¿Cuánto tiempo podemos seguir engañándonos? No quedan constelaciones familiares… ¡Ninguna en absoluto! Había pensado durante un momento que podía distinguir una… la Gran Hondura. O bien me equivoqué o se desvaneció en un sistema de luz cambiante. —Brandon permaneció en silencio durante un momento, los labios apretadísimos—. George, —continuó ella—. Debo saberlo. ¿No puedes…?

—La estrella guía ha desaparecido —dijo él sosteniendo imperturbable su mirada—. A menos que continuemos siguiendo esa estrella nos veremos fuera de rumbo dentro de cinco horas. Jamás lo recuperaremos. Nuestra trayectoria quedará completamente alterada.

—¿Y Marte? —preguntó la joven—. ¿No puedes verlo con las lentes ampliatorias de campo? Debería brillar como un astro de primera magnitud. Estaba ahí hace pocos minutos. Pudimos verlo con tanta claridad a simple vista que no era necesario ninguna lente de aumento para distinguir el brillo de sus casquetes polares. Parecía más una mancha que un puntito de luz…

Brandon asintió.

—Lo sé.

Permaneció en silencio durante un momento, aun aferrándose a la idea de que había una lejana posibilidad de que algo extraordinario le hubiese ocurrido al cristal. Pero esa idea absurda y definitiva quedó destrozada cuando Helen Arcularis le cogió con fuerza del brazo y señaló.

Nada excepto una serena luz blanca llenaba todo el espacio a su alrededor.

SEGUNDA PARTE

XI

Los hombres y mujeres de la Estación Espacial habían estado *allí afuera* largo rato.

Nadie en la Tierra sabía con certeza absoluta qué les había impedido abandonar toda esperanza y morir interiormente a través de los años. Quizás eran las caras de los viejos amigos, constantemente presentes o el modo en que aparecía la Tierra en invierno y a principios de primavera, o se envolvía con la dorada túnica del otoño. Era casi como si pudiesen ver a sus personalidades más jóvenes reflejadas en un espejo que el tiempo no podía empañar, y que les proporcionaba fuerzas en el conocimiento de que sus hijos algún día sabrían para qué hablan nacido a la vida… y siendo jóvenes… por qué alboreó para ellos la Era Espacial.

Habían personas en la Tierra que podían verles moviéndose por una pantalla iluminada y no haber contradicción en el hecho de que quizás nunca volvieran a pisar el planeta patrio.

Sus voces llegaron de pronto altas y fuertes. Era un instante fugaz, como el de una tormenta de verano, sus imágenes parpadearon y se hicieron brumosas. Pero sólo fue un momento y en ese milagro de la comunicación televisual en ambos sentidos un hombre sentado en su propia sala de estar podía hablarles directamente y ellos contestarle.

Siempre habrían personas, eso lo sabía Robert Cowley, que no podrían hallar nada milagroso entre la comunicación interespacial de naturaleza puramente mecánica. Pero para él era un tremendo milagro que su mente rechazaba cuando trataba de imaginarse compartiendo el destino del cohete perdido con sus ochenta y siete pasajeros.

Ya hacía quince años que se habían ido y Cowley contempló

cómo Betty Anne creció, cambiando de una niñita de mejillas rosadas de siete años a una madura y muy hermosa jovencita. Durante ocho de aquellos años fue su preceptor, pero incluso ahora, cuando había terminado la hora de la clase los ojos de la joven parecían mirarle con una súplica desesperada.

—Sigue intentándolo, Robert —semejaban pedir sus ojos—. Seguro que si lo intentas con ahínco podrás hacer que los hombres del Gobierno, con billones para gastar, construyan otra clase de espacio-nave, viajando a la misma velocidad y con idéntica trayectoria, que pueda tener éxito en localizarnos.

Había muchísimas cosas que él deseaba decir como respuesta. Algunas habrían sido tranquilizadoras, ¿pero cómo podía ser verdaderamente sincero cuando sólo la idea de producirla dolor le resultaba intolerable? Pudo ocultar parte de la verdad, claro, pero había algo profundo en su naturaleza que rechazaba tal clase de engaño.

El *Molidor* simplemente se había desvanecido y ningún rastro se encontró entre las ensenadas de los planetas, a pesar de los quince años de búsqueda. Así que de nada servía recordarla que ya se habían gastado billones… sin ningún resultado.

¿Acaso la Estación había desaparecido dentro de otra especie de espacio? Sólo el hecho de que el lazo televisual no se hubiese roto lo hacía parecer improbable, aunque tampoco se le podía descartar por completo.

¿Qué es lo que se sabía en realidad a cerca del espacio interplanetario? Oh, unos cuantos descubrimientos importantes se efectuaron desde la creación del Proyecto Apolo y el establecimiento de una base en la Luna había preparado el camino para un aterrizaje con éxito en Marte. Pero lo que se sabía era escaso, un grano de polvo microscópico volando al azar a través de las fronteras de lo desconocido. Podría caer en cualquier parte y fertilizar algún extraño brote de nuevo conocimiento. Pero también podría no hacerlo, porque por el mismo motivo era fácil que permaneciese sin germinar durante diversas generaciones.

¿Estaban allí las bandas de viaje y las zonas de energía del espacio que podrían transportar a un cohete de pasajeros o una estación espacial sacándola del sistema solar y llevándola a muchos años de luz de distancia con la velocidad de esta luz? ¿O con el

doble o el triple de la velocidad de la luz?

Pudo haberla hablado de otras cosas, que no la habrían producido el menor consuelo. *Soy solo un profesor de historia*, era lo que podía haber recordado. *En extrañas ocasiones los hombres que ascienden al Gobierno pueden conformar la historia al nivel escolar dándole una especie de aspecto propio. Pero eso no es ninguna norma, Betty Anne. Saben que yo no estoy calificado para trinchar un pavo que ha estado preocupando a los expertos técnicos durante tanto tiempo*.

Mira, Betty Anne, los hombres que se encuentran a la altura de tomar decisiones no son todos estúpidos. En su mayoría son honrados, individuos del todo realistas y que saben exactamente lo peligroso que sería dar un mal consejo. Escucharán a los expertos hasta cierto punto. Pero permanecerán en guardia contra permitirse verse arrastrados por súplicas emocionales que pueden resultar todo lo opuesto a lo constructivo que se necesita.

El período de instrucción había pasado ya y Betty Anne hizo algo increíble. En lugar de suplicarle con los ojos, o de hablarle directamente, imprimió un mensaje en una gran hoja de papel y lo colocó delante suyo.

El mensaje decía: «Quiero que el mundo sepa lo mucho que el profesor Cowley me ha ayudado. Durante quince años hemos estado en contacto constante con la Tierra y nunca dejaremos de estar agradecidos por los esfuerzos que hicieron para ayudarnos a resolver nuestro problema. Pero los niños necesitan una clase especial de conocimiento, una clase especial de comprensión. Yo ya no soy una niña, pero no sería la clase de adulta que soy si el profesor Cowley y los otros maestros no hubieran trabajado desinteresadamente durante años para traernos más que la sabiduría que queda encerrada en los libros de texto. Me ha ayudado hasta ahora saber que hay alguien que se interesa y se preocupa por mi bienestar… como solo un maestro con vocación puede interesarse. Hay diez y siete niños aquí que aún necesitan esa clase de ayuda y comprensión, no permitáis que un eslabón tan precioso con la Tierra se rompa…».

Cowley no estaba tan asombrado como debió estarlo de no conocer tan bien a Betty Anne. Pero durante un momento encontró necesario parpadear un poco más deprisa que de costumbre y había una prieta sensación incómoda agobiándole la garganta.

Hubiera sido muy fácil para Betty Anne apartarse algo de él y demostrar que se dirigía a todo un público mundial con una observación introductoria o un simple gesto. Pero el mensaje impreso resultaba algo más dramático, aunque solo fuese por ser tan inusual e inesperado. Betty Anne podía confiar en no perderse ni pizca de la súplica haciéndolo de aquella manera.

Era una de las cosas que la enseñó. «Si quieres que en realidad la gente te preste atención, Betty Anne, tienes que ser osada y decidida, realizando lo inesperado. Ese truco ha tenido éxito utilizado en publicidad durante muchos siglos. No estoy seguro de que sea un sistema completamente digno. Pero si ninguno te escucha cuando tienes algo importante que decir, sería lo mismo que si estuvieses hablando a una pared de piedra».

Era una de esas cosas no idealistas que la enseñó. Pero ahora se alegraba de haber destacado su importancia. No porque le hubiese pagado un tributo que no merecía y ni podía haber anticipado, sino por un motivo del todo distinto. Al menos que se equivocase de medio a medio, la súplica tendría una gran posibilidad de convencer a los hombres que tomaban decisiones de doblar el número de maestros y de ampliar el sistema ambivalente televisual del programa de instrucción.

Betty Anne ya no podía verle, porque había cortado el circuito cerrado que le permitió hablarle en completa intimidad durante el periodo de instrucción. Ella de ordinario lo hacía dos o tres minutos antes de que terminase el período, para permitir a millones de espectadores contemplar el final de cada sesión diaria… otra ayuda de la propaganda que él mismo sugiriera. Seguramente habría mejor modo de conquistar el apoyo popular para una ampliación del sistema.

De algún modo, tenía la sensación, aun cuando ella ya no pudiese verle por la pantalla del *Molidor*, que la joven seguía mirándole con fijeza mientras su imagen se apagaba.

Pudo haber devuelto la imagen, nítida y claramente, haciendo la señal de que volviese a conectar el circuito cerrado. Pero seguía demasiado estupefacto y profundamente conmovido para hablarla en un circuito cerrado sin que se le notara en la voz y lo último que deseaba era hablar entre balbuceos. Estaba convencido de que la joven comprendería. Mañana la volvería a ver y le diría lo mucho…

Durante un instante Cowley no pudo ni respirar. Era la primera vez que sus pensamientos le habían transportado tan peligrosamente cerca del precipicio. Resultaba ya demasiado tarde retirarse y tratar de salvarse, pareció susurrarle una voz en lo más hondo de su mente. ¡No seas loco! Ella no puede verte ni oírte en un circuito abierto. Así que dilo en voz alta. Grítalo hasta las estrellas.

Mañana le dirás lo mucho que la amas.

Ahí estaba. Acababa de salir al descubierto. Con frecuencia gente muy inteligente persiste en torturarse manteniendo sus pensamientos secretos en una oscura y profunda prisión y arrojando lejos la llave. Son incapaces de abrir la puerta de la celda incluso cuando es sensato hacerlo así, quizá porque el tormento que uno se causa puede mantener a la mente humana demasiado ocupada para pensar de manera lógica.

Betty Anne había desaparecido de la pantalla ahora y el comandante Henry Sanford ocupó su lugar. El comandante Sanford tenía setenta y cuatro años de edad, pelo blanco y algo encorvado. Pero seguía siendo un hombre de aspecto extraordinariamente vigoroso para su edad cronológica. Discutía con audiencia mundial uno de los más recientes de los ciento y un problemas que se originaron a través de los años.

Jamás dejaba de sorprender a Cowley lo mucho que podía ayudar un solo consejo, cuando las mejores mentes se apiñaban y dedicaban toda su energía a resolver una situación de tablas tecnológicas. El consejo no podía ser embalado sólidamente, claro, ni siquiera los mejores cerebros podían imaginar medios de enviar suministros de comida y medicinas a una Estación que había desaparecido en el espacio. Pero los suministros médicos se podían ir alargando y el problema de la alimentación todavía no se había hecho agudo.

Los concentrados nutritivos durarían por lo menos otra generación y para entonces…

Una terrible clase de desesperación se apoderó de Cowley que se inclinó bruscamente hacia adelante y cerró el circuito abierto. Dentro de otros quince años Betty Anne se acercaría a la edad mediana de su existencia, y él sería… ¿un viejo? A los ojos del mundo parecería ciertamente viejo, incluso aunque se sabía de la clase de individuo que envejecería más despacio que los tipos

pomposos y autoritarios que parecían tener un genio positivo para colocar tras de sí la juventud antes de que hubieran cumplido los cuarenta. Cowley de pronto decidió que no se ganaría nada sentándose delante de la apagada pantalla y torturándose mediante la proyección de sus pensamientos en un futuro que estaba muy lejos de ser completamente desesperanzador.

Alrededor de una vez al mes, casi con regularidad cronométrica, la morbidez le abrumaba y se encontraba sin la fuerza de voluntad para seguir creyendo que la Estación perdida en el espacio podría reaparecer entre la Tierra y el Sol de igual modo misterioso en que desapareció en el espacio.

En tales momentos tenía que hacer un esfuerzo casi supremo para enfocar todas sus energías y no permitirse olvidar, ni un solo instante, que la desesperación puede ser tan desmoralizadora como el miedo brutal e irrazonable.

La clave estaba en la energización. Mantenerse activo, reunirse y hablar con la gente, vivir para el momento con la clase de impulso directriz que puede mantener a un hombre firmemente en la silla si trabaja con suficiente ahínco; Cowley se levantó, caminó hacia la ventana y miró hacia el recinto universitario. Los blancos edificios, los céspedes espaciosos y los estudiantes con sus lentos paseos proporcionaban la clase de estimulante que necesitaba. Había veces en que valoraba la gran belleza arquitectónica y la serenidad más que la mayoría de los hombres, pero en aquel instante… no, definitivamente no.

¿El comedor de la facultad? Cowley se llevó la mano a la cara, pero no para apartar o secar el sudor que se había condensado en su frente. Tenía la sensación de que habían allí telarañas colgando de su cerebro, pegajosas y húmedas, y el gesto resultó algo instintivo.

El comedor de la facultad podría proporcionarle la clase de estimulante que necesitaba. Dependería de quién estuviese allí, claro. Los zoquetes de la facultad podrían profundizar la depresión de un hombre, precisamente igual que las drogas tranquilizadoras solían hacerlo. Sus nervios no estaban excitados y lo que necesitaba era un antideprimente poderoso.

Sólo hablar con James Hilton le serviría de cierta ayuda… si ocurría que el joven Hilton estaba en uno de sus momentos de humor más exuberantes. Hilton no sólo era un joven notable.

Parecía saber exactamente cómo comunicar sus pensamientos internos sin proporcionar a su oyente la sensación de que se mostraba supercomunicativo de un modo indigno y embarazador.

Hilton cenaba solo en el comedor de la universidad una o dos veces por semana y Cowley no tenía modo de asegurarse de que le encontraría sentado, solo, en una mesa en el centro particular de la habitación, incluso si había acudido aquel día. Pero siempre existe la posibilidad…

La suerte favoreció a Cowley en ambos aspectos. Quince minutos más tarde se encontró sentado frente al joven profesor ayudante de bioquímica en un rincón solitario del comedor. Hilton acababa de terminar un bocadillo de ensalada de pollo y lo alternaba con una segunda taza de café y apenas se le podía imaginar de un humor más relajado y hablador. Parecía sinceramente alegre de ver a Cowley y no tuvo prisa en marcharse.

Cowley pidió su almuerzo y con un gesto de cabeza despidió a la camarera.

—Otro café para mí, por favor —llamó Hilton tras la sirvienta.

Hilton inició la conversación con una pregunta que asombró un poco a Cowley, por lo brusca e inesperada.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar, Robert, que ninguna jovencita tuvo jamás tantos admiradores como tu alumna?

Durante un momento Cowley devolvió la mirada ligeramente divertida al joven Hilton, con una expresión de azoramiento en sus ojos. ¿Turbados? Esa no era una pregunta a la que pudiese responder abiertamente. La idea ya se le había ocurrido, claro, y de un modo profundo y subconsciente, le conturbó en ocasiones. Pero jamás experimentó la clase de activo tormento a que Hilton parecía referirse.

¿Por qué? Probablemente cuando un hombre está completamente seguro…

Cowley sintió como una súbita oleada de pánico le recorría de pies a cabeza. ¿Tenía algún derecho a estar completamente seguro? ¿Quizás había mostrado un exceso de confianza permitiéndose creer que él solo se había convertido en importante para Betty Anne durante todos aquellos largos y solitarios años?

La duda era pequeña. Seguro, pero Cowley sabía que la más mínima duda instalada dentro de la mente, aun cuando lo fuese por

un amigo bien intencionado tan joven como Hilton, podría enraizar deprisa y convertirse en un matorral creciente e imposible de extirpar. Debía cerrar su mente a cualquier posibilidad de esta clase; se dijo a sí mismo… ahora, de inmediato.

Aun cuando no pudiese ignorar por entero la pregunta, si podía fingir que le divertía con un encogimiento de hombros, olvidándola de inmediato. Sólo que esa pretensión exterior no le protegería interiormente, porque un hombre no puede prevenir el desastre solamente por la pretensión. La mente aceptará como verdad una mentira repetida y al hacerlo así dará un respiro para pensar en algo mejor con que sustituir la mentira.

—Me imagino que debe tener muchos millones de admiradores —dijo Cowley sopesando con cuidado sus palabras—, ninguna mujer tan hermosa como ella podría aparecer en la pantalla días tras día sin…

—Exactamente —intervino Hilton, atajándole—. Pero no millares, Robert… millones. Es la novia del mundo, podría decirse si me perdonas por emplear una frase tan azucara. Para los jóvenes especialmente…

—Para cualquier hombre —corrigió Cowley, obligándose a sonreír—. Un muchacho de dieciocho años la encontraría irresistible… en la pantalla.

—¿Y por qué no en la Tierra? ¿En propia carne? —comentó Hilton—. Sinceramente no podrás creer que tanta gracia y belleza tendrían atractivo romántico solo para los jóvenes, tanto fuera como en la pantalla. Dije *jóvenes* especialmente. Porque… bueno, si alguna vez regresa a la Tierra tendrá por lo menos cincuenta mil ofertas de matrimonio de hombres de mi edad.

La pretensión que Cowley trataba desesperadamente de mantener comenzó a cuartearse un poco. Estaba tan preocupado en impedir que se volcase, con un estrépito resonante, que no vio a la alta figura del doctor Stephen Andrews, profesor de astrofísica, acercarse a la mesa, y se vio pillado completamente por sorpresa cuando el silencioso hombre gris dijo, casi a su oído:

—Iba a hacerte una visita, Robert. Por suerte, decidí tomar primero una taza de café.

Dos reuniones accidentales y afortunadas en una mañana no hubieran de ordinario desagrado a Cowley. Pero este era una

especie de encuentro accidental contrario a toda suerte. No tenía deseo de terminar su conversación con Hilton hasta que estuviese en pleno dominio de sí mismo otra vez. Capaz de enfrentarse, sin ninguna clase de autodecepción, a lo que el joven miembro de la facultad había estado diciendo.

Pensó pedir a Hilton que no se fuera. Pero antes de lograr hacerlo, el supercortés joven se había puesto en pie, recogiendo la cuenta.

—Dentro de quince minutos he de asistir a una conferencia —dijo—. Siento no poder quedarme a hablar más —se volvió hacia Andrews con una sonrisa—. Me sabe mal marcharme así. Pero he de ordenar unas cuantas notas antes de que hable de la genética ABC en el estrado ante los jóvenes leones del nuevo curso.

—No te preocupes, Jim —dijo Andrews.

Tan pronto como Hilton se hubo marchado y estaba fuera de la escucha de Andrews éste se sentó en la silla que el joven ocupara.

—En apariencia tú y Jim teníais una discusión muy animada —dijo—. Yo no hubiera intervenido si lo que tengo que decirte no tuviese tan vital importancia.

Casi de inmediato Cowley notó la tensión que había estado creciendo en su interior, pero con la misma rapidez la sintió también amainar, Andrews tenía el raro don de tranquilizar a sus amigos sin aparentarlo. Quizás por su porte relajado y su apariencia silenciosa, que resultaban claras muestras de este lado especial del carácter humano.

—Quizás esté tomando una decisión poco prudente —dijo el canoso astrofísico—. Demasiadas personas me envidian porque puedo autorizar el gasto de unos cuantos millares de millones de dólares sin consultar con nadie —una maliciosa sonrisa asomó durante un instante a sus labios—. Eso es algo, incidentalmente, que nunca se me ocurrirá hacer. Pero persiste el hecho de que se supone que estoy firmemente dentro del Gobierno en lo que concierne a la autoridad del Espacio, con libre acceso a la información clasificada en todas sus ocho categorías. Lo que olvida la mayor parte de la gente es que una simple decisión poco prudente acabaría conmigo. Mi influencia se hundiría hasta una cifra decimal por debajo de cero de la noche a la mañana, e incluso quizás a menos que eso.

Ahora miraba a Cowley muy sereno.

—Quiero que sepas lo mucho que estoy arriesgando. Pero no correría un riesgo tan grande si no me produjese una satisfacción interior, así que no es preciso que experimentes agradecimiento hacia mí. Sólo eso… bueno, tengo un prejuicio emocional enraizado contra el mantener información de naturaleza crucial para que no llegue a alguien que tiene todo el derecho de poseerla. No solo ocurre que me simpatizas y confío en ti… eres uno de los pocos hombres cuya integridad estoy seguro de que sobreviviría a cualquier prueba, por muy drástica que esta fuese. Estoy absolutamente seguro de eso. Pero sigo corriendo un riesgo, porque la Autoridad del Espacio no siempre ve por mis ojos.

Andrews hizo una pausa durante un instante, como si recordase que un hombre con información sorprendente que proporcionar tendría que esforzarse por hablar tranquilo, aunque solo fuese para ahorrar una gran sorpresa a su oyente. No podría haber duda de la sinceridad en la expresión que había acompañado las palabras del anciano físico. Pero Cowley no estaba del todo preparado para la revelación cuando se produjo, porque era incluso más anonadadora de lo que imaginó que pudiera ser.

—El *Molidor* —dijo Andrews—, está regresando.

Cowley permaneció sentado inmóvil, devolviendo la mirada del otro con expresión de tranquila convicción pero mostrando a su vez un endurecimiento de los músculos de su garganta y un empalidecer igualmente brusco de sus labios.

—No querrás decir…

Andrews asintió.

—Por lo que a mí respecta, no hay la menor duda —dijo—. Pero antes de mostrarte las fotografías que la Autoridad del Espacio acaba de entregarme, preferiría decirte lo que me hace estar tan seguro. Precisamente, ¿estás muy familiarizado con el sistema de guía navegacional que portaba el *Molidor*? Quiero decir… sus complejidades técnicas, limitaciones de margen de error… esta clase de cosas.

Cowley tragó saliva y con un esfuerzo logró decir con voz bastante tranquila:

—Los tecnicismos son puro griego para mí, me temo. Yo sólo sé que es un sistema tan eficiente que poquísimos cambios se habrán

hecho en él desde la tan llamada *Alba de la Era Espacial*, cuando un cohete espacial se fiaba del mapa guía enviado desde la Tierra por radar y en una serie de ecos de radio con correcciones. Me parece recordar que el presente sistema fue originalmente llamado *Guía del Rastro Estelar*.

—*Guía del Rastro Estelar* es un término general —dijo Andrews —. Se refiere a los principios funcionales sobre los que se basa todo el sistema de navegación. El principal componente del sistema, como estoy seguro que sabes, es un instrumento llamado el Telescopio Estelar. El Telescopio Estelar corrige los errores y la trayectoria de un cohete y lo realinea respecto a su curso, fijándose en una estrella. Al igual que el capitán de un navío utiliza un sextante como ayuda navegacional para determinar su posición exacta en relación con las estrellas cuando el barco está en el mar. El sextante es también un instrumento cumbre de eficiencia que, con toda probabilidad, jamás se echará a la basura. Simplemente porque la máxima eficiencia y la permanencia son prácticamente palabras sinónimas.

Andrews se inclinó hacia adelante bruscamente y, por primera vez, un ligero temblor se deslizó en su voz.

—No puede haber duda —dijo—, de que el *Molidor* seguía a una estrella. Podemos estar Igualmente ciertos de que el Comandante Sanford pensó que la fijación que tenía en esa estrella el Telescopio Estelar, permitiendo un pequeño margen de error fácilmente corregible, era en extremo segura, no tendría motivo para creer que se equivocaba, en ese respecto y actualmente no lo tenía. El error que cometió era de naturaleza más grave.

Andrews apretó los labios y permaneció en silencio durante un momento y Cowley tuvo la sensación de que estaba a punto de dejar explotar una bomba.

—Solo había una cosa equívoca con esa fijación —continuó despacio el anciano físico sin quitar los ojos del rostro de Cowley—: El *Molidor* seguía a una estrella equivocada.

Por un instante le pareció a Cowley que se había quedado sin respiración. De ordinario, tal afirmación no le habría asombrado, porque había demasiadas estrellas visibles desde la Tierra en una noche clara para hacer que esa clase de error navegacional no fuese corriente. En las ensenadas entre los planetas, cuando las estrellas

parecían, a veces, como una lámina sólida de radiación, incluso la guía suministrada por un instrumento complejo y técnicamente exacto no podía depender siempre para trastocarse en un error en alinear el instrumento del modo adecuado. Para eliminar toda posibilidad de error, el factor de seguridad humana tenía que permanecer constantemente en equilibrio en la máquina en el extremo opuesto de la ecuación. Que uno sobrepasase al otro y toda la ecuación era muy probable que se convirtiese en equívoca y sin valor en absoluto.

Cowley sabía, con casi certeza total, que Andrews no estaba hablando de cualquier estrella. El error en navegación no era primariamente direccional… no podía haberlo sido. Si hubiese extrañado únicamente en el hecho de que el Comandante Sanford, o el Telescopio Estelar, habían cometido un simple error de cálculo y elegido una estrella equívoca entre los incontables millones de astros, Andrews con toda seguridad se habría dado cuenta que un error de esa clase apenas podría hacer que el cohete se desvaneciera dentro del Sistema Solar sin dejar rastro. Tenía que haber mucho más para explicar que eso, y la intensidad de la emoción que demostró el físico dejaban poca duda en el cerebro de Cowley indicando que algo extraordinario había tenido lugar.

—¿Qué quieres decir con eso de una estrella *equivocada*? —preguntó, ahora controlándose un poco más—. ¿Te refieres a un sencillo error de navegación que se comete por lo menos docenas de veces al año? Casi todos creen que el *Molidor* se fue a la deriva a través de alguna especie de fallo de cálculo navegacional antes de desaparecer, aun cuando nunca ocurrió nada erróneo con el sistema de guía por lo que respecta a cuanto Sanford ha sido capaz de determinar. Ahora funciona, pretende, en una especie de vacío, con movimientos perfectamente combinados que no le llevan a ninguna parte.

—Te explicaré lo que quiere decir al cabo de un momento —anunció Andrews—. Primero me gustaría destacar que un sistema funcionando en un vacío puede ser completamente seguro en todos los aspectos, si juzgas su actuación en la base de la seguridad que normalmente aceptarías de él en el campo en el que originalmente fue diseñado para funcionar. Por ejemplo, las fotocélulas cambian su emisión eléctrica cuando quedan descubiertas al espacio exterior.

Pero aún funcionan seguramente en la Tierra y continuarían funcionando de un modo interesante en el espacio. No hay nada equívoco básicamente en ellas dentro de ninguno de los dos medios ambientes.

—Comprendo todo eso —dijo Cowley un poco impaciente—. Pero si…

Andrews le interrumpió con un brusco gesto de la mano.

—Yo solo quería aclarar algo que parecía turbarte —dijo—. No había un fin directo en lo que te estoy diciendo. Se encuentra al borde del significado, claro. Pero habrá discusiones sobre la pantalla dentro de otra semana poco más o menos, que deberán satisfacer tu curiosidad a ese respecto.

Volvió a hacer una pausa durante un mínimo instante, como si no deseara apresurarse. Pero cuando vio el aspecto de impaciencia atormentada en los ojos de Cowley, se apresuróse a continuar:

—Tú que has preguntado qué es lo que quería decir por lo de estrella *equivocada*. Me refería a algo tan extraño… tan contrario a lo que la mayor parte de los astrofísicos creen acerca de la estructura básica del universo físico… que me habría negado a tomarlo en serio si no hubiese llegado esta mañana una prueba fotográfica asombrosa procedente de la Autoridad del Espacio. Para mi cerebro, es la clase de prueba que solo un loco se negaría a tomar en serio.

Andrews alzó la mano y se la miró durante un momento, como si no le sorprendiese descubrir que tenía seis dedos y que dos de los cinco originales habían doblado su longitud.

—Dime —dijo, cruzando una mano sobre la otra—. ¿Has oído alguna vez hablar de la hipótesis de Frederick Carswell sobre los soles superimpuestos, montado uno sobre el otro, o de un espacio doblado hacia atrás?

Cowley sacudió la cabeza.

—Bueno… muy poca gente la conoce. Pero es en cierto modo, una hermosa hipótesis. Estarás familiarizado, claro, con las diez o doce hipótesis más ampliamente aceptadas referentes a la naturaleza precisa del universo físico… o, si así lo prefieres, al universo de las estrellas. En todas, excepto dos, su curvatura se acepta como una premisa básica y si el continuo espacio-tiempo es actualmente un sistema cerrado, el espacio debe doblarse sobre sí

mismo, o montar un extremo sobre otro, en cierto modo.

»Pero, considera esto, incluso si aceptamos esa premisa, no tendremos manera de saber cuán compacto y conspicuo será ese montaje de extremo. La mayor parte de los astrofísicos creen que si tú circundas toda una circunferencia interna-externa de un universo curvado volverás a tu planeta patrio en el universo de las estrellas. Utilizo las palabras *interno-externo*, claro, como sustituto para X, un anillo de corteza de naranja intangible, que nunca probablemente podremos describir de manera más satisfactoria; de todos modos, si circundas toda esa peladura por así hablarlo, volverás a ver nuestro sistema solar y a la propia Tierra.

—En un viaje que necesitará billones de vidas humanas para completarse —dijo Cowley.

Andrews asintió.

—Lo más probable es que sean trillones. Pero quizás no necesitarás circundar la peladura de la naranja en un viaje en cuya duración asustaría la imaginación en términos solo de años luz. Quizás el universo curvado se pliega sobre sí mismo de tal modo que los extremos estelares del confín opuesto del espacio son en realidad los vecinos contiguos del sistema solar.

»¿Qué, si la barrera entre ellos ocasionalmente oscila y se disuelve? ¿Cómo podremos estar seguros que él continuo siempre permanece estable e inalterable a través del universo de estrellas? Por cuanto conocemos de la barrera, —si la hipótesis de Carswell es cierta—, puede convertirse en fluida y correr como el mercurio a veces. ¿Captas lo que quiero decir? Eso es lo que hace tan hermosa la hipótesis de Carswell… la posibilidad de que el universo entero físico pueda ser tan inestable como un castillo de naipes.

—¡Pero, buen Dios! —exclamó Cowley—. Si esto ocurrió a menudo…

—Probablemente no a menudo, aun cuando la hipótesis de Carswell sea cierta —dijo Andrews—. ¿Por toda la naturaleza cuánta de esa clase de inestabilidad encuentras? Si las plantas, animales y formaciones rocosas, se disolvieran a veces como el hielo bajo el cálido sol del Ecuador, puedes estar del todo seguro que no estaríamos presentes en absoluto.

—Pero la Tierra es solo una motita de materia en el espacio —dijo Cowley—. Lo que acabas de decir no demuestra nada en

absoluto.

—Eso es cierto del todo —contestó Andrews—. No *prueba* nada. Pero lo sugiere de un modo general, indicando que la inestabilidad de una escala cósmica puede ser una rara concurrencia. Si es que existe. La naturaleza sigue un sistema bastante uniforme, desde el átomo hasta la nebulosa espiral.

—Casi me convenciste durante un momento —dijo Cowley—. Pero lo que dices es pura locura. ¿Cuántos astrofísicos que tú conozcas aceptan en serio a Carswell… o tienen alguna fe en su hipótesis? ¿Tres… cinco?

—Sólo uno —contestó Andrews—. Yo no pude haberte dicho nada de esto antes de que estas fotografías de la Autoridad del Espacio llegasen. Creo que será mejor que les eches un vistazo antes de que me juzgues con tanta dureza. A ningún hombre le gusta ser interpretado como psicótico antes de que los vigilantes cerebrales hayan repasado sus cartas y estén ellos mismos convencidos del caso.

Andrews dejó las tres fotografías en la mesa, delante de Cowley, extendiéndolas en forma de abanico para que las pudiera ver con claridad.

En la primera el Sol se destacaba vivamente contra la negrura del espacio, con una corona claramente visible. Parecía haber una débil bruma un poco a la derecha. En la segunda había dos soles en vez de uno, uno de ellos ligeramente superimpuesto sobre el otro. En la tercera fotografía había una diminuta mancha de brillantez conformada como un huso moviéndose tangencialmente a los dos soles, muy abajo en el rincón de la mano derecha de la foto.

—¡Buen Dios! —exclamó Cowley.

De *¿SOL O ESPEJISMO? Grandes Misterios Irresueltos del Firmamento*. Gilson. 2234:

«Los años centrales del siglo XXI presenciaron un acontecimiento tan asombroso que se duda de que haya habido algo comparable en la siguiente Era de la Colonización Marciana y que alterase más profundamente lo que se había creído con anterioridad acerca de la estructura del Universo Físico y de los misterios del espacio y del tiempo. La Estación reapareció y tras ella parecían oscilar,

durante varios días, dos soles idénticos en magnitud y tamaño. Sólo nuestro Sol destacaba con claridad. El otro sol era como un fantasma del primero y de ningún modo aumentaba el calor de los rayos solares, aunque los dos soles estaban casi superpuestos. Cuando el *sol fantasma* desapareció la Estación continuó hacia la Tierra durante varios días, luego, bruscamente, invirtió su curso y viajó hacia el exterior otra vez en dirección al espacio. A pesar de su tamaño, pronto dejó de ser visible desde la Tierra y su destino continuó desconocido durante casi diez años, aunque el contacto televisivo con la Tierra continúa igual que antes. El secreto acerca de su situación fue impuesto con rigidez por el Comandante Sanford y aunque la transmisión parecía venir de Marte no había manera de determinar su localización precisa con ningún grado de exactitud».

XII

—¿Puedo entrar, señor?

Brandon se volvió lentamente del anemógrafo que había estado estudiando durante media hora, reconociendo la voz y preguntándose por qué la joven generación podía mostrarse tan molesta en ocasiones hasta tener que obligarte a evitarla como si fuese una plaga para poder realizar algún trabajo útil.

—Sí, claro, Roger —dijo, haciendo un esfuerzo porque su voz sonase amistosa—. Entra y siéntate. ¿Para qué querías verme?

El joven Stearns entró en la sala de mapas y cerró el panel de la puerta firmemente a su espalda. Su pelo rubio brillaba a la luz de las lámparas del techo y su angulosa cara, no carente de belleza, exhibía un ceño indicio de dificultades.

—Siéntate, siéntate —repitió impaciente Brandon cuando vio que Stearns se había quedado inmóvil en mitad de la pequeña sala de instrumentos y ni siquiera miraba de reojo hacia la silla que se alzaba un poco a la izquierda del anemógrafo. Parecía demasiado incómodo para acomodar el gran corpachón del joven, pero para Brandon eso no representaba excusa a su negativa a obedecerle.

Stearns lanzó una mirada de reproche a Brandon y cruzó hasta la silla tres largas zancadas, su ceño agudizándose mientras se sentaba. Quedó bastante precariamente encajado en el asiento.

—¿Y bien? —preguntó Brandon, dejando que su mano resbalase sobre la lisa y pulida superficie del aparato como si quisiese hacer saber a Stearns que en aquel momento el instrumento le ocupaba todo su tiempo y que le tenía bastante afecto.

—Se trata de su hija, señor —dijo el joven Stearns.

—Te referías a mi hija adoptiva —dijo Brandon, dándose cuenta de que en sus palabras se había mostrado un rastro de aspereza, lo

que no le satisfacía. No tenía nada contra Stearns, más bien experimentaba simpatía hacia él. Pero toda la mañana había sufrido una gran tensión y Stearns a veces parecía poseer energías para dar y vender, apenas un defecto para un joven de 22 años, pero tampoco un punto a su favor.

—Si usted me perdona, señor, —continuó Stearns—, nadie la cree, mentalmente hablando, su hija adoptiva. Me temo que ella tampoco. Cuando le llama a usted *papá* estoy seguro de que en la palabra no existe la menor reserva.

—Te agradezco la información —dijo Brandon—. A menudo he pensado que muchas personas adoptarían hijos si pudiesen estar seguros de que llegarían a sentir de esa manera.

—Creo que usted conoce sus sentimientos, señor. Y no me engaña al fingir que la noticia es nueva para usted.

Brandon descubrió que ya no tenía que forcejear por impedir que se mostrase dureza en su voz.

—Bueno… es bastante confortador ver algo así confirmado por una desinteresada tercera parte —afirmó.

—No soy desinteresado, por desgracia —dijo Stearns—. Estoy muy enamorado de su hija.

—No voy a pretender que esto me venga de nuevas —contestó Brandon sonriendo—. ¿Pero por qué has dicho *por desgracia*?

—Porque ella no me corresponde, señor.

—Comprendo. Me temo que eso tampoco sea nuevo para mí. Está enamorada de un hombre que la dobla en edad y ni tú ni yo podemos hacer nada por evitarlo. El hecho es que él se encuentra a muchos millones de kilómetros de distancia, aunque tampoco eso sirva para producir la menor diferencia.

—No puedo creer que ella esté realmente enamorada de él —dijo con rapidez Stearns—. Es sólo una clase de… bueno, idealización de colegiala. Debe recordar que ese hombre ha sido su maestro desde que ella era una niñita… de 7 años cuando comenzaron las lecciones por televisión. Y nada ha ocurrido en todos los años en que él ha sido su maestro que sirva para desilusionarla. Es muy difícil sobreponerse a esa clase de idealización.

—Lo sé —contestó Brandon—. Él la ha visto crecer y convertirse en una damita radiantemente hermosa. Y ella te ha contemplado

hacerse más sabio y más maravilloso año por año. Él guio sus pensamientos a través de todo este tiempo como ni siquiera yo logré hacer. Es más poeta que yo, aun cuando se supone que sea un simple maestro de historia. Ha hecho que esta historia cobrase vida para ella, en toda su paganía y esplendor.

—Ha hecho que muchísimas otras cosas cobren vida para ella —admitió Stearns—. Las puestas de sol en la Tierra que ella no ha visto jamás, el mar y el firmamento y la luna llena brillando sobre los campos de grano dorado. Marte puede incluso ser más bonito en otro estilo, pero para una chica que no puede recordar la Tierra…

—Lo sé —dijo Brandon—. Puedes verlo en la pantalla a todo color, pero se necesitan las palabras de un maestro inspirado para que eso parezca completamente real. También las ciudades, claro… París y Londres y Nueva York. Él la ha guiado con sabiduría, con una rara clase de sensibilidad.

—Parece sentir usted un gran respeto y admiración hacia él —afirmó Stearns.

—Naturalmente —contestó Brandon, asintiendo—. ¿Y tú no?

—Supongo que sí —admitió Stearns—. Pero no puedo evitar odiarle también. Oh, sé que es una mala nota en mi contra. Nada tengo en absoluto contra él, en realidad. Pero un hombre enamorado es injusto e irrazonable.

—No es preciso que te sientas culpable acerca de eso —dijo Brandon—. Si yo estuviese en tu caso, me sentiría colérico y rencoroso. Las circunstancias le han dado una ventaja que te parece poco limpia. Sientes que podrías haber ganado la batalla si esta se hubiese celebrado en condiciones más igualadas. ¿Pero no te olvidas que también tienes tú ciertas ventajas? Estás en Marte y él en la Tierra. Puedes verla y hablarla cada día.

—También él —afirmó Stearns.

—Pero no de la misma manera. Tú puedes tender el brazo y cogerla la mano.

—Ella no quiere que yo extienda el brazo ni que la coja la mano —dijo Stearns—. Me detiene cada vez que intento decirla lo mucho que…

Stearns guardó silencio, una expresión de desesperación apareciendo en sus ojos.

—Voy a decirte algo que quizás te cause sorpresa —dijo

Brandon—. El hecho de que él la doble la edad no me molesta en absoluto. La edad no es tan importante cuando dos personas están muy enamoradas y tienen todavía muchos años por delante. Pero él se encuentra en la Tierra y ella en Marte. Eso es lo que me molesta. Y comienza también a molestarla a ella.

—Precisamente por ese motivo quería hablarle —dijo Stearns—. Estoy muy interesado, seriamente interesado por ella. La muchacha se encierra en su habitación y no quiere hablarme siquiera a veces. No quiere hablar con nadie. Pero estoy seguro de que usted sabe que se encuentra atormentada interiormente. Nadie está en mejor situación para saber…

—Sí… su cambio me ha preocupado mucho —dijo Brandon—. Ha preocupado a mi esposa. Cuando está con nosotros trata con ahínco de fingir que no siente la menor preocupación, pero estamos demasiado familiarizados con ella y su carácter para no poder ver a través de su fingimiento.

—Estoy seguro de que nadie la comprende mejor —afirmó Stearns—. Pero sin embargo… me pregunto si se da cuenta usted de lo cerca que puede estar del punto de ruptura. Si fuese simplemente desgraciada yo no estaría tan interesado por ella, porque es la clase de chica que puede aguantar una gran cantidad de infelicidad sin perder la compostura. Pero la cosa es mucho más profunda. La he vigilado, la he estudiado con atención durante las pasadas semanas. Cuando pensó que la Estación podía regresar a la Tierra se sintió tan aliviada que incluso… bueno, me besó, señor. Me rodeó con los brazos y me dijo que yo era el mejor amigo que había tenido y que me echaría de menos terriblemente, porque estaba segura de que nunca me satisfaría permanecer en la Tierra durante mucho tiempo. En cuanto para sí, se quedaría en el planeta patrio hasta que las estrellas se desplomasen del firmamento.

»Durante un momento sentí como si ella pudiese realmente… bueno, como si sintiese algo de interés por mí. Pero desperté con suficiente rapidez. Pensaba en él incluso cuando me besaba. De hecho, por eso me besó.

—Me temo que tengas razón —dijo Brandon—. Admiro tu valor al enfrentarte al hecho con sinceridad.

—Mi valor o mi falta de él ni interesan en realidad —dijo Stearns—. Lo que importa es la lucha que está tomando lugar en su

mente. Ella no puede soportar el pensamiento de que tenga que seguir amándole a través de tantos millones de kilómetros de espacio.

»Decidí que había llegado el momento de hablar de eso con usted, señor. Me parece que no se da cuenta de lo grave que es la situación. Está usted muy próximo a ella, como me ha dicho, y la muchacha sabe fingir. En ciertos aspectos es una actriz y natural… siempre lo ha sido. Dramatiza cuanto la ocurre, pero eso no significa que no se tome la vida tan en serio como las gentes que mantienen sus pensamientos y emociones para sí mismos.

Brandon tuvo la sensación de que Stearns le retenía algo y profundizó la mirada de aprensión que había aparecido en sus ojos.

—¿Ha hecho o dicho algo en los últimos días que te haga pensar que me produciría una sorpresa? —preguntó—. Quiero toda la verdad… no parte de ella. Si te equivocas… si no estás seguro de cuán importante puede ser… dímelo de todas las maneras. No te acusaré de ser alarmista.

—Bueno… hubo *algo* —dijo Stearns—. Una cosa que dijo la última vez que hablé con ella. Afirmó: «Ni siquiera mi padre y mi madre se interesan mucho por si vivo o muero. Si tuviese una enfermedad grave vendrían a mí y me dirían lo terrible que sería para ellos el perderme. Me aman muchísimo. Jamás lo dudé. Pero se puede amar a alguien y no darse cuenta de que hay dos maneras de morir. Si uno muere interiormente incluso la gente que está más cerca de ti y que te ama hasta el máximo sigue fingiendo que te encuentras perfectamente bien. Se engañan a sí mismos en ese aspecto y no les parece importar. Uno continuará caminando con la misma expresión en el rostro que tenía antes… si es persona lo bastante amable que trata de ser valiente… y ellos no creerán que eres en realidad un cadáver ambulante. Sólo un cuerpo con vida… andando por los alrededores, incluso sonriendo en ocasiones, pero en el interior tan muerto como cualquier difunto».

—¿Dijo eso ella? —preguntó Brandon—. ¿Citas sus palabras exactas?

—Tan exactas como puedo recordarlas —afirmó Stearns—. Aún dijo otra cosa: «¿Acaso tiene realmente algún sentido mantener vivo el cuerpo? ¿Por qué continuar engañando a la gente que te quiere muchísimo? Sólo haces las cosas más duras para ellos cuando

finalmente despierten y comprendan la verdad y se den cuenta de cuan intencionadamente crueles se han mostrado».

Brandon apretó los labios y no dijo nada durante un instante… estaba muy seguro de haber empalidecido perceptiblemente y retrocedió con rapidez hasta las sombras que se apiñaban densas detrás del anemógrafo, para que Stearns ya no pudiese ver lo que ocurría en su cara. Era un estúpido amor propio quizás. Pero no quería que un joven de la mitad de su edad le viese tan impresionado como se sentía.

—Me parece comprender —dijo, por último—. Gracias por no reservarme nada.

—Lo que me parece que ella necesita más ahora —continuó Stearns—, es que usted la tranquilice por completo. Hay que obligarla a creer que… bueno, que no es un amor completamente desesperado. Me resulta difícil decírselo, señor… porque si nunca se reúnen, en Marte o en la Tierra, quizás haya una posibilidad para mí. Pero la amo demasiado para permanecer ciego al hecho de que hay que hacer algo inmediatamente para darla alguna cierta esperanza. De otro modo… incluso tengo miedo de preguntarme lo que podría ocurrir. Si la chica no se consigue tranquilizar…

Brandon salió a la luz otra vez y miró a Stearns con serenidad durante un momento.

—Veo que la quieres muchísimo. Ambos la queremos. Así que no finjamos que ignoramos lo que podría ocurrir si su desesperación llega hasta el punto de que no vea el menor brillo de esperanza por ninguna parte. Si tengo que mentirla… lo haré. ¿Te satisface eso?

—Sí, señor. Si desea que le diga algo…

—Yo me encargo del caso —dijo Brandon—. Espero que mis hombros sean lo bastante amplios para darla la clase de apoyo que va a necesitar. Es una chica difícil, esta hija mía. Más difícil de lo que tú podrías imaginarte. Ahora te estaré agradecido si me dejas solo. Necesito pensar mucho.

Cuando el panel de la puerta se hubo cerrado tras Stearns, Brandon permaneció muy quieto durante un momento, su mano apoyada en la parte superior del anemógrafo y sus ojos fijos en el vacío. Luego los músculos de su mandíbula se apretaron, extendió el brazo y descolgó el más próximo de los pequeños paneles de instrumento, correspondiente a uno de los discos de comunicaciones

internos de la Estación.

Hizo girar el disco con el pulgar, el rostro muy serio. Se oyó un débil zumbido, se llevó el disco a la oreja y aguardó.

—Goulert —dijo una voz—. Sección Familiar T 7.

—Hola, León —contestó Brandon—. Quiero que compruebes algo para mí. ¿Acaso ha salido sola mi hija durante la pasada semana? Me refiero al exterior. Consulta la Sección de Registro y llámame.

—No es preciso que lo haga, señor —dijo Goulert—. Iba precisamente a llamarle. Su hija salió a primeras horas de la mañana y todavía no ha vuelto —había una inconfundible nota de interés en la voz procedente de la Sección T 7—. No creo que haya que alarmarse, señor —añadió con rapidez, y un intento de tranquilizar que comportaba poquísima convicción—. Permaneció fuera durante seis horas en otras ocasiones, como usted sabe. Me dijo… supongo que no debería repetirlo… que sentía que usted se excedía en la rigidez al no permitirle salir sola. En esta ocasión lleva fuera siete horas, señor, pero cuando usted recuerde…

—¡Siete horas! —Brandon casi gritó las palabras—. ¿Por qué no me llamaste antes? ¿Dónde está mi esposa? ¿No lo sabe? ¿Ha salido también?

—Sí, señor. Hace unas dos horas. Pude ver que estaba algo preocupada. Pero me pidió que no le dijese nada de eso hasta que se pusiese en contacto conmigo desde el exterior. Se llevó consigo un televisor portátil, señor.

—¡Al transcurrir media hora sin ninguna llamada debiste avisarme! —dijo Brandon, su voz trémula de cólera.

—Lo siento, señor. Tiene usted razón, claro. Pero me dijo que podía tardar algún tiempo en encontrar a su hija y que comprendiese que no quería preocuparle cuando probablemente no había motivo para que usted se alarmara.

—¡Has hablado con mi mujer con bastante frecuencia para conocerla bien! —exclamó Brandon—. Iría hasta cualquier parte por ahorrarme que supiese qué tensión ha estado sufriendo, para no aumentar la mía. Si la gente utilizase la cabeza con más…

—Lo siento, señor —repitió Goulert.

—No podía estar más preocupado que lo que me hallo en estos momentos —dijo Brandon—. ¿Dónde *crees* que puede haber ido mi

hija?

—Probablemente al macizo de rocas —dijo Goulert—. Una vez me habló de que le recordaba Stonehenge. Claro que no es tan grande y se trata ciertamente de una formación natural, caso contrario de Stonehenge. Stonehenge ocupa una zona de varios miles de metros y cuando uno se planta en la llanura de Salisbury, en Wiltshire, mirando hacia arriba siente como si se hallase en otro mundo. He estado allí un par de veces, señor, y creo conocer cómo siente su hija. En la zona parece notarse una presencia invisible. Si los druidas lo construyeron, como se cree, debían haber sabido el medio de aproximarse muchísimo a lo Desconocido.

—Demasiado —dijo Brandon—. Lo que tratas de decirme es que ella es en exceso imaginativa y que pasa mucho tiempo pensando. Cuando uno se encuentra a solas en el desierto, la soledad puede ser opresiva. ¿No se te ha ocurrido que yo podría preocuparme por eso también, si ella permanecía fuera demasiado tiempo?

Brandon cortó la comunicación sin esperar a que Goulert replicase.

XII

Brandon estaba en pie en la base de la Estación, precisamente al exterior de la escotilla todavía vibrante, y alzó la vista para mirar la masa ingente del artefacto. Estaba inmóvil, con una especie monstruosa de solidez, pero había ocasiones en que uno podía imaginársela desplomándose y enterrándole a muchos pies de profundidad en un océano de arena.

¿Qué ocurriría si empezaba a vibrar? ¿Qué pasaría si algún súbito desplazamiento de las formaciones rocosas de debajo de la arena, fenómeno no desconocido de la Tierra, la hiciese oscilar, provocando su caída? ¿Cómo podía estarse absolutamente seguro de que tales cataclismos geográficos eran un suceso poco frecuente en Marte? El cielo jamás se llenaba de grandes masas de nubes de cenizas volcánicas, bloqueando la luz del sol, y las estructuras no se desplomaban y se precipitaban a un abismo tal y como ocurría en las regiones terrestres en donde los volcanes estaban en actividad.

Pero Marte era lo más opuesto que existe a un mundo muerto, a pesar de la ausencia de actividad volcánica. Todos los materiales básicos de la vida estaban presentes en el suelo, incluyendo desparramadas bolsas de humedad, y el cielo a menudo se llenaba con deshilachadas y rápidas nubes.

Humedad, calor… a mediodía la temperatura a menudo superaba la de niveles tropicales… ricos depósitos minerales y una abundancia de sol habían proporcionado al planeta una extensión de vegetales en las zonas no desérticas, vegetación más lujosa de la que se esperaría de ordinario encontrar en un mundo en donde había tan poco oxígeno en el aire que un hombre no podía cruzar a salvo treinta metros de desierto sin llevar a la espalda un cilindro con oxígeno y un mecanismo inhalador que le tapase boca y nariz.

Brandon no había salido solo de la Estación en una depresión en forma de copa en la arena que había precisamente debajo de la escotilla; labrada por ráfagas de viento que recorrían la pared metálica a su espalda, había suficiente oxígeno para permitirle respirar sin ayuda de la máscara, y hablar tranquilizador a Stearns, aun cuando tenía que levantar un poco su voz para hacerse oír por encima del tamborilear de la arena.

—La encontraremos —dijo—. Sabemos exactamente donde buscar y no tendremos que ir registrando kilómetros y kilómetros. Es muy posible que Helen la haya encontrado ya y que estén de vuelta a la Estación. Helen, según Goulert, hace dos horas que salió. Eso le dará suficiente tiempo para llegar hasta el macizo de rocas y regresar… Por lo menos, empezar el regreso…

—¿Pero qué hay si ella no fue en esta ocasión al macizo de rocas, señor? —preguntó Stearns—. No podemos estar seguros de que no se ha ido a vagar por el desierto al azar. Fácilmente se podía haber perdido, puesto que no se ha llevado transmisor alguno.

—Va al macizo de rocas siempre y cuando desea estar sola —afirmó Brandon—. Hay algo en esas grandes losas de piedra alzadas, puestas en círculo, que recuerdan a Goulert Stonehenge y estoy seguro de que es el máximo culpable de la mórbida fascinación que el lugar parece tener para mi hija. Ella me dijo una vez que jamás había conocido a nadie tan imaginativo como Goulert. Él la ha convencido de que el macizo de rocas puede acercarla a las fuerzas elementales de la naturaleza. Quizá tiene razón, pero creo que a mi hija no le hace ningún bien el ir hasta allí.

—Será mejor que emprendamos la marcha, señor —dijo Stearns.

Brandon asintió y los dos hombres salieron de la sombra de la Estación y empezaron a avanzar cruzando la llanura abierta, uno junto a otro, hasta que Brandon se quedó algo retrasado para despejar un pequeño calambre que sufría en los músculos del hombro.

Los músculos del hombro de Brandon comenzaron a dolerle un poco por la tensión de moverse tan rápidamente por la llanura luchando contra el chorro de arena y el continuo abofetear del viento. La mayor parte de la arena estaba apisonada y firme en el suelo, pero de trecho en trecho el viento amontonaba partículas

arenosas en forma de dunas y si hubiese pisoteado con pesadas botas un banco de nieve en la Tierra no se habría visto obligado a despejarse un camino con tanto vigor como le ocurría allí. Era preciso abrirse camino hacia adelante y a veces sus botas de gravedad se hundían en la arena casi hasta la rodilla.

El desierto era muy llano y podía vérsele en todas direcciones durante kilómetros y kilómetros. Pero aunque no había colinas y valles, ni formaciones rocosas sobresaliendo del suelo, la llanura estaba salpicada con muchas profundas hondonadas en forma de copa, similares a aquella en qué él y Stearns descendieron al bajar de la Estación.

Habían cubierto un poco más de dos kilómetros cuando Brandon se detuvo bruscamente, haciendo un gesto a Stearns, que marchaba por un montón de arena a unos treinta metros a su izquierda, y señaló hacia el mayor hoyo que hasta ahora habían encontrado. Luego indicó su máscara de oxígeno y continuó hacia él. Se detuvo un instante en el borde para mirar a lo hondo y reajustó el cilindro a su espalda hasta que descansó más cómodamente entre las paletillas.

Haciendo un nuevo gesto a Stearns, se inclinó hacia atrás y descendió despacio, manteniendo los brazos ligeramente alzados para conservar un equilibrio precario hasta llegar al fondo.

Aguardó hasta ver a Stearns descendiendo antes de quitarse su máscara y respiró con precaución. Le costó todo un minuto decidir que había bastante oxígeno embolsado en la hoya para permitirle mantener la máscara en la mano sin correr riesgos de sofocación.

Stearns siguió el ejemplo de Brandon, descendiendo despacio y quitándose la máscara de oxígeno nada más que las suelas onduladas de sus botas de gravedad quedaron firmemente plantadas en la base sólida de arena apisonada, al de una pared tan escarpada que casi parecía vertical.

Miró a Brandon, sonriendo con algo de malicia y sin la menor ironía.

—Debió tener usted muchas ganas de hablarme, señor —dijo, sus ojos recorriendo las cuatro paredes de la hondonada de unos veinte metros de profundidad.

—Sí —asintió Brandon—. Lo he pensado bastante, de hecho, antes de que te hiciese el gesto. Habremos perdido sólo unos pocos

minutos y hay algo que quiero discutir contigo. Resulta bastante difícil de explicar… Pero no estoy tan seguro como lo estaba cuando salimos, de que encontraremos a mi hija en el macizo rocoso. Y, naturalmente, me preocupo también por mi esposa. Quizá… sería mejor que nos separásemos. Yo podría ir al macizo y tú describir un círculo en torno al desierto y buscar en más de una dirección. ¿Qué te parece?

—Creo que tiene mucha sensatez, señor —replicó Stearns—. Esperaba que pudiéramos encontrar algunas huellas. Pero raras veces duran lo bastante cuando hay soplando un viento como ahora…

—De acuerdo —dijo Brandon—. Asunto resuelto. Una cosa más. Cada media hora, poco más o menos, será mejor que establezcas contacto conmigo con tu transmisor. Cuando estamos juntos los dos instrumentos se acoplan de tal manera que no se puede ni pensar… ni mucho menos comunicar; Pero en cuanto estemos seis o siete kilómetros separados, la transmisión será clara como el cristal. Helen dijo a Goulert que esperase hasta que tuviese noticias de ella antes de informarme de que mi hija había salido y no había regresado. Estoy seguro de que tratará con ahínco de enviarle un mensaje… si no lo ha hecho ya. Será mejor que nos mantengamos también en contacto con la Estación a intervalos frecuentes, para no extralimitarnos del margen de seguridad.

Stearns asintió y se volvió a colocar la máscara, iniciando la ascensión por la casi vertical pared de arena que tenía enfrente.

—Ve tú primero —dijo Brandon—. Ten ahora cuidado. Clava las botas en la arena mientras asciendas, pero no demasiado profundamente. Y no trates de salir con demasiada rapidez.

Se encasquetó la máscara y retrocedió para dejar a Stearns espacio en el que maniobrar.

Stearns se aproximó a la pared y metió la punta de una bota en la arena, levantando su pie derecho ligeramente más alto y ascendiendo despacio, escalón por escalón, paso por paso. Brandon aguardó hasta que estuvo casi en lo alto antes de seguirle.

Stearns estaba a menos de un metro de la cumbre cuando sucedió. La arena directamente bajo suyo comenzó a girar, al principio despacio, luego con mayor rapidez, hasta que casi toda la arena entre Stearns y Brandon se encontró en rápido movimiento

circular.

Brandon volvió a arrancarse su máscara de oxígeno, miró hacia arriba alarmado, girando mientras esto hacía para volver a la posición anterior en el fondo de la hoya. No le preocupaba en absoluto su propia situación, porque de inmediato se dio cuenta de que podía resbalar rápidamente hasta el fondo antes de que el levantamiento de la arena enviase una abrumadora nube de silicón en polvo cayendo sobre él. Pero sabía que Stearns corría un grandísimo peligro, porque estaba demasiado lejos de lo alto de la hondonada como para lanzarse por el borde hasta la seguridad, y la arena directamente bajo suyo estaba convirtiendo parte de la pendiente en un abismo insondable mientras giraba a su alrededor con velocidad rápidamente creciente.

Brandon jamás habría retrocedido de compartir el peligro si hubiese existido la más remota posibilidad de abreviar la distancia que le separaba antes de que la desintegración de la ladera arrastrase a Stearns profundamente en el creciente abismo. Pero no sólo llegar a tiempo hasta su amigo hubiera sido imposible; el éxito de tal intentona tampoco habría resuelto nada.

Brandon lanzó un grito de aviso mientras se dejaba resbalar hacia abajo, extendiendo del todo los codos para conservar el equilibrio. Su propia voz le asombró. Despertó fuertes ecos en la quietud, cada palabra sonando como un tiro de pistola.

—¡La ladera se desploma! ¡No forcejees demasiado! ¡Cúbrete los ojos y deja que la arena te lleve hasta abajo! ¡Llegaré hasta ti antes de que quedes enterrado!

¿Podría hacerlo?, se preguntó frenético. ¿Cuán profundo quedaría enterrado Stearns si una tonelada de arena caía sobre él antes de que la ladera al desplomarse le transportase al fondo de la hoya?

Al instante en que Brandon llegó a la base de la ladera se arrastró cruzando la hondonada hasta su pared opuesta, sin detenerse para ponerse en pie. Precisamente cuando llegaba a la pared una avalancha de arena descendía, llenando la hoya con una sofocante nube de polvo mientras se desplomaba y crecía rápidamente hasta formar un montón de dos metros y medio de altura.

El montículo cambiaba de forma mientras la arena continuaba

apilándose, haciéndose más amplio en su base. La arena salió despedida como si fuese el agua de un geiser, salpicando a través de la hondonada y extendiéndose en todas direcciones. Se alzó rociando, como una hoja de agua creciente azotada por la galerna, hasta que llegó a la altura de la cintura de Brandon. Pero no creció más como para barrer hacia la pared y se detuvo precisamente en donde Brandon estaba agazapado.

La avalancha había llenado la hoya con un rugiente sonido. Pero al cabo de un momento la hondonada quedó en silencio, excepto por un débil crepitar como si cayese una lluvia ligera.

Brandon se puso en pie, tambaleándose un poco, convulso por espasmos de tos. La máscara de oxígeno protegía su cara de la hiriente arena, pero no había podido ponérsela a tiempo de impedir que sus pulmones tragasen parte de ella y notaba ahora la garganta como si la tuviese en carne viva.

Miró a la otra parte de la hoya, por entre el polvo cada vez más fino que se aposentaba lentamente, un ceño de presagio por la catástrofe dominándole. El montículo resultaba brumosamente visible a través del polvo y no detectaba movimiento alguno desde su base a la cumbre. No sólo Stearns estaba completamente enterrado, sino que tan gran peso de arena había caído sobre él, que Brandon no tenía medio de asegurarse de que seguía vivo o que se habría ahogado antes de poder extraerle.

Pero Brandon se daba cuenta de que no había tiempo que perder, que tenía que empezar en seguida a excavar. Sin embargo, aun en un mínimo instante, experimentó una parálisis de voluntad que le mantuvo inmóvil. Sabía que estaba provocada por la sorpresa, que era una experiencia familiar a cualquiera. Pero eso no le impidió reprocharse a sí mismo haber perdido unos preciosos segundos cuando la parálisis fue destrozada por una urgencia que le impulsó hacia el montículo con la imagen en la mente de un hombre forcejeando desesperado, tosiendo, sofocado, su rostro convertido en una máscara de agonía mientras daba zarpazos a la arena que le estaba aniquilando.

¿A qué profundidad quedaría enterrado Stearns? ¿Podría un hombre ser extraído de debajo de más de una tonelada de arena utilizando sólo las manos como pala e impulsando su cuerpo hacia arriba? ¿Acaso la arena bajo suyo no cedería mientras forcejeaba,

impidiéndole el menor progreso, o hundiéndole todavía más profundamente? Brandon lo ignoraba y no podría ganar nada tratando de resolver tanta tortura e incertidumbre. De una cosa podía estar completamente seguro. Tenía que excavar y excavar deprisa, con todas sus fuerzas, aun cuando eso significase excavar al azar.

Sólo ascender hasta lo alto del montículo hizo que el corazón de Brandon zozobrase, porque no tenía nada firme a lo que aferrarse y por dos veces antes de llegar a la cumbre se tambaleó y cayó varios metros. Lo intentó de nuevo y en esta ocasión llegó a lo alto sin hundirse, sólo para aferrarse a una sensación de profunda desesperanza.

Únicamente cuando se arrastró a mitad de camino cruzando la cumbre y empezó a excavar se dio cuenta de lo imposible que era apartar más de unas pocas paladas de arena y llegar a cualquier profundidad utilizando las manos. No tenía pala con la que medir el trabajo, pero pudo ver al cabo de todo un minuto de frenético hurgar que la arena que crecía en pequeños montículos a derecha e izquierda suya no habría llenado la capacidad de cuatro cubos.

Sin embargo no se atrevía dejar de excavar, ni siquiera por unos pocos segundos. ¿Cuánto tiempo podía sobrevivir un hombre, enterrado bajo una tonelada de arena? ¿Podría respirar? Quizá… si no estaba muy hondo. La arena acababa de caer y no estaba seguro de que se encontrase apisonada con solidez como la que había en el fondo de la hoya, o como la arena de encima en el desierto abierto. Incluso podría haber unas cuantas brechas en el montículo que no se hubiesen llenado por completo. Si Stearns se negaba a abandonar la esperanza y empujaba vigorosamente con sus codos…

Brandon dejó de excavar bruscamente. La sorpresa podía obligar a la mente humana a hacer cosas extrañas, lo que le había ocurrido a él, haciéndole preguntarse por qué se estaba comportando como un estúpido que también fuese a la vez loco. Acababa de olvidarse por entero de que Stearns se había puesto su máscara de oxígeno antes de ascender por la ladera y que debía estar todavía llevándola.

Durante un momento una gran oleada de alivio le recorrió, pero fue de corta duración. Con la máxima facilidad la avalancha podía haber arrancado la máscara del rostro de Stearns o destrozado por

completo el aparato respiratorio. Si el simple tubo se doblaba y se atascaba con el polvo, el oxígeno del cilindro igual podría ser gas metano o vapor bajo presión.

Sin embargo… Stearns ahora tenía más posibilidades. El caso no era tan desesperanzado como parecía al principio y Brandon se animó por eso y comenzó otra vez a excavar, con el furioso vigor que sólo la esperanza puede engendrar.

Excavó sin parar durante diez minutos y los montículos de arena a ambos lados de la excavación se hicieron mucho más altos y habrían llenado más de treinta cubos de capacidad. Comprendió que habría sido un error calcular cuánto progreso podía realizar un hombre con sólo sus manos si se ponía a excavar en la arena blanda con bastante tiempo a su disposición. Era algo que cualquier chico aficionado a construir castillos de arena en la playa le podía haber dicho, pero en Marte no habían playas y los treinta y ocho niños de la Estación jamás habían correteado a lo largo de las costas de la Tierra en la bajamar, con el sol y el viento alborotándoles el pelo. Y en aquel momento, la propia infancia dé Brandon parecía muy lejana y si hubiese tratado de recordar los cubos de colores brillantes que había vaciado y llenado tantísimas veces a la edad de siete años, mientras las hermosas fortificaciones se levantaban cera del borde de las olas, muralla tras muralla y con las gaviotas dando vueltas por encima de su cabeza… Pero no podía. Además, la voluntad de un chico era peor que la voluntad del viento, cosa que debió pensar y ponerse todavía más furioso que lo estuviera un momento antes, cuando la sorpresa le impidió recordar que Stearns llevaba su máscara de oxígeno en el momento de producirse el accidente.

Cuando llevaba doce minutos de excavación miró a la boca abierta del pozo a sus pies… había ascendido en él y descendido de nuevo media docena de veces… y una expresión de asombro apareció en sus ojos. Luego cometió el error de recordar precisamente el *por qué* estaba excavando y una sensación de desesperanza volvió a dominarle.

Pero en esta ocasión era una desesperanza suave, como la que experimentaría un hombre cuando se enfrenta con lo que podía convertirse en una tarea casi irrealizable. Era el trabajo en sí lo que le producía desesperanza y no las posibilidades de Stearns de salir

del montículo vivo. Si Stearns continuaba llevando su máscara, podría permanecer enterrado una hora y seguir respirando. Durante diecisiete horas, de hecho, el sólo aspirar de cuando en cuando podría mantener a un hombre vivo bajo una tonelada de arena caída, o con una tempestad de polvo estallando a su alrededor y con la fría noche marciana cubriendo las paredes de la hondonada con una débil capa de hielo.

Brandon, de pronto, comprendió que se había estado engañando en cuanto a la posibilidad de completar en pocos minutos una operación de rescate de tal magnitud, con las manos desnudas y carente de ayuda. Sin saber cuánta arena había caído sobre Stearns para excavar en línea recta desde la cumbre del montículo con la esperanza de llegar a él rápidamente, como máximo, la cosa resultaba un juego de azar. Podría estar enterrado en alguna parte del montículo y éste era casi tan ancho como alto.

Sólo el miedo de Brandon de que la avalancha pudiese haber arrancado la máscara del rostro de Stearns le había mantenido aún ahondando. Pero sin la clase de excavación adecuada, ni el equipo, era muy infantil que pudiese despejar la arena en una extensión lo bastante amplia como para lograr algo en absoluto. Sólo un débil agitarse de movimiento profundo en el montículo le habría servido de guía hacia donde estaba Stearns enterrado, si es que apartaba la suficiente arena con las manos. Pero incluso habría sido un azar y podría haber estado excavando durante toda una hora.

Era un error que con dificultades se pudo evitar, porque su única idea había sido llegar hasta Stearns lo más rápido posible y antes de que fuese demasiado tarde. Pero debió dejar de cavar en el instante en que recordó que Stearns llevaba su máscara de oxígeno y regresar a la estación en busca de ayuda.

Tenía por lo menos una cosa a la que estar agradecido por mala que fuese la sorpresa y la incertidumbre, esto ya no le impedía pensar claramente y sopesar los riesgos de una manera realista. Con suerte, aún podía regresar a la Estación y volver con la clase de equipo de excavación adecuado en menos de una hora. Era la única alternativa que tenía sentido, porque el factor tiempo era menos importante de lo que una máquina excavadora con dial localizador podía realizar si una media docena de hombres la atendía para mantenerla funcionando a plena eficiencia. La posición exacta de

Stearns en el montículo podría ser localizada instantáneamente y perforar un túnel a través de la arena hasta el lugar indicado por el dial en cuestión de minutos.

Sólo había una cosa de la que Brandon estaba todavía algo inseguro. ¿Precisamente cuánto tiempo le había costado llegar hasta la hoya? ¿Quince minutos? ¿Veinte? Parecía improbable que hubiesen transcurrido más de veinte minutos entre su partida de la Estación y su llegada a la hondonada. Pero incluso si doblaba ese cálculo la Estación seguiría estando demasiado cerca para permitirle utilizar el transmisor con el que pedir ayuda. A tan escasa distancia cualquier mensaje que tratase de enviar quedaría distorsionado por la interferencia estática que penetraría por el instrumento receptor como una secuencia prolongada de gritos y silbidos.

Durante un momento pensó en probarlo de cualquier forma, para asegurarse por completo; luego decidió que sería desperdiciar minutos demasiado preciosos. No había la más remota posibilidad de que pudiese pasar un mensaje y tendría que regresar si quería…

Entonces oyó un sonido débil, un rumor, como si la arena de la hondonada volviese otra vez a girar en redondo por causa del viento. Bruscamente se incorporó y miró a su alrededor. La arena no parecía moverse y estaba seguro de que el sonido no venía de lo más profundo del montículo. Procedía de alguna parte por encima suyo y cada vez sonaba más fuerte.

La arena a su alrededor se veía más oscura, como si el sol hubiese pasado tras una nube y precisamente cuando ocurrió eso el sonido quedó apagado por un grito que despertó ecos en la quietud, al igual que un disparo de pistola.

Brandon alzó la vista. Los hombres que estaban plantados en la cima de la hoya, agrupados en círculo en torno a la desplomada arena, parecían como insectos agitando sus antenas al sol marciano, dándole este a su espalda y cerniéndose por encima de ellos un sombre gigante que bloqueaba dos tercios del firmamento. La sombra a su vez arrojaba otra sombra, duplicado de sí misma, que bailoteaba y se agitaba en la pared opuesta a la hoya como el esqueleto de un gigante de diez metros de altura.

Eran siete hombres en total y tres se dejaron resbalar por la pendiente mientras Brandon les miraba con asombrada incredulidad, balanceándose y manteniendo el equilibrio al

extender los brazos y llenando la mayor parte de la hoya con ascendentes espirales de polvo.

Goulert fue el primero en ascender al montículo y llegar al lado de Brandon. Se había quitado la máscara de oxígeno para gritarle y aun la tenía en la mano.

—No nos llevará mucho tiempo sacarle —dijo—. Está enterrado a unos dos metros y medio de profundidad, dijo su hija. Y estas hoyas del desierto tienen un modo de hundirse así cuando sopla un viento fuerte. Usted también pudo quedar enterrado, señor, y sin su máscara de oxígeno. Ella dijo que se la acababa de quitar poco antes de…

Brandon no le dio tiempo de terminar. Tan violenta fue la sorpresa emocional de sentirse enfrentado a una amenaza contra su cordura, que sus dedos se apretaron automáticamente en torno al brazo de Goulert, haciéndole parpadear y retroceder un paso.

—¿Cómo ha podido saberlo mi hija? —preguntó con una expresión de incertidumbre en sus ojos—. No estaba aquí. No la encontré.

—Sé que no la encontró, señor —dijo Goulert—. Su esposa la halló. Ambas se encuentran bien, señor.

—Pero ella no pudo saberlo a menos que… —Brandon se quedó muy inmóvil, como si sus pensamientos de pronto hubiesen dado un giro tan asombroso que únicamente le permitían mirar con fijeza y aguardar a que Goulert prosiguiera.

—Clarividencia, señor —dijo Goulert—. Tuvo que ser eso. Ella les vio a usted y a Stearns poco antes y después de que se produjese el desplome.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Brandon con voz dura por el interés.

—A salvo, en la Estación. No se preocupe, señor… se encuentra muy bien. Llegamos aquí tan rápidamente como pudimos, porque nos dijo que Stearns recibió un golpe en la cabeza debido a una piedra y apenas está consciente. Lleva la máscara puesta y sigue respirando. Pero tenemos que sacarle deprisa.

—¿Trajisteis una excavadora?

Goulert asintió, señalando hacia la sombra gigante que se cernía encima de ellos.

—Ya empiezan a bajarla —dijo—. No tardará mucho.

Brandon miró hacia lo alto, parpadeando al recibir la luz del sol. Los dos hombres que habían bajado al hoyo junto con Goulert estaban haciendo gestos con las manos a los cuatro que permanecían en la parte superior y un cable brillante metálico descendía despacio, oscilando arriba y abajo mientras bajaba hacia el montículo. La sombra comenzaba a inclinarse un poquito y su armazón metálico se hacía visible, con tres cables más sujetos a él.

—De acuerdo —dijo Brandon—. Encárgate de todo y procura que no cometan errores. Yo subiré y volveré. La tensión…

—No se preocupe, señor —dijo Goulert tranquilizador—. Perforaremos hasta llegar a él. Será ahora cuestión de minutos… quince como máximo.

Era un cálculo ligeramente optimista, porque necesitaron dieciocho minutos y medio para bajar la excavadora hasta el fondo de la hoya, ajustar el dial localizador y crear un túnel a través de la arena hasta donde estaba Stearns enterrado.

Para Brandon la espera fue casi insoportable. Caminó arriba y abajo en desesperada impaciencia, medio ensordecido por el estrépito de la máquina, sus ojos fijamente clavados en el pequeño túnel circular que alcanzó dos metros y medio de profundidad antes de que el taladro se detuviera.

Fue Goulert quien sacó a Stearns y le colocó sobre la arena. La máscara de oxígeno seguía firmemente en su lugar, pero el rostro de Stearns carecía de todo color y su cuerpo quedaba desmadejado de tal manera que por un instante un terrible presentimiento se apoderó de Brandon. Goulert murmuró algo que no pudo captar y empezó a trabajar en Stearns sin decir palabra, alzándole ambos brazos y bajándoselos poco a poco otra vez.

Al cabo de un momento la boca de Stearns se movió y un gemido salió de su garganta. Abrió los ojos, luego los cerró como si sintiese dolor, mientras Goulert pasaba un brazo por debajo de su hombro y le colocaba en posición sentada.

Poco a poco el color volvió a la cara de Stearns y la máscara de oxígeno vibró con su respirar.

Goulert aguardó un momento, luego le quitó la máscara y le soltó las ligaduras que le mantenían firme. Brandon avanzó rápidamente, colocándose al costado de Goulert.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó cogiendo con firmeza el

brazo de Stearns.

—No demasiado bien —jadeó Stearns—. Debí desmayarme. La arena comenzaba a deslizarse por debajo de mí…

—Has pasado un mal momento —dijo Brandon—. No trates de levantarte. Permanece quieto hasta que se te pase el mareo y se te aclare la cabeza. No queremos que vuelvas a desmayarte.

Brandon de pronto se vio barrido por emociones que eran tan elementales como el viento que estaba todavía soplando a ráfagas a través de la hoya, haciendo que la arena girase atorbellinada por todo su alrededor. Una sensación de extrañeza cayó sobre él, una sensación casi de enajenación.

Era como si se encontrase sólo en Marte, un hombre luchando contra los elementos de un mundo desconocido… un hombre contra una nueva especie de desierto salvaje. Y en cierto modo el desafío que comportó tal sensación era tremendamente animador.

De todas las incertidumbres, las dudas que le habían perseguido durante años como a su propia identidad, incluso el modo en que la enormidad del universo misterioso parecía reducir a un hombre a la insignificancia, se disolvieron como las sombras de la noche cuando el alba acaba de romper.

Quizás el hecho de que no había estado completamente sólo tenía algo que ver. Había participado y compartido un intento de rescate de un hombre desde los azares de un medio ambiente peligroso y casi totalmente inexplorado, quien, como él mismo, tenía que luchar por la supervivencia contra las posibilidades que ponían a prueba lo más valioso de su coraje, la confianza en sí mismo y su capacidad para el sufrimiento.

Había participado en una abrumadora clase de comprensión cooperativa, porque cada uno de los hombres de la hondonada estaba tan sólo como él en las fronteras de lo desconocido y enfrentábase a la misma clase de desafío con un desierto nada familiar que no servía en absoluto como guía. Eran todos únicamente navegantes en un mar sin mapas, un mar de arena que en cualquier momento podía ser azotado por una tempestad tan violenta y furiosa que no tendrían posibilidad en absoluto para la supervivencia.

En su propia mente cada uno de los hombres de la hoya podía, con dificultades, haber dejado de experimentar una terrible

sensación de aislamiento, aun cuando estuviese de pie, hombro con hombro con sus compañeros, a un nivel familiar de camaradería.

La individualidad humana no puede sufrir mayores pruebas bajo las estrellas.

Brandon de pronto se dio cuenta de que Goulert le hablaba. Se había alzado de junto a Stearns y tiraba del brazo de Brandon, como si desease llevarse a este aparte para que nadie oyese lo que quería decirle.

—No puedo darle mejor consejo —decía Goulert—. Le dejaremos que descanse un momento hasta que se le pase la impresión. Está todavía algo mareado. Pero de eso no es de lo que yo quería hablarle, señor.

Brandon asintió y caminó unos pocos pasos apartándose de la figura sentada en la arena.

—Todavía hay muchísimas preguntas que me gustaría formular —dijo, deteniéndose bruscamente—. Pero en su mayoría pueden aguardar. Lo que más me interesa es lo que concierne a mi esposa e hija.

—Lo sé, señor. Por eso quería hablarle. Ha ocurrido algo muy extraño. Su hija vagaba por el desierto y no pudo recordar como volver a la Estación. De hecho, su memoria se le quedó por completo en blanco. Se limitó a vagar al azar. Ni siquiera sabía que se encontraba en Marte. El desierto se transformó en una extensión de arena vacía y sin significado, no distinto de cualquier desierto en la Tierra. Dice que fue una clase de experiencia emocional azoradora y completamente nueva, como si lo que le rodease de pronto hubiese perdido toda su importancia. Le parecía, según afirmó, que su consciencia se expandía.

—¿Expandirse? —Una expresión de alarma apareció en los ojos de Brandon—. ¿Explicó con exactitud lo que quería decir con esa palabra?

—Me temo que no demasiado precisamente, señor. Su esposa la encontró vagando sin rumbo a unos veintiocho kilómetros de la Estación y la trajo. Se encuentra bien ahora… excepto que ha recibido una gran conmoción y tiene un poco de fiebre. Ha recuperado la memoria por completo. Todo ocurrió poco antes de que tuviese la visión clarividente de usted y de Stearns en el derrumbamiento, señor. Creo que fue esa visión y no la pérdida de

memoria y lo que ocurrió en el desierto lo que la causó mayor impresión.

—¿Qué pasó en el desierto? Indicas que hubo algo más… —Se encontró Brandon de pronto incapaz de proseguir.

—No… sólo la extraña manera de sentir, señor —dijo Goulert, como si se anticipase a lo que Brandon había estado a punto de preguntar—. Esa extraña expansión de la consciencia. No veía ni oía nada extraordinario, señor… sólo que tenía la sensación de que estaba viviendo en dos mundos al mismo tiempo y que era Marte el que se había convertido en remoto y casi irreal. Dijo que fue como si un velo cayese de pronto sobre su mente. A un lado no se encontraba nada excepto una amplia e inmensa zona de arena. Pero en el otro lado… a profundidades más allá de las profundidades de la luz, sintió que en esas honduras luminosas existía un gran secreto… creo que lo llamó *revelación secreta*… aguardándola y que podía aparecer en cualquier momento.

De pronto Brandon encontróse *incapaz* de hacer lo que nunca se atrevió a realizar del todo antes… mirar a la realidad mientras esta perforaba en el futuro de su hija… quizás en su mismísima vida… mirarla a la cara y no retroceder de miedo ante lo que veía.

Cogió con firmeza el brazo de Goulert.

—Está bien —dijo—. Será mejor que empecemos a regresar. Si Stearns no puede caminar, le llevaremos.

XIV

—Quiere verte —dijo Helen—. Está muy tranquila ahora. Necesita desesperadamente descanso, pero desea verte con la máxima urgencia.

—Está bien —contestó Brandon, oprimiendo la mano de su esposa—. Trataré de no fatigarla. Pero siempre ayuda hablar cuando una tiene encerrado en su interior algo que podría causar alguna herida incurable. No te preocupes… estoy seguro de que se recuperará. Ha experimentado una crisis emocional sin que esta la destrozase y hay reservas de fuerza en ella que no creí jamás que poseyera.

—A veces uno tiene que descubrir mucho valor debido a las circunstancias que le rodean —afirmó Helen—. Uno ha de sacar de sí mismo pedazos de esta energía. Pero también puede venir la energía de una oleada y ese descubrimiento es el que parece haber sufrido nuestra hija. Es bastante fácil ser valiente cuando las cosas van a las mil maravillas en lo más importante, aun cuando una de estas cosas puede ser terriblemente equívoca. Pero si tu mundo se desploma…

—Lo sé —dijo Brandon asintiendo—. El mundo entero se desplomó para ella cuando creyó que él seguiría siendo su maestro a través de tantos millones de kilómetros de espacio sin saber que podría tomarla en sus brazos y decirla lo que en cierto punto de la vida de una mujer, y también de la de un hombre, indica que todo el conocimiento encerrado en los libros es insignificante ante la realidad del amor.

—Tendrás que mentirla —insinuó Helen—. Lo sabes, ¿verdad?

Brandon tornó a asentir.

—No será fácil.

—No ha sido exactamente fácil verla crecer y cambiar año tras año, y hacer lo posible por ocupar el sitio de sus verdaderos padres —dijo Helen—. Pero lo hicimos bastante satisfactoriamente, cariño… considerando las circunstancias. Ella, claro, nunca ha podido olvidar a su verdadera madre y yo tampoco lo hubiese querido así. Pero eso siempre dificultó para mí el llegar tan cerca de ella como tú lo lograbas. Nuestra hija no recuerda a su verdadero padre y tú has sido el único a quien podía recurrir para firme tranquilidad cuando se sentía profundamente turbada. No hay substituto para un padre en la vida de una niña. No debería recordártelo. Ella es la clase de niña que no hace amistades con facilidad y las pocas personas que le están ligadas, gozan por completo de su cariño.

—Hay una convicción en la que sigo todavía muy empeñado —dijo Brandon—. Te necesita a ti más de lo que tú comprendes… especialmente ahora. No trates de negármelo.

—Ojalá estuviese segura de eso —dijo Helen.

Brandon aguardó hasta que su esposa había dado media vuelta y recorría los pocos pasos que le separaban del final del pasillo, antes de abrir el panel de la puerta del cuarto de Betty Anne y entrar.

La joven estaba sentada en la cama, evidentemente luchando por parecer tan tranquila como fuese posible, su ondulado pelo castaño formando húmedos rizos en su frente. Los ojos azules resistieron la mirada de Brandon sin vacilar mientras su padre adoptivo cruzaba la habitación para colocarse a su lado.

Brandon tomó una silla y se sentó.

—Acabo de hablar con tu madre —dijo—. Lo que me ha dicho era tranquilizador. Te *sientes* mejor, ¿verdad?

La joven le miró tranquila durante un momento antes de responder.

—No… no lo sé.

—Es una respuesta muy animadora —contestó Brandon, sonriendo—. Hace un ratito hubieses estado completamente segura. Eso significa que haces progresos.

—No trates de ahorrarme nada, papaíto, por favor —dijo Betty Anne—. No me gusta sentir que hay alguna necesidad entre nosotros de mentirnos.

—¿Entonces tú mentiste a tu madre… un poquito?

—No es mi madre y lo sabes.

—Eso me coloca en una posición bastante torpe, Betty Anne —apuntó Brandon—. Yo tampoco soy tu padre y ambos lo sabemos.

—Pero por ti siento de modo distinto, papaíto. Quiero decir… yo nunca tuve ningún otro padre. Pero sí tuve una madre…

—Comprendo —dijo Brandon, bajando los ojos—. ¿Piensas a menudo en ella?

—Muy a menudo. ¿Cómo era, papaíto? Yo tan sólo sería una niñita cuando murió y las criaturas no recuerdan demasiado bien…

—Era una mujer hermosísima —contestó Brandon.

—¿Eso es todo cuanto puedes decirme acerca de mi madre?

—Dijiste que no era necesario que nos mintiésemos entre nosotros —le recordó Brandon—. Yo estaba enamoradísimo de tu madre y si hubiese vivido habrías sido mi hijastra. Pero no hay mucha diferencia entre ser una hijastra y una hija adoptiva, ¿verdad? De todos modos, tampoco habría sido tu verdadero padre.

—Pero lo eres —dijo ella—. Yo jamás pensé en ti en otro sentido.

—Bueno… puede que haya algo de verdad en eso, supongo… si en realidad sientes que no es simplemente cuestión de herencia. Si una chiquilla no ha conocido jamás a su verdadero padre cara a cara o intercambiando con él una sola palabra, supongo que se podría decir que cualquiera que se presente podría sustituirlo por completo, desafiando toda lógica.

—Yo continuo siendo su hija, aun cuando le *hayas* sustituido —dijo Betty Anne—. Lo descubrí hoy. Hay algo que necesito saber. Nunca debiste correr un tupido velo sobre todos estos años, esperando que una gran cantidad de eso permaneciese oscura para mí. Debiste haber sabido que lo descubriría de un centenar de modos, averiguando exactamente lo que pasó cuando yo tenía siete años y millones de mujeres y hombres en la Tierra me temían tanto que el rapto de una criatura no les pareció un crimen.

Brandon apretó los labios y buena parte del color abandonó su rostro. Comenzó a hablar, luego cambió de idea y aguardó a que ella prosiguiese.

—¿Cuánto crees que sé yo? —preguntó la muchacha—. Seguro que no toda la historia, o habrías hablado de eso abiertamente en mi presencia. Y cuando fuese lo bastante mayor para comprender,

me habrías hecho partícipe por entero de tu confianza. Te conozco muy bien. Habría sido muy difícil para ti seguir engañándome… o tratando de hacerlo, a menos que sintieses que toda la verdad me haría sentir solitaria y apartada y que incluso podría haberme convertido en una desconocida para ti, en una extraña.

Brandon se humedeció los labios y la miró incrédulo. Una desconocida… sí. ¿Pero cómo pudo saberlo? ¿Cómo logró hurgar en sus pensamientos secretos y afirmar lo que nunca se atrevió por entero a admitir incluso para sí, traduciéndolo en palabras, lo que le asustaba, porque descubría una amenaza que la había atormentado a través de los años? Una amenaza que deseaba desesperadamente mantener oculta.

Sola y apartada… ¿Acaso él no temió siempre que sintiese como una proscrita y que llegase a creer que la había adoptado por compasión y que su amor era un fingimiento? Eso sólo la habría convertido en extraña para él, una criatura retirada y atormentada, recelosa de todo el mundo.

—Y bien, papaíto —preguntó ella—. ¿Es eso lo que te temías?

Brandon asintió sin hablar. Luego, de pronto, las palabras le vinieron en tropel.

—No hice el menor intento de engañarte —dijo—. Y jamás hablé de eso en tu presencia porque creí justificado guardar silencio. Las circunstancias me han ahorrado la necesidad de responder a preguntas que yo estaba seguro que harías cuando crecieses y si por mantener silencio pude impedirte que alguna vez supieras…

Dejó que las palabras se perdiesen, mirándola casi suplicante.

Pero la joven no estaba contenta al verle dejar la frase colgada.

—¿Qué circunstancias? —preguntó.

—La muerte por… histeria. Murió antes de que tuvieses tú doce años. El miedo de que heredases el don de tu padre de la clarividencia era compartido por cinco miembros del Consejo Recomendador cuando se tomó la decisión de abandonar la Estación. En parte fue responsable de esa decisión y de una buena cantidad de otras decisiones que siguieron. El Sistema Coordinador fue abolido y los nuevos miembros del Consejo se eligieron por votación popular. Una nueva clase de estructura gubernamental se estableció, como sabes, y la Autoridad del Espacio se hizo el cuerpo gobernante más poderoso de la Tierra. Todas las referencias al culto

se suprimieron rigurosamente. Las profecías de tu padre fueron sencillamente… ignoradas. ¿Sabes lo que es una no-persona?

—Sí, creo que sí —respondió Betty Anne—. Alguien que ha puesto en libertad un poder enorme que se había olvidado por entero. Incluso se prohíbe mencionar su nombre. Gradualmente todos olvidan que jamás existió.

Brandon afirmó con la cabeza.

—Parece casi increíble, pero ha ocurrido muchas veces en el pasado siglo. El nombre de una persona, su carácter, todo lo que le concierne queda totalmente borrado, enmascarado. Simplemente no se recuerda más. Es una especie de hipnosis en masa… un fenómeno que sólo puede inducirse cuando una nueva estructura gubernamental barre y limpia por completo la pizarra, utilizando todas las facilidades de propaganda a su disposición para producir una ilusión de no existencia en cuanto concierne a la no-persona. Es como si él jamás hubiese nacido.

—Pero seguramente quedará alguien que recuerde, —dijo Betty Anne—. De hecho, tiene que existir un gran movimiento subterráneo de recuerdo aunque únicamente *parezca* haberse apagado todo.

—Indudablemente existe —admitió Brandon—. Y por eso he vivido con miedo, desde que eras una niña, de que tu padre volviese a ser recordado.

—¿Pero por qué temer? —los ojos de Betty Anne de pronto aparecieron atormentados y acusadores—. ¿Acaso pretendes hacerme creer que era un criminal con ideas fanáticas y peligrosas?

Brandon negó con la cabeza.

—Jamás te mentí acerca de él —dijo—. Era un hombre extraordinario, que tuvo la desgracia de nacer en una época en que todo, especialmente los valores humanos, estaban en un estado de flujo. En cierto sentido, todo se desmoronaba y sustituía a los sólidos fundamentos que daban a la mayor parte de los hombres y de las mujeres algo sobre lo que edificar una escasa generación antes, y al ceder estos cimentos quedaba el abismo. El gran sistema de los Coordinadores gobernantes comenzaba a desmoronarse y tu padre hizo una predicción que pareció ampliar y profundizar ese abismo. Todo el mundo estaba pendiente de sus palabras aguardando otra profecía, una respuesta final a la pregunta que

cada cual se hacía en secreto, pero que pocos se atrevían a formular abiertamente. ¿Acaso la larga estancia del hombre como inquilino de la Tierra estaba a punto de llegar a su final? ¿Caería en la noche eterna y en la oscuridad o sobreviviría para llegar a las estrellas?

»Tan grandes eran los dotes de clarividencia de tu padre, que creció en torno suyo un culto misterioso que era, en ciertos aspectos, tan primitivo como la noche en la jungla. Él no tenía nada que ver con los aspectos más siniestros de ese culto, que irrumpió en facciones guerreras tan pronto como tu padre murió.

»Me temía que tú, una niña de siete años, pudieses en cierto modo heredar los dones de clarividencia de tu padre. Tu madre también era clarividente y eso parecía doblar los riesgos, según el criterio de muchos. Te convertiste en un peón en una lucha por el poder, lucha que se convirtió en amenaza para tu vida y por eso…

Brandon dudaba, como si temiese proseguir.

—Temes que si regresase a la Tierra hoy mi padre volvería a ser recordado —dijo ella, en una voz tan tranquila que Brandon comprendió de pronto que había subestimado su capacidad para anticipar lo que le había llevado a la precaución, en un esfuerzo por ahorrarla dolor, y que se enfrentaba con valor a un hecho indiscutible… que una criatura cuyo destino es único puede convertirse en mujer con la adopción de la decisión más difícil de tomar.

—El peligro sería grandísimo —dijo Brandon—. Un culto al misterio puede hacer marchar hacia atrás al reloj del progreso. Tenemos que enfrentarnos abiertamente a la verdad, a plena luz del día. Comenzaremos a hacer eso de nuevo y si regresases ahora a la Tierra…

—Lo sé —contestó Betty Anne, atajándole—. Por eso has mantenido en secreto la situación de la Estación, en secreto para la Tierra. ¿Si yo le dijese dónde estoy, crees que todos esos millones de kilómetros de espacio le impedirían venir a mí? ¿De verdad que lo crees?

Brandon sacudió la cabeza.

—Vendría. Cinco aterrizajes de cohete se han efectuado en Marte y es sólo cuestión de tiempo que localicen la Estación, aun cuando nadie en la Tierra conoce su situación exacta y quizás se necesiten varios años antes de que un tercio de la superficie del

planeta pueda ser explorada a pie. Pronto se encontrará un modo de circundar el planeta desde el aire una y otra vez, a distancia más pequeña que la trayectoria orbital de los cohetes anteriores. Ahora debe efectuarse un aterrizaje de inmediato y hemos logrado con éxito distorsionar todos los intentos hechos en el campo de las ondas cortas para localizarnos transmitiendo en continuas longitudes de ondas variables por toda una amplia zona. Nuestras emisiones de televisión enviadas a la Tierra no se pueden aislar a nivel local por las técnicas de localización, pero estamos viviendo en tiempo prestado y sólo una especie de callejón sin salida tecnológico nos ha mantenido a salvo del descubrimiento. Sin embargo, esto podría acabar mañana.

—Va a terminar mañana —dijo Betty Anne con firmeza.

Brandon permaneció muy quieto, mirándola con atención. Antes de que pudiese decir algo en respuesta, ella se apresuró a proseguir:

—Puedo saberlo perfectamente bien. Ahora podría decirte lo que él está pensando. A través de tantos millones de kilómetros de espacio la distancia que nos separa ha dejado de tener significado. Sus pensamientos más íntimos, sus pensamientos más secretos, me serían conocidos si quisiese ahondar profundamente. Pero hay invasiones de la intimidad que incluso una mujer enamorada no tiene derecho a efectuar… a menos que el hombre que ame se encuentre en peligro de inmediato, o le haya dicho que desea que todas las barreras de la más íntima clase de comunicación sean derribadas. Día vendrá en que ambos aceptaremos eso con ansiedad. Yo lo aceptaría ahora, pero no estoy segura de él. Sólo sé que he examinado profundamente y lo bastante dentro de su cerebro para conocer que nada le obligará a dejar de amarme.

Brandon apretaba los labios.

—Entonces has heredado…

Betty Anne asintió.

—El don de clarividencia de mi padre, sí. De eso estoy ahora completamente segura. Es lo que te temías, ¿verdad?… lo que has estado temiendo preguntarme, por miedo a que te mintiese al contestar… y haberte visto obligado a decirme exactamente lo que estabas pensando.

—¿También sabes eso? —preguntó Brandon.

—Claro. Puedo leer en tu mente tan claramente como leo en la

de él. Estás pensando que podías haberme prohibido algún intento de comunicarme con él de cualquier manera… telepáticamente o en una emisión de circuito cerrado. Piensas que toda la comunicación con la Tierra puede quedar rota… porque yo podría ser incapaz de mantener mi promesa, la promesa que te hiciese, si continuasen las emisiones.

—Betty Anne, yo…

—Eso es exactamente lo que piensas, ¿verdad? —preguntó ella, cortándolo en seco—. Sabes que si te hiciese una promesa me sentiría ligada por ella, porque el amor puede conducir a una especialísima clase de obediencia. Pero no vas a ser tan cruel. No vas a prohibirme que siga viéndole.

—Entonces me prometerás…

La joven sacudió la cabeza.

—Voy a decirle exactamente dónde está situada la Estación… —dijo—. En una emisión de circuito cerrado. Podría comunicarme con él telepáticamente, pero una duda pequeña y acuciante podría quedar en su cerebro y yo no deseo que se vea turbado por ninguna clase de incertidumbre. Antes de que despegue de la Tierra quiero que esté absolutamente seguro de que me encontrará cuando llegue. El largo viaje a Marte en un vuelo de dos o tres hombres, con un cohete de pequeñas dimensiones, será bastante tensión.

—¿Te das cuenta de lo que eso podría significar? —preguntó Brandon, sabiendo que estaba derrotado y que lo mejor que podría hacer era formular su protesta. El amor podía ordenar, como ella había dicho, una clase muy especial de obediencia y cortar todas las salidas.

—Lo sé —contestó la joven—. Piensas que si él rompiese el juramento de secreto, daría fin al poco tiempo que nos queda para descubrir lo que un comienzo nuevo en un mundo nuevo podía significar en términos de satisfacción humana. Puede que haya una gran revelación nueva por venir… una palabra final que todavía no se ha pronunciado. Eso es lo que mi padre parecía pensar y decir antes de morir. Y tú, que eres el único padre verdadero que conocí jamás, te aferras a la creencia, desde que yo era una niña, de que podría ser la única capaz de hablar y pronunciar tal palabra… si crecía sin miedo y compartía con todos los demás hombres y demás mujeres de la Estación un nuevo modo de vida en Marte. Pero

también has tenido el temor secreto de que el don de clarividencia de mi padre pudiese reabrir viejas heridas y causar torbellinos de terror supersticiosos para que recorriesen el mundo otra vez barriéndolo. Eso casi te hizo olvidar lo que antaño creíste con firmeza y precisamente la idea de que yo algún día pudiese heredar el don de mi padre te ha obligado a mantener silencio todos estos años.

—Sí —contestó Brandon—. Puede ser el mayor error de los que haya cometido jamás.

—En los demás aspectos confiabas en mí —dijo Betty Anne—. ¿Te sería tan difícil seguir confiando ahora, por completo?

—¿Quieres decir…?

—Creo… que vendrá la revelación —dijo ella—. Quizá no mañana… ni pasado… sino pronto. De algún modo extraño me he convertido… en una desconocida para mí misma. Tendré que conocer mejor a mi otro yo.

Una sonrisa cruzó fugaz por sus labios.

—No me parece noble pedirle que ame a dos mujeres al mismo tiempo, ¿verdad, papá? Particularmente cuando una de ellas tiene mi cara, mi pelo y mis ojos, pero que también será una extraña para él.

—Sólo durante una temporada —dijo Brandon.

—¿Crees que será capaz de amarnos a ambas, aun cuando sepa que el yo que es desconocido para él nació ayer y puede leer los pensamientos más íntimos?

También sonrió Brandon entonces, extendió el brazo y acarició la mano de su hija.

—No creo que hayas cambiado en realidad —dijo—. La mente de una criatura es un laberinto extraño, con muchos pasadizos ocultos o bloqueados. Cuando eras una niñita explorabas sólo los cuartos iluminados o soleados. Había también habitaciones más oscuras y cuartos llenos de una extraña clase de brillantez que en la plenitud del tiempo serías lo bastante madura para explorar. El don de la clarividencia puede permanecer oculto o subdesarrollado en la mente de un niño, aun cuando esto no es usual y no hace al hombre o a la mujer tan telépatas como lo era tu padre. Durante medio siglo de pruebas científicas controladas en el laboratorio se ha establecido tal afirmación más allá de toda disputa. El don incluso

aparece por primera vez en la edad madura.

—Han habido ocasiones —dijo Betty Anne—, en que noté que el mundo infantil de habitaciones escondidas estaba a punto de disolverse. Una vez, cuando tenía nueve años, me pareció estar plantada en el umbral de… una brillantez imposible. Volvió a suceder cuando tenía doce años. Tuve miedo y me retiré. Sí, mi valor me había fallado por completo… y estuve muy cerca de fracasar… hubiera corrido gritando hasta la seguridad, hasta los cuartos llenos de sol, porque era una brillantez que parecía superar a la del astro rey del mediodía.

—¿Y ya no temes tanta brillantez? —preguntó Brandon.

Betty Anne sacudió la cabeza.

—Ya no tengo miedo de quedarme ciega —dijo—. Ahora me rodea… estoy en su mismo centro. Es como… el abrirse súbito de muchísimas fuerzas, cada una llena con una serie de radiaciones que ya no me aterrorizan, aun cuando no me he aventurado muy lejos en más de dos o tres de estas habitaciones.

—¿Y tú quieres que él comparta contigo la radiación?

—Nadie podría compartirla —contestó ella.

—¿Y no crees que incluso el amor podría hacer eso posible? —preguntó Brandon—. ¿Es un sendero que debes recorrer a solas?

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Sola no, papa. La radiación sería incluso más brillante si él caminase a mi lado. De eso estoy segura. Pero hay milagros que no se pueden compartir.

Brandon asintió y guardó silencio durante un instante. Luego dijo:

—Está bien. Háblale mañana en una emisión de circuito cerrado y dile donde estamos. Correremos un gran riesgo, pero me imagino que sabías desde hace tiempo cual sería mi decisión. Subconscientemente he debido saberla o me habría sentido más disturbado cuando tú miraste profundísimamente en mi cerebro.

—No demasiado profundamente, papá —dijo ella—. Pero sabía, estaba segura.

XV

¿Cuánto tiempo tendría que vivir en un mundo sin esperanza, realizando tareas que se le habían convertido en automáticas, un hombre a quien nunca se le olvidaría del todo que había sido el maestro de la joven cuyos alumnos comenzaron a perder interés en la Tierra y en toda su historia pasada? Se preguntaba Cowley.

Parecían saber que jamás verían la Tierra con sus propios ojos y deliberadamente la habían vuelto la espalda. Y nunca antaño, durante las horas que permanecían en comunicación con ellos, dejaron caer ni una sola palabra referente a su localización.

¿Cómo se podía prevenir a los niños y obligarles a la obediencia? Eso le llevaba turbado todo un mes hasta que recordó incidentes de su propia infancia, de cómo sus padres le obligaron al silencio diciendo simplemente: «Confiamos en ti. Tenemos secretos en común de los que no se debe hablar fuera del círculo familiar. Una familia tiene que permanecer unida, decidida a plantarse contra el mundo y mantener y cumplir sus propios consejos sabios… Debes poner oídos sordos a la estúpida murmuración y a la curiosidad maliciosa de los vecinos».

Y él comprendió y obedeció. Un chico de diez, de doce o trece años podría ser muy prudente. Y los niños de la Estación eran similarmente prudentes más allá de sus años.

No hubiera sido malo si ella no fuera como los niños a ese respecto. Ni una palabra diría, no importaba el ahínco con que la suplicase. Simplemente no les diría dónde estaba la Estación, o cuánto tiempo pasaría antes de que cada hombre y mujer en la Tierra compartiesen el conocimiento de que se le impedía llegar.

¿Sería para ambos toda su vida y deberían abandonar para siempre las esperanzas? ¿Si era persistente, si día tras día, cada vez

que hablase con ella, renovaba sus súplicas, lograría que lanzase a los cuatro vientos la *lealtad familiar* y que se lo dijere?

Lo dudaba. La conocía demasiado bien. Ya no había la menor duda en su mente de que ella le quería, aunque jamás se lo había dicho.

Pero la agonía en los ojos de la muchacha cuando la miraba con fijeza y sacudía la cabeza y se negaba a decírselo era bastante confirmación. Ella estaba ligada por un juramento de secreto que nada podría destruir.

—No hay nada tan importante como la felicidad humana —deseaba decirla—. La vida es demasiado corta para justificar la duda de un momento cuando se nos pide que elijamos entre inseguras lealtades y satisfacción humana. Nadie tiene derecho a privarnos de la felicidad.

Pero de algún modo no podía del todo lograr decírselo, porque, aunque sentía que tenía que ser cierto, se daba cuenta de que era contrario a sus obligaciones como maestro.

¿Por qué esa clase de forcejeo parecía siempre tener lugar en su interior? Carecía en absoluto de sentido. Básicamente era un realista que creía en tomar la vida por los cuernos y negarse a verse intimado por los cascos de hierro de la bestia que podía ser a la vez hermosa y peligrosa. ¿Pero como maestro tenía derecho a incitar una tan gran llama de rebelión en sus alumnos? El juramento de secreto de ella le resultaba importante si lograba demolerlo, ¿cómo podría estar seguro de que la joven no se sentiría desgajada, rota en su interior? Incluso podría llegar a odiarle.

Permaneció sentado sólo en el sombrío rincón de su despacho, mirando a la apagada pantalla que tenía enfrente y preguntándose qué se dirían uno a otro hoy cuando esta pantalla se iluminase, como ocurriría dentro de un momento. ¿Acaso se despedirían, como hacían algunas veces, hablando de cosas sin interés particular para ambos, para esconder sus verdaderos sentimientos? ¿Por qué no podía tener el valor por lo menos para ser sincero con ella, completamente sincero, y decirla que la misión en circuito cerrado podía llegar a finalizar, puesto que como maestro no podía enseñarla nada más? Jamás en su vida anterior se había sentido tan inútil como profesor. ¿Cómo podría continuar haciendo que el pasado reviviese para ella cuando todo el brillante paganismo de la

vida en la Tierra a través de las épocas podía pronto convertirse en menos que la sombra de un sueño, en un mundo que él no conocía nada y que jamás podría esperar compartir con ella? Era mucho más fácil fingir cuando se enfrentaba a los niños. Pero la joven hacía mucho tiempo que dejó de ser una criatura y no había manera de hacer retroceder el reloj y de hablarla como lo hacía cuando ella estaba pendiente de cada palabra, ansiosa y sin aliento por oír más acerca de Caballeros de la Mesa Redonda y de leyendas Homéricas.

Algo había ocupado un lugar en sus propias vidas que dejó como enanos a los héroes de Homero, como seres insignificantes, pero no había nada que pudiese enseñarla que ya no conociese la muchacha. De hecho, nada tenía que ver con la enseñanza. Se había convertido en una parte máxima de sus vidas, tan completa al total de sus existencias, que ya no quedaba sitio para ninguna otra clase de comunicación entre ellos.

La pantalla se iluminó de pronto y en las profundidades del resplandor ella apareció plantada, mirándole, su rostro y figura tan tridimensionales que parecía —¿podía haber sido de algún otro modo?— estar en la misma habitación que él.

—Sabía que estarías leyendo —dijo la joven—. Acabas de cerrar ese libro, ¿verdad? Durante unos tres minutos has permanecido sentado ahí, pensando.

Sobresaltado, bajó la vista para ver el libro que tenía en su regazo. Casi se había olvidado. Le hubiera sorprendido más si no hubiese sabido que en ocasiones unos pocos minutos pueden bloquear todo el pasado y hacer difícil el recordar.

—¿Te importaría decirme lo que estabas pensando? —dijo ella —. ¿O quieres que te lo adivine?

La firmeza de la mirada de la muchacha le hizo dudar antes de responder. La remota posibilidad de que ella adivinase correctamente, le alarmó. De ordinario, habría fallado en conturbarle pero puesto que ella adivinó con corrección lo del libro…

Sonrió para ocultar su intranquilidad.

—Adelante —dijo—. No estoy preocupado.

—Quizá debieras estarlo —dijo ella—. Quizá no quieras que sepa que, si pudieras, harías…

Dudó, como si se decidiese con dificultades a decir que estaba

hurgando en su mente y temiera las consecuencias.

—¿Haría qué? —preguntó él, meditando en si cometió un error al decir algo en absoluto. Si existía la más remota posibilidad de…

—Me tomarías en tus brazos y me dirías lo mucho que me amas —continuó ella con rapidez—. Cariño, ¿cuán ciego puede ser un hombre? Es muy fácil de decir y sólo el hecho de que tú no puedas tomarme en tus brazos no significa que la cosa sea increíble para ti. ¿Has pensado que una mujer no podría enamorarse de un hombre que se encuentra a tantos millones de kilómetros de distancia? Si estuvieses en el rincón opuesto del universo yo seguiría tan enamorada de ti. Por muy sabio que seas, no conoces nada en absoluto acerca de las mujeres.

La expresión que apareció en los ojos de Cowley le hizo darse cuenta de que había dicho una cosa absurda, porque era la mirada de un hombre que sabía muchísimo sobre una mujer por lo menos, que podría trasladarla sin decir una palabra a la única clase de mundo en que ella deseaba estar.

—Sí, cariño —oyó decir a la joven—. Puedes creerlo porque es verdad. Ahora escucha con atención. Voy a decirte exactamente donde está la Estación. Yo jamás quise mantenerlo en secreto para ti y al fin te lo hubiese dicho un día u otro.

XVI

Una fina bruma roja pendía sobre el desierto, producida en parte por la arena transportada por el viento y el hosco resplandor de sol poniente, cuando Cowley emergió de la base del cohete a través de la escotilla y se quedó plantado mirando a su alrededor, viendo un panorama de desierto que parecía rociado con un polvo de bronce.

Desde su privilegiado punto, la Estación se cernía como algo enorme. Se encontraba a menos de trescientos metros de distancia y se la veía extenderse penetrando en el pálido cielo marciano, sus altas masivas reflejando la luz del sol desde cabeza a pies. El desierto también se refleja, todos sus sistemas cambiantes de luz y de sombras, de profundas hoyas en forma de copa y distantes formas rocosas, dándole la apariencia de una seta inmensa, con lunares, clavada o pisoteada por las descomunales botas de un gigante.

Se sombreó los ojos con las manos y miró derecho hacia adelante, la máscara de oxígeno vibrando con su respirar, notando durante un instante la misma sensación que experimenta un buceador autónomo que acaba de dar la vuelta a un arrecife submarino y asciende a una plataforma lisa de arena para mirar un panorama desolador que queda a la otra parte de la maravillosa tierra del fondo del mar.

Entonces la vio. Era una figura diminuta corriendo a menos de ciento treinta metros de distancia de la Estación, absolutamente sola en el desierto y moviéndose en línea recta en su dirección.

No hubo necesidad para que especulase acerca de su identidad. Desde tan gran distancia le resultaba fácil ver que era una mujer y ninguna mujer que no fuese joven podría haber corrido tan rápidamente a pie y seguir sin detenerse hasta que la distancia

quedara reducida a la mitad y siguiera disminuyendo. ¿Y qué otra mujer podría haber encontrado un modo para ser la primera en darle la bienvenida… a un hombre que había cruzado varios millones de kilómetros de espacio sólo para pronunciar su nombre y tomarla en brazos?

Ella se acercaba más y más y él seguía aguardando, sin apenas atreverse a respirar, temiendo que fuese una ilusión que se disipase si cerraba los ojos durante un mínimo instante, o permitiese a la más débil de las dudas parpadear a través de su mente.

Tenía que ser ella, se dijo a sí mismo. No podía ser nadie más. Sólo la elocuencia persuasiva que él la había visto desplegar a veces podría haber impedido que sus superiores le acompañasen a la llanura para felicitar al hombre que había viajado desde la Tierra a Marte en una nave tan pequeña y que aterrizó a la vista clara de la Estación mientras el día marciano se aproximaba a su fin.

Ella debió tener que suplicar y discutir y enfadarse para ahorrarle la clase de bienvenida que le habría conmocionado en la llanura y substituir por el regalo de sí misma la presencia de desconocidos.

En lugar de treinta o de cuarenta personas agrupándose a su alrededor y armando un terrible estrépito, se encontrarían a solas por completo. Si antes de que fuese demasiado viejo para soñar no vivía un momento por el estilo, éste permanecería en su recuerdo como el más afortunado de cuantos viviera…

Con un esfuerzo controló su impaciencia, dejando que los segundos que ella empleaba por cruzar los últimos treinta metros que les esperaban tintineasen a través de los pasillos de su mente como las campanillas de un reloj musical, forzándose deliberadamente a considerarlos como notas sonoras.

Deseaba gritarla un aviso cuando vio que su mano volaba hacia su rostro y se arrancaba la máscara de oxígeno, casi enredada en su cabello alborotado. Pero ella sacudió la cabeza antes de que pudiese murmurar un sonido, como si fuese capaz de contemplar el interior de su mente y él de pronto comprendió que estaría a salvo sin la máscara durante un minuto o dos.

Sin pensar en absoluto en la seguridad que podría gozar, encontró su propia máscara en la mano y sus brazos extendidos para recibirla.

No hablaron en absoluto mientras unían sus labios. Durante un instante desalentador la apretó con fuerza en sus brazos, pasando las manos por entre la enmarañada selva de su cabello.

Luego la cogió con firmeza por el hombro y la separó un poquito, para decirla con mucha firmeza:

—Vuelve a ponerte la máscara, cariño. Tendremos tiempo suficiente para hablar.

—Sí, claro —contestó ella, ya sin aliento, el pecho algo agitado —. Todo el resto de nuestras vidas, John.

Se colocó la propia máscara y con mucha suavidad, con el índice, apartó una lágrima de la mejilla de la muchacha.

Durante todo un minuto se miraron a los ojos. Ella fue la primera en sonreír y él vio por primera vez lo hermosa que era su piel.

Ambos sonreían cuando dieron media vuelta y caminaron cogidos del brazo en dirección a la Estación, volviéndose de vez en cuando para protegerse de las ráfagas del viento.

EPÍLOGO

De: *LAS PROFECÍAS RAYLE*. Tremont. 2045.

«El acontecimiento más ampliamente esperado de la Era de la Colonización Marciana fue la introducción en el año 2071, en la décima emisión de la Estación de aquel año, de un joven meteorólogo Marciano, Rogers Stearns, que fue presentado por Betty Rayle Cowley, su marido Robert Cowley, y sus padres adoptivos George Brandon y Helen Brandon.

—Nosotros los que somos clarividentes —dijo Betty Rayle Cowley—, a veces nos gusta pensar que el curso que el futuro tomará es tan claro para nosotros como las ondulaciones de un rápido arroyo, Pero en realidad no es así. El futuro es una especie de futuro lento y firme y no hay… bueno, revelaciones finales. Todos nosotros, cada hombre, mujer y niño en la Tierra y Marte, contribuyen al florecer del futuro en un extraño y nuevo mañana.

Cuando habló Roger Stearns, el significado de lo que había dicho Betty Rayle Cowley pareció adquirir incluso una significación más profunda.

—No sabe lo que esto significa —dijo— ser el primero en un mundo nuevo. Uno de los primeros… los hombres orgullosos, los pioneros que lo arrollan todo. Uno se levanta por la mañana y lo primero que oye es algo mejor que el canto de un pájaro. Uno oye el viento azotando en el desierto, levantando las cenizas de la tempestad de arena de ayer. Y hay un viento más frío soplando desde las montañas, un viento que penetra por la ventana de tu cobertizo metálico prefabricado, que viene atorbellinado a través de corrientes convexiales por el mecanismo del filtro, purificado quinientas veces, pero aún cargado con el aroma invernal y frío de los distantes picachos montañosos.

Uno salta de la cama y pasea descalzo durante un momento, casi deseando estar de vuelta en la Tierra y poder acercarse a la ventana y asomarse para ver una escena de bosque, o quizá las crestas del mar blancas, con gaviotas revoloteando y cayendo en picado y quizás una vela en el horizonte lejano.

Pero no es preciso sentir de cabeza a pies esa alegría matutina. Porque en un mundo nuevo todo es distinto, incluso más hermoso y se puede imaginar lo que va a ser de ti fuera y cómo tu día se pasará sin tener que abrir en absoluto la ventana.

No puedes abrir la ventana. Está cerrada herméticamente y la brisa entra a través de los purificadores y sabes que no puedes salir al exterior sin máscara de oxígeno. Pero eso no parece importar en absoluto. Fuera hay un mundo grande, amplio, azotado por los vientos, que es completamente nuevo. Puedes abandonar el cobertizo y caminar durante kilómetros y no te tropezarás con ninguna flor silvestre, o con tranquilos estanques de los bosques, que son espejo de las ramas entrelazadas de robles titánicos y de sauces.

No puedes levantar un arma y derribar un ave silvestre, o contemplar como un bien enseñado perro salta por entre los bosques delante de ti con su piel húmeda por el rocío matutino. No puedes ver cómo una trucha salta contra la corriente del arroyo y refleja durante un momento su plateada belleza, antes de morder el anzuelo. Ni siquiera puedes tropezarte con una tranquila lámina de agua y chapotear y salpicar como si tuvieses doce años, sin preocupaciones en el mundo.

Pero en realidad no echas de menos ninguna de todas estas cosas en un mundo nuevo. Deberías echarlas de menos, pero no lo haces, porque hay otras cosas que ocupan su lugar que son incluso mejores, si canalizas tu imaginación en el camino adecuado.

No se necesita mucho esfuerzo, cuando todo a tu alrededor es grande y retador y hermoso de una manera completamente diferente. A menos que estés preparado para correr ciertos riesgos, a menos que el rostro brillante del peligro te haga gestos para que vayas, nunca conocerás cuán tremendamente alegre puede ser la vida. Tú has conseguido sentir que casi cada momento preciso puede arrebatarse de ti sin aviso alguno y que es cosa tuya vivir estos momentos de lleno. Si no puedes hacerlo así quizá sea mejor

que pliegues tu vivienda prefabricada y vuelvas a la Tierra, donde quizás hay tantos peligros, pero donde la vida es mucho menos áspera.

En un mundo nuevo uno no cuenta sus mañanas en un calendario clavado en la pared. Simplemente arrancas una de las páginas y te la llevas contigo y de vez en cuando la sacas y la miras y sacudes la cabeza… porque lo que te ha ocurrido en un sólo día vale por todo un mes de días idénticos, que se funden juntos en un fulgurante instante del tiempo.

En un mundo nuevo todas las viejas confusiones, las distorsiones en forma de telaraña se disuelven o desaparecen. Tú te enfrentas con un desafío de supervivencia tan inmediato y directo que te conviertes en una especie diferente de ser humano al que eras, o al que podrías ser en la Tierra. Todas tus energías creadoras son convocadas al juego durante cada instante que pasa y ya no te ves atormentado por dudas ni por desgracias. Utilizas al completo tu cerebro y no sólo parte de él, y toda tu energía física también. Vuelves a vivir totalmente por completo, aunque quizás *volver* no es precisamente la palabra adecuada, porque ningún hombre o mujer ha experimentado esa clase de existencia, de pervivencia, en la Tierra.

El hombre siempre se ha visto compulsado hacia una sensación de totalidad. Siempre ansió estar en completa armonía con su medio ambiente y con los hombres y las mujeres que participan con él en la gran aventura de la vida. Pero eso jamás fue una meta que se pudiese conseguir en la Tierra, porque quizás se empezó de mala manera colocando primero las cosas últimas que descubrió como pulir pedernales o construir poblados de chozas de barro. Él comenzó a pelear con sus vecinos sin tomarse tiempo en realidad para mirar en su torno y darse cuenta de cuán grande desafío y cuán excitante aventura era o podría ser la conquista de la naturaleza.

Pero ahora en Marte, en la plenitud de sus días, el hombre parece estar frente a una nueva oportunidad. Uno pude lograr la armonía con su medio ambiente y experimentar una sensación de totalidad, de vivencia completa, sólo si este medio ambiente es completamente nuevo y se opone a ti a cada vuelta de la esquina, por muy paradójico que todo esto pueda parecer. Uno debe

conquistar la oposición de la clase más formidable para conseguir la paz consigo mismo, con sus vecinos y con el mundo que le rodea».

FIN

CRIATURAS DE LA FORTUNA

D. A. Jourdan

I

—Tryl avanzó impresionado con sus sandalias de suela de piel de plástico pisando el raro mármol de los suelos del palacio. Como los demás ciudadanos, había visto reproducciones de las viviendas de los Afortunados pero ninguna imagen le había preparado para la sensación de paz de esta vastedad del espacio no utilizado. Siempre, entre los ciudadanos del siglo XXV, la vida era populosa, abigarrada.

La sirviente, acompañada por la guardia de seis hombres del palacio, le había guiado a lo largo de un amplio pasillo, se detuvo por último junto a un portalón de dobles hojas primorosamente labradas. Abrió una de las puertas, haciéndole gesto para que entrase.

Dentro, Tryl dudó; la puerta a su lado se cerró suavemente. Aunque la habitación era suave y fresca, Tryl, notando que estaba a solas en presencia de un miembro de los Afortunados, comenzó a sudar.

—Si vas a desvanecerte —la voz era de una muchacha y tenía tonos de diversión y de enojo—, será mejor que te acerques hasta esta cama. Nuestros suelos no son nada blandos y yo no desearía que te pasase nada hasta que hayas demostrado poseer ese talento del que haces gala.

Bajo aquel sarcasmo Tryl se encontró recobrando el dominio de sí mismo. Avanzó hacia el lujoso lecho doselado. Dmen, su mejor amigo, insistió siempre en que los Afortunados no eran distintos a los seres humanos corrientes.

—Trataré de no desmayarme —contestó Tryl—; pero, por favor, recuerde que jamás vi a un miembro de los Afortunados y mucho menos hablé con ninguno.

—Lo sé. Dale la culpa a esa habilidad especial que pretendes

poseer —la pequeña chica de pelo castaño, vestida con una arrugada bata verde, se incorporó sobre sus almohadones, con el fin de verle mejor. Cogió la bolsa de hielo de su cabeza, precisamente cuando empezaba a resbalar y miró a Tryl dudosa— supongo que es un error por mi parte —admitió—. Probablemente no podrás ayudarme más de lo que han hecho los médicos y con toda probabilidad también quedarás satisfecho del resultado de esta exposición ante los Afortunados.

—¿Qué le parece si también sufro dolores de cabeza en un esfuerzo por imitarles a ustedes?… —sugirió Tryl con malicia.

—¿Te burlas de mí? —La voz de ella sonaba incrédula—. No sería piadoso para un ciudadano corriente burlarse de una Afortunada —le previno.

—Jamás me burlé de nadie que sufra —replicó Tryl con suavidad.

—¡Bueno, yo sufro! —La chica se sentó bruscamente ignorando que le caía la bolsa de hielo. Proyectó su cuerpo con violencia hacia adelante hasta que su alborotado pelo castaño le cayó sobre las rodillas—. ¡Haz algo!

Exactamente como lo habría hecho para cualquier ciudadano vulgar con dolor de cabeza. Tryl la obligó a acostar y procedió a acariciarle las sienes.

Y la chica, como cualquier otra persona dolorida a la que Tryl tocase, conoció el alivio y pronto quedó dormida. Tryl sonrió para sí ante la idea del triunfo de Dmen y su completa vindicación de la teoría elaborada… la teoría decía que los Afortunados eran física y mentalmente iguales a los demás ciudadanos.

Durante un momento, mirando al rostro lindo y relajado bajo el pelo despeinado, Tryl tuvo el acuciante deseo de besar los labios ligeramente entreabiertos de la muchacha. Luego, impresionado por haber llegado tan lejos desde aquella impresión casi supersticiosa con que abordó en principio tan única misión, regresó apresurado, alejándose de la cama y cruzó las dobles puertas.

La sirviente se alzó del banco cerca de la entrada y se aproximó a Tryl. El sexteto de guardias del palacio se plantó en silencio, alerta como tantísimos perros lo hacen… y Tryl se imaginó que aproximadamente con el mismo grado de inteligencia. La mujer dijo:

—¿Quiere algo mi señora?

Tryl estudió el rostro poco curioso de la mujer. Dmen había dicho que no solo los débiles mentales congénitos se empleaban como servidores para los Afortunados. Pretendía asegurar que cuando no había intelectos lo suficientemente bajos —o cuando algún servicio especial se requería—, los Afortunados no dudaban en inducir a los limitados mentalmente que eran necesarios para ser sus sirvientes. Resultaría terrible si era verdad. Tryl siguió a la mujer a través del palacio. Por último regresó al departamento de Seguridad de la Isla, la usual combinación de prisión y hospital.

Pero aquí, lo que más temía —que le sujetasen a alguna especie de tratamiento— no tuvo lugar. Casi antes de que pudiese darse cuenta de su increíble buena suerte, había regresado rápida y eficientemente de la fabulosa belleza de la Isla de los Afortunados a su propia lóbrega alcoba en la sucia y siniestra metrópoli de Tole. Estaba como mareado por haber escapado sin el menor daño.

Nada más abrir la puerta del apartamento-dormitorio que compartía con otros siete hombres, se vio arrastrado al interior; y, antes de que esa puerta se cerrase a su espalda, sufrió un fuerte abrazo, capaz de romperle las costillas.

—¡Has vuelto! —gritó Dmen—. ¡Vivo!

Por primera vez Tryl se dio cuenta de la tremenda aventura que había vivido.

—¿por qué no estás cenando? —reprendió a Dmen—. ¿Crees que pasar hambre me haría volver con mayor seguridad? —Hizo un gesto burlón—. ¿Es alguna especie de sacrificio, como solían ofrecer vuestras antiguas sectas?

Dmen soltó la carcajada.

—¡Ahora sé que continuas siendo el mismo! —exclamó, dando palmadas a la espalda de Tryl—. ¡Gracias a la fortuna, no te han hecho el menor daño! —se interrumpió de pronto, sacudió la cabeza confuso—. Costumbre —murmuró colérico—. ¡Pero no creo en eso!

De manera automática Tryl miró hacia la puerta cerrada. Aunque la piedad de la gente variaba necesariamente, la adoración de la fortuna era mundial y ordenada por el gobierno. Pero Dmen y el habían decidido desde hacía mucho tiempo que las autoridades no podían vigilar a cada hombre constantemente en busca de la impiedad, su máximo peligro no sería ninguno de los temidos

aparatos de vigilancia, sino el procedente de un enemigo humano.

Tryl dijo inseguro:

—Yo mismo no lo entiendo. ¿Por qué me permitieron conservar el recuerdo del contacto con un miembro de los Afortunados…?

Los ojos de Dmen se contrajeron con incredulidad.

—¿Tratas de decirme que sabes lo que pasó? ¿Qué puedes recordar tu experiencia?

—Nunca lo olvidaré —contestó reminiscente Tryl.

Dmen frunció el ceño.

—Pero a nadie se le permite conservar el recuerdo de ningún contacto con los Afortunados… ni siquiera con los intermediarios que transmiten sus órdenes. Siempre les extirpan la memoria. ¿Por qué hicieron contigo una excepción?

—El doctor Flag debe haberles hablado de mí. Y, a pesar de que no me ha dicho nada, creo que sospecha que no solo es tocar a la gente con lo que consigo mis resultados. Probablemente les previno que hurgar en mi mente de algún modo, podría hacer desaparecer mi singular habilidad —sonrió a Dmen, tentándose vivamente sus costillas—. ¿Querrás tener la bondad de recordar que soy una flor muy frágil? ¿Y tratarme con suavidad?

Dmen ignoró la pulla.

—No te habrían permitido ir a la Isla… estar cerca de ellos… entrar sin someterte primero a examen para asegurarse que no tenías… digamos que no te habías convertido en una bomba humana, o en un centro diseminador de gérmenes.

—Lo hicieron —dijo Tryl con indiferencia—. Examen físico y mental; pero no me extirparon los recuerdos.

Dmen cogió a Tryl por los hombros, su rostro amplio y tosco expresando un horror que lentamente murió para convertirse en desesperanza.

—Pero Tryl, si te han hecho objeto de alguna clase de examen mental, habrán descubierto tus ideas…

—¿Y por qué? —objetó Tryl—. Estaban interesados en mi capacidad de ser un individuo inocuo, no en investigarme —frunció el ceño añadiendo pensativo—. De todas maneras, todo es tan inofensivo que no creo que las autoridades me obligaran a dejar de trabajar aunque lo hubiese confesado.

—¡Tryl! Hasta la hipnosis está prohibida. La hipnosis en masa.

—Lo sé —suspiró Tryl—. Es sólo que no soy el tipo indicado para llevar una vida de crímenes —su sonrisa era triste—. Ni siquiera para cometer un crimen en bien de una buena causa…

—Probablemente lo han descubierto, pero mienten para tratar de averiguar tu objetivo —comentó Dmen sombrío—. Nunca se imaginarían que hubiese alguien tan altruista… o tan estúpido —añadió con súbita amargura—, como para ir hipnotizando a la gente sólo en beneficio de ella misma.

—Bueno, eso Dmen, indica tu poca perspicacia —alzó la vista hasta el techo, los brazos detrás de la cabeza—. Todo el sadismo del mundo emana de la gente que sufre… que sufre alguna especie de dolor. Cura el sufrimiento y curarás la crueldad. Eso hago… o intento hacer… en mi propio beneficio. Sólo que… —suspiró—, de uno en uno, resulta un trabajo lento.

—Supongo que los Afortunados no tienen nada que ver con eso, Los…

Tryl miró de reojo a la puerta cerrada.

—No volverán hasta dentro de otros diez minutos. Responde a mi pregunta.

—Visten espléndidamente y viven con un lujo increíble; pero estoy convencido de que son exactamente como nosotros —admitió —. En eso tenías razón.

—¿Y qué hay de ellos? —insistió Dmen—. Si las mentalidades limitadas pudieran responder eficientemente a tareas más complejas, cada ciudadano quedaría castrado mentalmente. Y lo sabes —la vos de Dmen no mostraba pasión, pero si sonaba implacable—. ¿Qué te parece una porción minúscula de la humanidad explotando al resto… condenándoles a una vida mísera y desnuda, propia de animales?

—¿Cómo sabemos que son implacables? —Tryl parecía embarazado—. O, déjame decírtelo de una manera mejor…

—¿Por qué estás tan seguro de que no se enteraron que trabajabas a base de hipnosis en masa?

—Naturalmente, no tengo modo de saberlo; no estaba consiente. Pero uno puede descubrir muchas cosas sobre la gente mientras se le cree inconsciente, siempre y cuando sepa donde hurgar… Toda la seguridad de la Isla se interesaba por si yo era peligroso para ellos. Si mi investigación fuera encaminada a ese fin de producirles daño,

lo habría demostrado; pero puesto que no…

—¿Pero qué hay de mí? —preguntó escéptico Dmen—. Tú y tus puros objetivos sois estupendos; tu fortuna te protegerá —hizo una mueca—, crees en eso, pero yo carezco de tal protección. Odio hasta la misma palabra *FORTUNA*; me gustaría borrarla del léxico.

Era una discusión muy vieja; la defensa de Tryl tampoco resultaba nueva.

—Siempre ha de haber gobernantes y gobernados. Tú Dmen, después de haber estudiado las costumbres antiguas, has decidido que el sistema ideal sería el gobierno de los más calificados, gracias a su inteligencia y su virtud. Un sistema Platónico, creo que le bautizaste. Pero no duraría; cuantos más hombres virtuosos e inteligentes haya, es menos probable que se den cuenta de la malicia y de los cerebros peligrosos de sus paisanos… y, por tanto, también es menos probable que disfruten del poder durante mucho tiempo.

—Pero ¿por qué los Afortunados?

Tryl sonrió al ver el acaloramiento de su amigo.

—¿Y por qué no? Por lo menos nosotros en el siglo XXV somos honrados. Durante siglos hubieron reyes, designados, según pretendían, por derecho divino. Luego, durante un breve período, se hizo un intento en el pueblo norteamericano para exigir algún grado de capacidad como requisito al derecho de gobernar. No duró. Una idea europea inflamó Asia… y todo el mundo ansiosamente se sometió al gobierno por la fuerza, azucarado por la pretensión de que era políticamente lo mejor. Pero siempre los hombres han gobernado por su capacidad de enmascarar su carácter haciendo de eso una virtud.

»Nosotros, los del siglo XXV, hemos arrancado al oportunismo su máscara de virtud. Los hombres deben tener gobernantes y nunca hay justicia alguna en la elección de esos gobernantes. Pero por lo menos dejando la elección de nuestros gobernantes a la Fortuna, somos sinceros con respecto a nuestras debilidades…

Dmen alzó la vista y le miró sombrío.

—¿Cómo sabemos que los afortunados son honestos en lo de administrar su Fortuna al pueblo?

Tryl se sentía finalmente impaciente.

—¿Qué quieres decir con eso de *cómo sabemos*?

Tryl se enfadaba en raras ocasiones, pero Dmen insistió.

—¿Cómo lo sabemos? Cuando dicen que clase de ciudadanos ascenderán a ser Afortunados y cuáles serán sacrificados en la Masa Culpable, ¿acaso seleccionan los nombres por pura casualidad? ¿Cómo sabemos que simplemente no elevan a algunos y destruyen a otros por sus propios motivos personales?

Tryl no estaba solo enfadado, se sentía alarmado.

—Su propia culpa no les destruiría sino fuesen honrados —dijo apremiante—. Sin algo en que confiar, siempre habría anarquía y caos. ¡Los hombres deben confiar en algo! ¡No hay otro camino!

—¿Algo en que confiar? ¿Incluso una mentira?

—¡No hay modo de saber si es mentira!

—¿Y tú tampoco tienes medio de saber si es verdad? —dijo Dmen—. Eres maravillosamente crédulo, Tryl. Los raros ciudadanos seleccionados para llegar a ser Afortunados son invariablemente los más útiles. Y, con mayor frecuencia, los elegidos para los sacrificios de la Masa Culpable son, con idéntica consistencia, alborotadores que podrían provocar la chispa de la rebelión. Si me seleccionasen a mí para la Masa Culpable, probablemente creerías que fue puara fortuna…

La puerta se abrió y tres de sus compañeros de habitación entraron. Apu, el más pequeño del terceto, advirtió en apariencia lo que significaba el brusco silencio que se produjo.

—¿Qué? ¿Os peleabais los dos? —Sus estrechos ojos negros se enfocaron en el más corpulento de los dos hombres—. ¿Por qué no fuiste a cenar, Dmen?

El estado desaprobaba las amistades fuertes en íntimas entre ciudadanos. Dmen se mostraba inexpresivo.

—No tenía hambre.

Apu rezongó.

—¡Demasiado preocupado por Tryl! —Su mirada cambió hasta este último e hizo un esfuerzo por mostrarse amable—. ¿Cómo te fue, Tryl? ¿Si te tocamos, se nos contagiará algo de tu fortuna?

Tryl no le devolvió la sonrisa.

—Si me tocas —dijo con frialdad—, quién sabe lo que se te pueda contagias… Algún puñetazo.

Apu se apartó de Tryl. En silencio, volvió sus pequeños y mezquinos ojos a Dmen; pero no dijo nada más a ninguno de sus

compañeros.

II

Durante la noche, cada vez que Tryl se despertó, lo hizo pensando en el peligro… peligro para Dmen. Aunque cualquier hombre no sinceramente piadoso corría el peligro de ser considerado un inconformista, Tryl sabía que Dmen tenía razón en considerarse con las máximas posibilidades de sufrir algún castigo por sus puntos de vista. El doctor Flag, superior de Tryl, le apreciaba demasiado para verse privado con facilidad de sus servicios; pero Dmen era un piloto de transporte, fácilmente reemplazable.

De mala gana, Tryl reconoció para sí que Dmen tenía razón acerca del régimen bajo el que vivían, al indicar que quedaba muy lejos de ser perfecto. También tenía razón al decir que el sacrificio de la Masa Culpable era la peor ceremonia. Pero de igual modo no se podía negar que, desde que los Afortunados crearon el sacrificio de la Masa Culpable, la violencia se había reducido de manera apreciable.

Durante siglos los hombres comprendieron que el precio que pagaban por su civilización era un instinto frustrado de matar que estallaba periódicamente bajo la forma de las guerras. Ahora, la necesidad del hombre de derramar sangre de sus semejantes quedaba satisfecha en el asesinato sacrificial de un hombre por un grupo de sus compañeros. Nadie sabía que ciudadano sería elegido como víctima, o cuando se celebraría el sacrificio, o en qué localidad geográfica… aunque se advertía que los sacrificios al correr del tiempo se celebraban con más frecuencia.

Se requería a todos los ciudadanos que asistiesen y presenciasen los sacrificios, aun cuando sólo un pequeño porcentaje podía sentarse en las losas próximas al lugar de la muerte de la víctima. Pero todos participaban de manera espiritual; la pena por la no

participación era morir junto a la víctima y una guardia armada estaba siempre presente para hacerla cumplir. Así todos los ciudadanos adquirían y expiaban su culpa de sangre; y se sentían supuestamente en paz. Tryl dio vueltas inquieto en la cama, incapaz de dormir.

Pero todas sus preocupaciones carecían de fundamento. A primeras horas de la mañana siguiente, cuando la patrulla de Seguridad de Tole llamó a su puerta, no era a Dmen a quién buscaban. Tryl se sintió aliviado al irse con ellos. Podían rebuscar cuanto gustasen entre los canales de su mente —consciente e inconsciente— y no encontrarían el más mínimo grado de traición contra el régimen de los Afortunados.

Una mínima cantidad de piedad, sí… quizás incluso impiedad. Pero por lo que sabía, el régimen de los afortunados no era más diabólico que cualquier otro sistema y Tryl no deseaba sustituirlo. El ideal del doctor Flag —el mayor bien para el máximo número— le parecía algo bastante sensato.

Los guardias no le llevaron al *Centro de información*… como llamaban a la sección de examen del Departamento de Seguridad los ciudadanos que no era muy probable que fuesen a visitarle. En su lugar le llevaron hasta la Isla de los Afortunados.

De nuevo le drogaron e interrogaron, imaginó Tryl, tratando de averiguar si se le debía permitir el acceso a aquella preciosa zona. Sin embargo, puesto que había perdido la consciencia, solo pudo imaginar la clase de preguntas a que le sometieron. Cualquier cosa que le preguntasen, sus respuestas debieron hacerle pasar felizmente las pruebas, puesto que acompañado por los guardias siguió a la criada una vez más por todo el espacioso palacio.

En parte para destrozar toda la solemnidad circundante y en parte porque sospechaba que nunca disfrutaría ni siquiera de tan relativa intimidad, Tryl decidió poner a prueba su investigación acerca del hipnotismo en masa. Caprichosamente, mientras penetraba en la habitación de la Afortunada, ordenó mentalmente a los seis guardias y a la mujer sirviente que le guiñasen el ojo cuando saliese del cuarto. Todos a la vez.

En esta ocasión Tryl se acercó a la cama sin prejuicios. La chica llevaba ahora una bata plisada, color rosa, nueva, las sábanas también estaban aseadamente dispuestas. Tryl se quedó en pié

aguardando a que ella le hablase. La arrogancia con que la joven le miró antes, ya no era ahora manifiesta.

La Afortunada se echó hacia atrás el largo y rizoso cabello, apartándoselo de la cara, para que cayese atractivamente por sus hombros, le miró durante un segundo y luego bajó los ojos para contemplarse las manos, que descansaban sobre la colcha.

—Tengo dolor de cabeza —dijo con un tono de voz bajo.

Tryl ni habló ni se movió.

La muchacha le miró de reojo.

—¿No me crees?

Tryl dijo con suavidad:

—Yo no he dicho que no la creo —reprimió una sonrisa—. ¿O acaso no debiera creerla?

Volviendo otra vez al tono bajo, la chica contestó de mala gana.

—Soy una embustera… —suspiró—. No siempre; pero…

—¿Por qué?

—Porque mi padre no hubiese enviado a por ti si le hubiese dicho la verdad.

Tardó un instante Tryl en darse cuenta de lo que ella había querido significar con la palabra *padre*. Ningún ciudadano sabía quién era su padre, o su madre. Los Afortunados, claro, eran distintos.

—¿Y cuál es la verdad? —preguntó con suavidad.

—Me llamo Blis —le contestó la chica con la máxima formalidad —. Quería darle las gracias por hacerme sentir mejor…

Con la misma formalidad, Tryl afirmó:

—Es usted muy generosa. Siempre me causa placer ayudar a cualquiera —hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera! —exclamó Blis con ansiedad—. ¿Qué pasaría si le volviese a necesitar?

Le resultó imposible a Tryl no sonreír. Ella era una Afortunada; podía mandarle a buscar en cualquier momento y no permitirle regresar nunca, si así lo prefería. Y sí había el más ligero conflicto entre su voluntad y la de ella —o entre la voluntad de cualquier Afortunado y la de algún ciudadano— una simple forma de lobotomía resolvería permanentemente ese conflicto.

Para Tryl no era una situación atractiva, ni para el resto del mundo, pero sin alguna forma de sumisión a la autoridad, sólo

existía la anarquía e incluso una destrucción todavía mayor. Tryl se encogió de hombros.

—Es muy improbable que usted vuelva a necesitarme…

—Es improbable que yo, una Afortunada, pudiera necesitarte a ti, un ciudadano… —La voz de Blis era firme, igualada—. Pero posees un raro talento Tryl…

Tryl guardó silencio. Su talento era valioso… pero también lleno de peligro, cuanto menos hablase de él mejor.

Blis continuó pensativa:

—Tengo mi propio avión. Y una vez —cosa prohibida— dejé la Isla de los Afortunados, disfrazada como ciudadana, quería enterarme de si erais diferentes a nosotros.

Tryl siguió sin contestar. Era extraño e impulsivo para una chica comportarse de aquel modo, pero Blis parecía persona sensible y con consciencia. De ser así realmente, esas cualidades la impulsarían a comportarse de manera insólita. Por lo menos eso explica cómo se enteró ella de su existencia.

—Tu historial, Tryl, demuestra que estudiaste para ser médico. Durante muchos años fuiste un excelente doctor y luego, de pronto, pediste que se te dispensase de tus obligaciones. Lograste que te diesen un trabajo físico, un trabajo de índole inferior, algo distinto a la tarea para la que habías estudiado.

Tryl no se atrevía a levantar los ojos hasta ella. Así que no pudo verle la cara.

—Al gobierno, Tryl, le disgusta por naturaleza la gente que ha aprendido y que se niega a llevar a cabo su función. Si uno de tus instructores, el famoso doctor Flag, no hubiese intervenido en tu favor… destacando que serías igualmente útil como su ayudante… te hubieses encontrado con el tipo de trabajo que pedias. En una Sección Aislada…

Tryl, con su ligero y suelto sobretodo, sudaba más copiosamente que cuando entró el día anterior por primera vez en aquella habitación. Blis, o quienquiera que estuviese interesado, podía descubrir cuanto quisiese acerca de él. Su historial estaba completamente abierto… y bastante salpicado de borrones.

Lo que ese historial no muestra, Tryl, es por qué pediste que se te dispensase de tu trabajo como médico… —dijo tranquila Blis—. Yo te solicito esa información, Tryl.

Tryl, por último, la miró desvalido.

—El historial también debe narrar los exámenes extensivos a los que fui sometido y expresar que en ninguno de ellos explique por qué no podía seguir trabajando como médico… —No esquivó los ojos de ella—. ¿No creerá usted que conozco la respuesta a algo que el examen más profundo se mostró incapaz de revelar?

El rostro de la muchacha se relajó en una diminuta sonrisa de alivio.

—Tryl —dijo, con un tono enteramente distinto—, ayer cuando tenía yo dolor, tu contacto me liberó de ese sufrimiento. Hoy… —añadió mirándole con malicia—. Hoy no me duele nada. —Se le acercó en dos rápidos y graciosos pasos, le rodeó el cuello con los brazos—. Tengo curiosidad por saber que milagros no haría el contacto tuyo bajo estas nuevas circunstancias…

Tryl, al besarla, supo que eso era lo que deseó hacer desde el primer momento en que vio su pequeña boca jugosa y atractiva.

Más tarde, cuando se disponían separarse, Blis le dijo con ternura:

—Puedes irte ahora, mi Tryl; pero no por mucho tiempo.

Tryl, de pronto, se dio perfecta cuenta de lo insólito que era para un ciudadano lograr algo tan fantástico como el amor a una Afortunada. Contestó nervioso.

—¿Qué quieres decir? —El idilio había terminado; no había motivos… ni excusa… para que volviese a ver a Blis.

—Nada debes temer —Blis colocó la mano de él en su mejilla, luego, volviendo rápidamente la cabeza, besó la palma de la mano del varón—. Solo que tengo la sensación de que pronto serás elegido para convertirte en Afortunado… —Y al decir esto sonrió con aire conspiratorio.

Tryl intentó ocultar su horror.

—Mis posibilidades son una contra varios centenares de millares de millones —recordó con pesimismo, También se acordaba de lo que Dmen dijera a cerca de su credulidad. Sabía que deseaba a Blis, que jamás deseo a una hembra con tanta fuerza. Pero, por mucho que soñase con ella, le horrorizaba la posibilidad que sugería. Sería, pensó, menos insólito que le preparasen quirúrgicamente para ser el amante de la muchacha. Sólo que la joven no le quería como un criado sin cerebro.

Mirándola a la cara, Blis dijo con el máximo cuidado:

—Tryl, los Afortunados se permiten el lujo de una relación permanente… —Se ruborizó—. Si la desean… —Con dificultades, continuó explicándose—. Nos aparejamos por nuestra voluntad, casándonos con el elegido y podemos conservar a nuestros hijos…

—Lo sé. Se os permite —Tryl buscó la palabra—. Se os permite la familia.

Blis asintió:

—Nosotros somos los Afortunados; es uno de nuestros privilegios.

Tryl frunció el ceño, pensando en Dmen. A través de la trapacería y de la fortuna, habían logrado permanecer juntos desde sus días escolares. Pero su amistad era una amenaza constante; los ciudadanos tenían prohibido mantener lealtades permanentes; las Secciones de Aislamiento estaban muy pobladas por aquellos que desobedecían.

Blis dijo con tono persuasivo:

—Serías muy dichoso aquí Tryl; yo te haría feliz.

El ceño de Tryl se agudizó. Ella no dejaba la menor oportunidad para el malentendido y ninguna ilusión a cerca de su Fortuna. Aunque la deseaba, se obligó a contestar con frialdad.

—Eso significaría abandonar todo lo que conozco…

El rostro cálido y pequeño de Blis adquirió también un tono distante. Dijo con voz gélida.

—¿Quién puede asegurar cuál es la voluntad de la Fortuna? En cualquier caso… —Se encogió de hombros—. Tu opinión no valdría nada… —Le miró con firmeza—. Mi amor, sin embargo, no es tan acuciante —señaló la puerta con la cabeza—. Puedes irte ya, Tryl; pero me parece que no tardarás en regresar a la Isla.

Al salir, Tryl casi podía oír lo que se había dejado por decir; regresaría pronto y se quedaría para siempre. El amor de la muchacha quizás no fuese acuciante, pero no había tampoco escapatoria del sacrificio de la Masa Culpable; e igualmente, tampoco había escape de ser elevado hasta el rango de Afortunado. No es que fuese concebible que cualquier hombre odiara convertirse en uno de los Afortunados… excepto él mismo. Él, Tryl, no lo quería; no de esa manera; no a menos de que fuese honradamente escogido por la suerte, por la Fortuna.

Mientras se cerraba la puerta del cuarto de Blis, a sus espaldas se quedó sobresaltado al ver que todos los hombres que aguardaban pertenecientes a la guardia de palacio, y la sirviente, le guiñaban el ojo con la máxima solemnidad, al unísono. Durante un momento pensó embarazado, que debían haber estado escuchando con la oreja pegada en la puerta del cuarto de Blis; luego recordó su experimento de hipnosis en masa. En apariencia, el experimento tuvo éxito. Sin embargo, aquellas eran mentalidades limitadas.

Durante su regreso a Tole, Tryl se concentró en tratar de recordar qué le imposibilitó para ejercer como médico. Las palabras de Blis sugerían que la acusación de Dmen era cierta. Aparentemente, los Afortunados eran deshonestos en la administración de la Fortuna. Si es así, y si nunca se desviaban de su norma, lo más probable es que hubiera algo que se escapaba a su comprensión.

No obstante, Tryl se creía un ciudadano medio vulgar y corriente. Como cualquier otra criatura… excepto los hijos de los Afortunados… había sido concebido, nacido y educado por el gobierno. La creación de progenie, para mejoramiento de las especies, estaba ordenada y regulada por el Estado. Sin embargo, a veces excepcionalmente, parejas de enamorados se amaban tanto como para concebir, aun sabiendo que el niño les sería arrebatado a su nacimiento.

El estado no se oponía a esta concepción de seres enamorados… mientras que las mismas dos personas solo concibiesen un infante. La desobediencia a esta ley era penada con la destrucción de ambas criaturas, porque dos hijos de los mismos padres entrañaban la posibilidad de una lealtad que podría amenazar al estado.

Naturalmente, a cada ciudadano, incluido Tryl, le gustaba pensar que era producto de tal unión *amorosa*. Pero no había manera posible de saberlo, puesto que todos los niños eran recogidos por el estado nada más nacer y criados en grupos.

Más tarde, cuando las personalidades y los intelectuales comenzaron a mostrar señales de diferencia —y siempre lo hicieron, no importa lo uniforme que fuese el medio ambiente— se utilizaron pruebas para seleccionar los niños y entregarlos a los padres adoptivos más convenientes.

Honradamente Tryl no podía hallar dentro de *sí* algo que

explicase lo que le sucedió un año atrás. Hasta aquel momento había sido un ser perfectamente normal; estaba seguro de que le gustaba su trabajo. Pero una mañana despertó sabiendo positivamente que no podía seguir ejerciendo como médico más tiempo. No mintió, ni a Blis ni a sus examinadores, puesto que ignoraba las razones que le impedían continuar siendo doctor. Por fortuna para Tryl, el doctor Flag sospechando la rara capacidad de Tryl de disipar el dolor sin drogas ni medicinas, suplicó que Tryl fuese destinado a ser un ayudante.

Descendió del avión en el aeropuerto de Tole y se encaminó hacia el Centro de Alimentación más próximo. El romance —incluso con una Afortunada— seguía teniendo el efecto acostumbrado de causarle hambre. Mostró al empleado el tatuaje de identificación en su brazo y entró para realizar la comida del medio día.

Consumió los manjares rápidamente, pensando con cierta satisfacción que por lo menos el doctor Flag ya no correría peligro a causa de haberlo defendido. Era terrible saber lo fácilmente que las cosas pudieron desembocar en el sentido opuesto. Una vez hubo terminado, volvió al hospital presuroso para ayudar al hombre al que tanto debía.

III

El hombre corpulento de cabello gris inclinado sobre la cama, no se dio cuenta de la suave entrada de Tryl. Al verle, su voz sonó exasperada.

—Tryl. Ven aquí.

Tryl se colocó a su lado mientras el hombre mayor miraba ceñudo a la masa voluminosa de la mujer que estaba en la cama. Los gemidos de ella disminuyeron mientras los dos sanitarios permanecían allí.

El doctor Flag dijo con sequedad:

—¿Por qué tardaste tanto? No es bueno ni para ella ni para el niño que les atiborremos de anestésicos.

Al contacto con Tryl la mujer dejó de gemir por completo; su respiración se convirtió en la de un pacífico durmiente.

El ceño de Flag se disipó.

—¿Por qué no lo hiciste antes? —preguntó a Tryl con burlona severidad.

—Lo siento, doctor Flag, pero estuve…

—No, no —le interrumpió Flag con un gesto—; solo era una broma. Estuviste de servicio. Eso es cuanto necesitaba saber, ¿eh? —Bajó la barbilla y miró a Tryl por encima de las gafas. Sonrió—. ¿Todo va bien, Tryl? Estuviste de servicio.

Tryl guardó silencio. El doctor Flag sabía lo que sucedía y se mostraba complacido. Él, Tryl, estaría también satisfecho, si el precio de su buena Fortuna no fuese el tener que perder su fe en la honradez de la Fortuna.

Mientras bajaban por el pasillo, Flag comenzó de buen humor:

Lo que desearía que me enseñases, Tryl, es como funciona tu magia. Creía que necesitabas tocar a la gente. Últimamente he visto

que solo acercarte a los pacientes parece aliviarlos…

Tryl le dirigió una mirada de reojo. Su juego favorito era investigar el raro talento que poseía. Tryl, también, se había fijado en que últimamente su simple presencia parecía proporcionar alivio… aunque siempre tuvo bastante cuidado de continuar fingiendo que era su contacto lo que daba resultado. El estado no aprobaba los trucos mentales, considerándoles impíos.

Flag continuó sombrío.

—Cada año, las hembras lo pasan mal al dar a luz a sus hijos. Sin embargo, nuestra casta debe ser una mejoría con respecto a la casta antigua. Se supone que controlamos mejor la naturaleza a cada instante que pasa… —Frunció el ceño—. Algo va mal.

—Quizás —sugirió Tryl dudoso— los niños no vienen según la horma pensada y creada por la naturaleza…

Flag sonrió a Tryl.

—¿Cuántos modos tienen los niños de nacer? —preguntó con un sarcasmo bienhumorado. Al guardar Tryl silencio, Flag continuó más en serio—. Quizás entiendo lo que quieres decir Tryl; ¿pero qué puedo hacer? Soy un simple médico… —suspiró—. Así lo desean.

Ese *ellos*, claro, implícito en la frase, se refería a los Afortunados. Pero si actualmente pensaban que esta manera de procrear mejoraba la especie, era una hipocresía por su parte no emplearla en ellos mismos. Mejorase o no a la especie. Eliminar la familia fortalecía al estado; la gente sin fuertes lazos de lealtad no tenía razón para luchar por nada. Tryl se preguntó cuántas personas sabían que los Afortunados no seguían las técnicas de procreación que exigían a los ciudadanos. Preguntó por descuido:

—¿Cree usted que ellos procrean de esta misma manera?

El doctor Flag alzó la vista, nervioso, y recorrió el corredor con los ojos de arriba abajo, pero estaban solos.

—¿Quién sabe lo que hacen? —Su tono era temeroso, pero dócil —. Si no es así, sería una crueldad por su parte obligarnos…

Como animales, pensó Tryl, furioso. ¿Pero cómo podía objetar los procedimientos de ellos a menos que tuviese algo mejor que presentar? Dmen diría que descubrir una mentira era una forma de la verdad. A Dmen le agradaba afirmar que la única similitud del hombre con las admirables figuras divinas con las que disfrutaba comparándose, yacía en su devoción hacia la verdad. Dmen

afirmaba desdeñoso, que desviarse voluntariamente de la verdad, como los hombres solían hacer, era caer más bajo que los animales, quienes por lo menos no sabían que era la verdad.

Tryl estaba convencido de que la gente se sometía al gobierno de los Afortunados porque había menos carnicería bajo su férula que la hubo jamás en el pasado. De nuevo, Tryl podía oír el pensamiento insistente de Dmen… que para los ciudadanos de honor, la vida sin éste era menos atractiva que la muerte con honra…

De camino al apartamento-dormitorio, Tryl se retrasó deliberadamente con el fin de tropezarse con Dmen, que acababa su servicio en el avión más tarde que él terminaba en el hospital. Pero cuando Tryl se acercaba al edificio, encontró a Dmen ya allí, que le salía presuroso al encuentro.

—Te he estado esperando —dijo irritado—. Vine temprano para charlar en privado contigo.

—Y yo —Tryl sonrió con tristeza—. Me retrasé para encontrarte también…

—¿Qué pasa contigo y los Afortunados? —preguntó temeroso Dmen—. ¿Sigues siendo el mismo Tryl?

Tryl se estremeció un poco, pero con un esfuerzo mantuvo su sonrisa.

—El mismo y mejor —contestó animoso—. No digas nada de esto, Dmen, pero tranquilízate. Parece que he causado una buena impresión en la Afortunada, cuyo dolor de cabeza curé…

—¡Una mujer! —jadeó Dmen impulsivo, en tono de sentirse derrotado.

—Una chica muy guapa —repitió Tryl, con ensoñadora reminiscencia.

—Hace muchos años que no han elevado a un ciudadano vulgar a la categoría de Afortunado —dijo pensativo Dmen—. Quizás te tomen a ti…

—Era difícil de resistir —reconoció Tryl—. Encantadora y humana. Ojalá no tuviese que…

—¿Y por qué? —Dmen miró con fijeza a Tryl—. Si un hombre se mereció jamás buena Fortuna, ese hombre eres tú.

Tryl dudaba.

—Quizás sería el modo de poder hacer algún bien —dijo de mala gana—. Para ti…

—Voy a necesitarlo, me hicieron ir al Centro de Información hoy… —El corazón de Tryl le dio un vuelco. Apu había denunciado a Dmen; eso era lo que más temía. Dmen acabó—: Que me dejasen marchar no prueba nada —señaló con la cabeza por encima del hombro hacia la puerta de su apartamento—. Porque volvemos a gozar de la atención de la Seguridad de Tole.

Tryl esperaba que le buscaran a él otra vez. De manera inconsecuente observó:

—Esta vez, en el palacio de la Afortunada, hipnoticé a una patrulla de seis hombres y a la sirvienta. Simultáneamente. Sin embargo, creo que eran mentalidades limitadas.

Dmen pareció menos triste.

—¡Quizás en realidad ya eres un Afortunado! —Miró a Tryl con creciente entusiasmo—. Tryl si te eligen para ser Afortunado, creeré que después de todo, son honrados.

Resultaba una paradoja que exactamente lo que convencería a Dmen que los Afortunados eran honrados, serviría de prueba para Tryl de su falsedad. Dijo con indiferencia:

—Antaño, Dmen, creíste que yo era una especie de profeta. Un hombre sagrado. Pero puesto que lo que yo hago es simplemente hipnosis y no requiere realmente de ninguna facultad mágica, rechaza tu teoría romántica…

—En absoluto —le dijo Dmen—; lo recuerdo con claridad. Les llamaban profetas porque podían predecir los acontecimientos y los mejores, como tú… no necesitaban tocar a cada persona para afectarla…

—Me es imposible predecir lo que va a suceder mañana… ni siquiera si va a llover —pero sabía en su interior con tristeza que Dmen se encontraría en apuros.

—Ahora lo comprendo —Dmen insistió inquebrantable—. Esos profetas debieron ser hipnotizadores en masa como tú… Pero actuando sólo en las circunstancias adecuadas…

Huir de los Guardias de Seguridad era muy poca ayuda en un mundo que requería al ciudadano que mostrase su identificación antes de comer. Todos los alimentos se tenían que consumir obedeciendo la estricta reglamentación. Un hombre podía permanecer escondido mientras le fuera posible prescindir de la comida; no más tiempo.

—Escucha Dmen —dijo Tryl furioso y desesperanzado—, si te envían a una Sección de Aislamiento… iré yo también. Mi adorable Afortunada podrá buscarse un amante por otra parte… —Era una promesa infantil. No tenía idea de cómo cumpliría. Pero era la clase de promesa que Dmen le haría y cumpliría.

—Estás loco —Dmen sonrió indulgente.

—Yo no podría amar a nadie relacionado con tu persecución, por mucho que esa persona me gustase…

Dmen soltó una fuerte carcajada. Giró bruscamente dando media vuelta y comenzó a llevarse a Tryl en dirección a su apartamento.

—Bien podemos conocer lo peor —dijo. Pero añadió tranquilizador— y, Tryl, no culpes a la hembra por el régimen. Hasta yo soy capaz de ser tan noble…

De regreso a su apartamento, cuatro de sus compañeros y la guardia de Seguridad de Tole los vieron entrar en un impresionante silencio. Tryl advirtió con corazón apenado que la guardia era mucho mayor que la ordinaria para un arresto. Debían considerar a Dmen muy peligroso para enviar en su busca a una docena de hombres.

Tryl dudó en la puerta, pero Dmen, más resignada, se adelantó entrando en la habitación, ignoró a sus compañeros de cuarto y miró al miembro decano presente de los guardias.

—Soy Dmen —dijo tranquilo—. ¿Me buscan a mí?

El guardia se aclaró la garganta.

—También… —Miró de reojo a Tryl y luego bajó la vista— a Tryl.

En el silencio la mirada de agonía de Dmen fue desde Tryl hasta la puerta, luego ambos hombres comprendieron lo breve que sería el respiro que obtendrían si escapaban. El guardia continuó.

—Tryl ha sido elegido para ascender a Afortunado…

Dmen suspiró aliviado.

—¡Tryl! —exclamó—. ¡Lo sabía! ¡Siempre supe que eras un Afortunado! ¡Ahora puedo creer en la Fortuna!

Con aspereza Tryl preguntó al guardia:

—¿Y para qué buscan a Dmen?

La voz del guardia no resultó menos impresionada.

—Dmen ha sido seleccionado para el sacrificio en la Masa Culpable…

El corazón de Tryl dejó de latir. Bajó su horrorizada mirada, Dmen se encogió de hombros.

—Es mi Fortuna —trató de tranquilizar a Tryl—. Distinta a la tuya, Tryl, pero sigue siendo mi Fortuna…

Tryl cogió a Dmen por el brazo y trató de arrastrarlo hacia la puerta. El guardia le cerró el paso.

—Perdóname —dijo respetuoso—. Pero debo obligarle a entrar. Es mi deber.

Furioso Tryl deseó que el hombre desahogase su devoción patriótica cantando el himno nacional *Soy un peón de la Fortuna*. Deseó que todos lo cantasen; daría a Dmen y a él mismo posibilidad de escapar.

Sorprendentemente, al pensar en eso, todos los presentes comenzaron el himno. Necesitó Tryl dos de los seis primeros versos para darse cuenta de que estaban respondiendo a su sugerencia mental.

Dmen, también sorprendido, miró con fijeza a Tryl.

—¿Están locos?

—No —dijo tenso Tryl—; yo les obligué a hacerlo —avanzó sin resistirse, apartando al centinela de la puerta, mientras este no dejaba de cantar e hizo un gesto a Dmen—. Vamos, larguémonos.

Dmen se quedó inmóvil con tozudez. Tryl no pudo ni moverle.

—¿Adonde? ¿Y por qué?

—A cualquier sitio —gritó Tryl—. ¿Quieres que te lapiden hasta la muerte?

Dmen hizo una mueca.

—No me gusta la idea. ¿Pero qué puedo hacer? Es mi Fortuna…

—No a menos que la desees —los hombres comenzaban el último verso y Tryl no sabía cuántas sugestiones mentales más podría obligarles a aceptar. Dijo desesperado—. ¿Quieres venir?

—No —Dmen miró a Tryl con afecto—. Te conozco, Tryl. Renunciarías a tu buena Fortuna, lo echarías todo en la balanza para igualar mi mala Fortuna, pero no te permitiré que lo hagas —dijo con severidad—. De todos modos, sería impío tratar de alterar la Fortuna propia…

—¡Todo eso es una tontería! Tenías razón antes; no es nada más que mentira. ¡Los Afortunados utilizan su mal llamada elección al azar propia de la Fortuna para perpetuar su propio régimen!

Las voces de los hombres alcanzaban la nota más alta del himno nacional. La voz de Dmen era cálida, como un contrapunto de barítono.

—Puesto que la Fortuna ha elegido en beneficio tuyo —dijo con tozudez—, me parece que tengo fe en ella…

Desesperanzado, Tryl vio como los cantantes finalizaban el himno. Los hombres estudiaron cuanto les rodeaba con la expresión confusa de la gente que ha dormido durante un momento y advertía después que se ha perdido algo.

El guardia decano decidió ignorar en apariencia lo que había sucedido, puesto que tanto Tryl como Dmen seguían todavía allí. Preguntó nervioso a Dmen:

—¿Vendrás ahora?

Dmen se fue con él, sonriendo animoso a Tryl.

—De buena gana.

Después de que Dmen se hubiese marchado, ya nada le pareció importante a Tryl. Sin resistirse, acompañó al otro destacamento de guardias, su guardia personal de honor, hasta la Isla de los Afortunados. Habiéndose marchado Dmen, ya nada le importaba donde le condujeran.

A la mañana siguiente un criado le llevó hasta un jardín lleno de rosales. Blis, vestida con una bata de blanco satín, le esperaba.

Con toda decisión, ella trató de seducir a Tryl para que fuese feliz. En vez de eso, la tristeza del joven se le contagió. Por último, dijo apenada:

—Cuanto menos aprendí algo.

Tryl la miró con curiosidad.

—Los Afortunados se reúnen para presenciar nuestro voto de unión permanente… sin embargo, ahora veo que el amor se le puede invitar tan sólo —añadió Blis penosamente—. Puede ser que no merezca tu amor…

Tryl estaba taciturno. Ahora, mientras Blis hablaba de amor, los ciudadanos de Tole estaban siendo seleccionados y ordenados para el sacrificio de la Masa Culpable; la negativa no se permitía. Aunque siempre se celebraba en el mayor de los estadios de Juegos Locales, sólo un pequeño porcentaje de ciudadanos podía presenciar personalmente el sacrificio. El resto se vería obligado a ver el ritual por televisión, con los micrófonos retransmitiendo el batir sordo de

cada piedra cuando encontraba su blanco de carne humana.

De los millares de ciudadanos que contemplaban personalmente la ceremonia, un grupo más reducido de trescientos lapidaría a la víctima hasta matarla. De nuevo, a menos que el ciudadano poco ganoso, o que se negase, quisiera ocupar su lugar junto a la víctima, tampoco se permitía negarse a ser uno de los lapidadores. Aquellos quienes sentían repugnancia a la terrible obligación de matar, se consolaban con el hecho de que antes de los sacrificios de la Masa Culpable hubieron guerras y una mayor cantidad de muerte. Se decían que la Fortuna había seleccionado a su víctima. Y que esa víctima igual pudo ser uno de ellos.

Tryl, requerido personalmente para lapidar a la última víctima un año antes, recordaba lo desesperadamente que intentó creer que aquello era un mal menos que su alternativa… la guerra. Pero rememoraba lo horrorizado que se sintió al pensar que él, un médico, tenía que matar.

En el tranquilo y fragante jardín de Blis, Tryl comprendió de pronto porque no deseó continuar ejerciendo como médico. Aunque su don no le había abandonado, si lo hizo el respeto a sí mismo. El examen no pudo averiguar lo que entonces él no sabía: ahora, de súbito. Conocía las causas de su renuncia a la noble profesión de médico.

—¿Puedo hacer algo para que me ames? —preguntó desesperadamente Blis.

—Decirme la verdad.

Durante largo rato ella guardó silencio. Cuando habló, su voz tenía tonos de desesperanza.

—Eso es algo que seguramente hará que me desprecies…

Dmen le había dicho que no censurase a la chica por los defectos del régimen. Con eso en mente, Tryl dijo con suavidad:

—Los Afortunados no se aferran realmente a la Fortuna… ¿verdad, Blis? Pretenden hacerlo, sólo con el fin de perpetuarse.

—Si mentimos es con un buen propósito —se defendió Blis algo acalorada—. Hay menos derramamiento de sangre bajo nuestro gobierno que lo hubo antes.

Tryl reconoció su propia defensa. Eso le obligaba a participar en el argumento de Dmen.

—¿Pero cómo una mentira… y la crueldad… pueden ser justas?

—Yo preferiría la verdad; y algún día, si la Fortuna quiere que no haya sangre… —Tryl miró a Blis pensativo—. ¿Dices que todos los Afortunados se reunirán? ¿Para presenciar nuestros juramentos?

—Si tú quieres pronunciarlos —contestó desesperanzada Blis—. Ahora están esperándonos…

Tryl comenzaba a albergar esperanzas. Había hipnotizado a los guardianes de la Seguridad de Tole y estos no eran de mentalidad limitada, aun cuando sí que lo fuesen los guardias de la Isla. Quizá podía ser instrumento de una Fortuna que existía a pesar de la incredulidad de los Afortunados. Quizás a través de su monstruoso talento pudiese…

Tryl exclamó casi alegre:

—Formularé los votos; vamos.

Blis asintió despacio: había tomado una decisión.

—Vas a intentar derrocar al gobierno de los Afortunados —dijo ella tranquila—. Ellos fueron mi pueblo, Tryl, pero sé que lo que hacemos está mal —sus pequeños rasgos se mantuvieron muy serios al compás de sus pensamientos—. Renuncio a mi pueblo y a mis costumbres, Tryl; te ayudaré.

Tryl dudaba, dividido entre su necesidad de ayuda y su miedo por la seguridad de la muchacha. Deliberadamente, no había impuesto su voluntad en Blis; la quería sometida de manera voluntaria, como ella deseaba su amor. Sin embargo, allí la tenía, tan completamente suya como si le hubiese ordenado que le ayudase. Dijo apenado:

—Blis, quizá sea peligroso. No quiero que sufras el menor daño…

—Pero yo deseo remediar el mal que se ha hecho —le contestó Blis. Se puso en pie—. Vamos.

IV

La Isla de los Afortunados era una de las mayores del Océano Pacífico. Donde miles de personas vivieron antaño, ahora unos pocos centenares de Afortunados tenían sus vastas haciendas.

Blis pilotó su pequeño avión hasta el lugar de la reunión. Llegaron a los pocos minutos y Blis condujo a Tryl entre las risueñas y alegres personas, elegantemente vestidas. Juguetones, los Afortunados bromearon con los recién llegados sobre su inminente voto de permanente unión. Tryl se daba amarga cuenta de que aquel voto sería un privilegio sagrado para centenares de millones de ciudadanos a los que se les negaba el lujo de disputar siquiera de una estrecha amistad.

Más tarde, en el gran salón de reuniones, durante un momento de silencio de la ceremonia, Tryl concentró su mente con la máxima fuerza que pudo y deseó que todos los afortunados presentes afirmaran en voz alta su intención de abandonar el gobierno de los ciudadanos.

El bajo y continuado murmullo del anciano Afortunado, que conducía la ceremonia del voto, produjo una desagradable sensación en los oídos de Tryl. De nuevo, con tanta fuerza como pudo, Tryl, los músculos apretados y duros por la intensidad de su esfuerzo, ordenó mentalmente a los Afortunados que murmurasen en voz alta su abdicación.

Pero nada ocurrió. Tryl comenzó a volverse a mirar fulminante y de manera abierta al público que se negaba a obedecer lo que él quería. El brazo de Blis en el suyo le hizo volver a la realidad.

Una mirada de reojo a Blis, más el hecho de sus silencio, le convencieron de que incluso ella se mostraba reacia a sus pensamientos. No podía comprenderlo; estaba muy seguro de ser

capaz de la hipnosis en masa. Al principio fue sólo la gente con dolor. Pero, más tarde, fueron los guardias que le trajeron hasta Blis. Y todavía más tarde, los guardias que vinieron a por Dmen y a por él mismo.

Sólo un ratito antes, Blis, teniéndolo todo que perder, se entregó a su voluntad sin reservas, Había llegado finalmente a creer en las palabras supersticiosas de Dmen acerca de profetas con poderes especiales; había llegado a creer que era uno de tales hombres. Eso, de ser cierto, habría hecho su tarea maravillosamente simple.

Apenado, Tryl se dio cuenta del porqué se engañó. En cada caso la gente a quien controló voluntariamente deseaba hacer lo que se le ordenaba. Era natural para las personas con dolor, anticiparse al alivio. Había sido algo natural para la guardia y la sirvienta que le acompañó a lo que sin duda era una reunión de amantes, quiñarle el ojo. Y era natural para los guardias, que venían a escoltarle hasta los Afortunados; y a Dmen para ser sacrificio de la Masa Culpable, sentir el fervor religioso y la emoción patriótica, hasta el punto de cantar el himno nacional.

Cuando terminó la ceremonia, tan pronto como pudo estar a solas con Blis, Tryl la susurró en el oído.

—Debo volver a Tole, ahora.

La muchacha no se sorprendió.

—Lo sabía, Tryl —le alejó de la alegre multitud—. No está mal mirado que nos marchemos —dijo. Su sonrisa era triste—; incluso es la costumbre…

—¡Nosotros no! —Tryl se volvió y la cogió por los brazos—. ¡Tengo que irme solo! Todo lo que necesitas es decirme cómo manejar el avión y llegar hasta allí.

Blis sacudió la cabeza. —No solo, yo iré contigo—.

—Te matarán —arguyó fútilmente Tryl—. Incluso si los ciudadanos te reconocen como Afortunada, seguro que advertirán que te has marchado. Y te matarán cuando regreses.

—Y tú en Tole serás reconocido; con mayor seguridad… y también morirás —destacó Blis tranquila.

—¡Pero tengo que irme!

Tryl se lanzó hacia el campo en donde aguardaban los aviones.

—Conmigo, o no te irás en absoluto —dijo ella con firmeza—. Mi lugar está a tu lado.

Desvalido, Tryl la siguió. Allá donde iba no la quería a su lado; pero sin la ayuda de la muchacha Dmen moriría sólo. Se dio cuenta con tristeza de lo inútil que le fue su talento cuando más lo necesitó. Ni siquiera podía convencerla de que le obedeciese. Mucho menos obligarla a actuar de manera contraria a su deseo; por eso no tuvo más remedio que seguirla hasta el avión.

Se mezclaron con la multitud que marchaba presurosa al Estadio de los Juegos, Blis aferrada al brazo de Tryl negándose e a separarse de él. Tryl dejaba a la Fortuna que le proporcionase una oportunidad de salvarla. Fue en la brillantemente iluminada puerta del Estadio cuando encontró esa oportunidad. Tryl le explicó:

—Por esas puertas —gesticuló, señalando a la fila de hombres y mujeres que, descubriendo el tatuaje del brazo, pasaban por delante de los vigilantes y entraban al edificio—, entran los ciudadanos seleccionados para matar a la víctima —Blis le miró como si tratase de engañarla.

—Los guardias comprueban en la lista sus identificaciones para asegurarse de que están presentes los ciudadanos elegidos…

Enfermó al recordar su propia culpa de sangre, Tryl continuó:

—La pena por no cumplir con el deber patriótico y religioso de matar, es la muerte para los infractores.

Blis parecía muy pálida bajo las fuertes luces. Tryl consciente de que se vería atrapada por el sistema igual que él lo fuera, la compadeció; detestaba todo aquello con tanta fiereza como el propio Tryl. La llevó unos cuantos centenares de metros hasta otra puerta más amplia, por la que entraba más gente.

—Aquí es donde están los que desean ver el sacrificio, —dijo Tryl—. Quizás podamos penetrar también nosotros.

—Pero también aquí un guardia comprueba la identificación de los ciudadanos. Yo no tengo ninguno y tus marcas te señalan como ciudadano que acaba de ser ascendido a Afortunado.

El rostro de Tryl estaba sombrío.

—Aguarda —ordenó tenso—. Ya verás cómo algunos ciudadanos que no están en las listas, ansiosos de entrar, arrollan a los guardias y fuerzan el paso de cualquier forma —dijo Tryl sombrío—. No a todo el mundo le disgusta la ceremonia de la Masa Culpable.

—¿Y… los guardias… lo permiten?

La voz de Tryl era amarga.

—Se considera un mal preventivo. Se cree que cualquier ciudadano ansioso de presenciar el sacrificio debe necesitar dicho sacrificio para calmarse y que es mejor permitir eso que albergar un sentimiento violento y sangriento dentro del pecho…

Blis se estremeció.

Tryl habló con más compostura.

—Así que aquí debemos separarnos, Blis. Te darás cuenta de que esos ciudadanos ocasionalmente sanguinarios vienen en grupos para apoyarse mutuamente. Pero esos grupos son exclusivamente de varones o de hembras. No se mezclan, —explicó Tryl—. Yo tendré que unirme a un grupo de hombres, tú a un grupo de mujeres…

—¡Te perderé! —Blis no estaba ni sorprendida ni temerosa; su tono sólo expresaba desilusión—. Jamás volveré a verte, Tryl.

Durante un momento Tryl no respondió. Ansiaba consolarla, sin embargo no quería mentirla y además sabía que la muchacha tenía razón. La sonrió para permitirla ver que no tenía miedo.

—Debemos tener fe en nuestra Fortuna —dijo por último, sin el menor tono burlón.

La besó en la frene y se mezcló de pronto con un grupito de hombres que en aquel momento forzaba la puerta, penetrando así dentro del estadio antes de que Blis pudiese impedírselo.

Dentro, el espectáculo le resultaba familiar. En el mismísimo corazón y centro del Estadio estaba el poste en el que atarían a la víctima. Los hombres que sufrían por muy piadosos que fuesen, de ordinario buscaban un desahogo a su dolor, y la muerte por lapidación era un proceso lento.

El poste, con un micrófono para captar cualquier sonido de la víctima moribunda y su alta plataforma iluminada para que nadie se perdiese detalle del drama, estaba pintado de blanco… blanco en contraste con la sangre del infeliz.

Los ciudadanos elegidos para efectuar la matanza estaban también apostados en la arena, bajo una guardia mucho más estrecha que la de los meros espectadores de las gradas.

La pila de piedras y el jefe de lanzamientos se situaban tan cerca de la víctima, que ninguno de los trescientos elegidos podía fallar. No importaba cuán poca afición sintiesen hacia la lapidación, se veían obligados a apuntar bien y arrojar la piedra con fuerza. El proyectil que lanzaban estaba identificado con su número. Si

después no aparecía manchado de sangre o los humores de la víctima, compartirían el destino de esta.

Tryl, abriéndose paso a lo largo de los pasadizos y pasillos familiares, se preguntó cómo no pudo ver los defectos de un método en el que la fuerza se apoyaba para subsistir. Un súbito grito creciente advirtió a Tryl que tenía poco tiempo. Ya habían sacado a la víctima; Tryl descendió el último tramo de escaleras y se presentó ante la sólida fila de guardias armados hasta los dientes que cerraban el paso hasta la arena del Estadio.

Cuando Tryl estuvo a pocos pasos de la sólida línea de guardias, los tres más próximos a él sacaron sus pistolas. El guardia al mando del grupo se le acercó. Ordenó con viveza.

—Vuelve a tu sitio, ciudadano; el sacrificio está a punto de empezar.

Tryl miró a las pistolas, no avanzó más. Su muerte aquí de nada serviría.

—No soy un ciudadano —dijo despacio—. Soy Tryl el Afortunado.

Los guardias más próximos, sonrieron al oírle. El que estaba al mando había escuchado otras locas afirmaciones de ciudadanos ansiosos de participar en el sacrificio.

—En verdad que eres afortunado —dijo haciendo un gesto negligente con la pistola que empuñaba—. Te voy a permitir que te marches. ¡Ahora! —terminó con energía.

Tryl dio un paso más. El jefe de los guardias le apuntó con la pistola. Tryl descubrió su tatuaje de identificación.

—¿No has oído hablar de Tryl?

De mala gana el guardia miró el brazo de Tryl. Sus ojos se desorbitaron al reconocerle y luego una colérica indecisión apareció en su rostro. Parecía indeciso entre un deseo de arrodillarse ante Tryl y otro de dispararle. Su confusión fue bastante visible como para impresionar a los demás guardias.

El oficial decano dijo inseguro:

—Afortunado, has dejado de serlo; regresar con los ciudadanos es morir…

—Precisamente a eso vine —contestó Tryl tranquilamente, Miró al guardia—. ¿Y ahora me dejas pasar?

El guardia tragó saliva.

—Está prohibido alterar la ceremonia.

—No alteraré la ceremonia —dijo Tryl—; de hecho, la haré doblemente buena…

Mientras el guardia permanecía indeciso, Tryl escuchó como el rugido de la multitud se apagaba lentamente hasta quedar todo reducido a un completo silencio. Ese era el silencio con el que el público escuchaba el vocear del número de los ciudadanos elegidos para colocarse en el lugar de lanzamiento y arrojar su piedra.

Sin atreverse a esperar más, Tryl apartó a un lado al dudoso centinela y corrió derecho por el breve pasillo que conducía a la arena. Mientras corría, su carne anticipaba las heridas de las pistolas con las que los guardias podrían derribarle fácilmente. Pero protegido por el supersticioso temor a matar a un Afortunado, Tryl llego sano y salvo a la arena.

Una vez allí aún tenía mucho camino por recorrer. Sabía que todos los ojos estaban fijos en él mientras marchaba hacia el poste en donde estaba sujeto Dmen, vestido de blanco.

A pesar de que ya habían cantado el número del ciudadano que arrojaría la primera piedra, sabía que muy pocos se apresuraban. Nadie en la arena se movía excepto Tryl. Un murmullo se alzó de la multitud en las gradas cuando le vieron. El murmullo cesó cuando Tryl saltó sobre la blanca plataforma y abrazó a su amigo.

—No creas que me uno a ti aquí porque seas amigo mío —se burló Tryl de su compañero—. En verdad, hago con retraso algo que debí hacer en mi último sacrificio de la Masa Culpable…

—¡Tryl! —exclamó Dmen horrorizado—. ¿Por qué viniste? ¡Ahora te matarán también!

—Para eso vine —fue la serena respuesta de Tryl.

El jefe de la ceremonia de la Masa Culpable, sorprendido ante lo que ocurría, repitió con tono agudo el número que acababa de nombrar. Dudoso, el individuo convocado se levantó. El jefe hizo un amplio gesto colérico y una escolta de guardias rodeó al ciudadano conduciéndole hasta el lugar del lanzamiento. El hombre marchó, como encogido, entre la vigilancia.

El Estadio estaba en silencio. La voz de Tryl sonó alta y clara. Tryl señaló al ciudadano que tan involuntariamente marchaba al lugar marcado.

—El año pasado, Dmen, yo estuve en el sitio de ese hombre…

La voz de Tryl sonaba llena de pena.

—Un año más tarde, he venido a hacer lo que debí realizar entonces… —El micrófono transportó sus palabras por todo el Estadio.

El ciudadano asesino llegó al lugar de lanzamiento, de mala gana aceptó la piedra pintada de blanco con el número en negro, que le entregó un guardia. Tryl miró del primer lapidario hasta el resto de los doscientos noventa y nueve ciudadanos que, bajo la amenaza de muerte para sus personas, continuaran lapidando a Dmen y a él mismo hasta que hubieran muerto.

Cualquiera que hubiera presenciado el sacrificio y oído los gritos de la víctima, sabía que la muerte era lenta y terrible. El primer ciudadano se tomaba mucho tiempo para lanzar la piedra. Para consolar a Dmen, Tryl trató de explicarle.

—Sigo teniendo mucho miedo a morir, Dmen —se encogió de hombros, como para librarse de las preocupaciones y añadió—: Pero, sea como sea, deseo hacerlo.

El ciudadano ya no dudó más. Arrojo su piedra con toda intención al suelo, junto a sus pies y cruzó la corta distancia que le separaba de la blanca plataforma en la que estaba Dmen y Tryl. Subió al estrado y se colocó junto a ellos.

La multitud emitió un largo suspiro. El murmullo fue como si un gigante hubiese contenido su aliento más tiempo del que podía soportar.

Con desesperación, el anunciador convocó al número dos. Otro ciudadano se levantó, marchó hasta el lugar de lanzamiento, aceptó su piedra… y la dejó caer desdeñosamente al suelo. Él, también, cruzó hasta la iluminada plataforma. La multitud volvió a murmurar y el murmullo creció.

Antes de que el locutor pudiese siquiera llamar a otro número, una mujer mayor se separó del resto de los doscientos noventa y ocho ciudadanos asesinos, sin molestarse en seguir la rutina de aceptar la piedra, marchó directamente desde el grupo hasta la plataforma de la víctima. El ruido de las gradas del enorme Estadio era ensordecedor. Los ciudadanos salían por los pasillos y empezaban a bajar a la arena, gritando y riendo y llorando. Incluso si los de las filas delanteras hubieran temido las pistolas de los guardias, la presión de los de atrás les hubiese impulsado a seguir

adelante.

El resto de los trescientos ciudadanos en la arena avanzó en masa hacia la plataforma de la víctima. Tryl luchando con las cuerdas que sujetaban a Dmen al poste, logró por último libertarle.

—¡De prisa, entre este gentío tendremos oportunidad de escapar! —dijo casi sin aliento.

Dmen se plantó inamovible.

—¿Qué? —preguntó con un tono divertido de vos—. ¿De quién piensas escapar?

Try le miró ceñudo.

—¡Por favor, Dmen, nada de discusiones y menos ahora!

—¡Pero los ciudadanos están de tu lado! ¿Es posible que no te des cuenta? Les has hipnotizado —se encogió de hombros—. Naturalmente, debí imaginármelo…

—¡No pude hacerlo! —Tryl, lleno de horror, intentó arrastrar a Dmen—. ¡Tienes que escucharme, Dmen! ¡A la mayor parte de los ciudadanos les gusta la ceremonia de la Masa Culpable! ¡Y no tengo facultades para hacer que la gente haga lo que no desea hacer!

—Ni siquiera los profetas podían realizar mayor tarea —sonrió Dmen lacónico—. Escucha.

Entre el frenesí de sonido se distinguían claramente las palabras *¡Tryl!* y *¡Jefe!*

Dmen soltó una carcajada ante la misma cara de Tryl. Luego se serenó.

—Sólo temo por tu encantadora hembra Afortunada. Esta multitud es capaz de destruir toda la Isla de los Afortunados.

—Se vino conmigo —Tryl escrutó ansiosamente los primeros escalones de las oleadas crecientes de ciudadanos que convergían en torno a la blanca plataforma.

—«Allá donde vayas, iré yo» —citó Dmen en voz baja—. ¿De verdad?

—Eso es lo que dijo —replicó distraído Tryl. Sabía que Blis no podía estar muy lejos.

—Una cita de un libro antiquísimo —Dmen pareció satisfecho de mostrar su erudición, pero Tryl había visto el pequeño rostro que buscaba y se lanzó por entre la multitud para ponerse a su lado.

Dmen se encogió de hombros filosóficamente y cogió la blanca cuerda con la que estuvo atado. Sería un bonito recuerdo. Entonces

sacudió la cabeza, la enrolló con cuidado. Era demasiado valiosa para ser un recuerdo personal. Ahora pertenecía a un museo.

FIN